

LA TRANSFORMACIÓN DE LA IGLESIA

David D. Ruiz M.

Índice

Presentación
Prólogo

Parte I LAS BASES PARA LA TRANSFORMACIÓN DE LA IGLESIA

1. El origen de la iglesia que quiere terminar bien
2. Las iglesias fuertes producen discípulos
3. El llamado a examinar el propósito de la iglesia
4. El llamado a examinar el compromiso de la iglesia
5. El resultado esperado de la iglesia
6. El fruto que Cristo espera de la iglesia

Parte II EL PROCESO DEL DESARROLLO DE LA IGLESIA

7. Cómo se producen discípulos incondicionales
8. Una mejor segmentación de la iglesia
9. El proceso de desarrollo de la iglesia

Parte III EL PAPEL DEL PASTOR EN LA TRANSFORMACIÓN DE LA IGLESIA

10. La transformación de la tarea pastoral
11. ¿Cuál es mi rol en la evangelización del mundo?

Conclusiones
Bibliografía

Presentación

Unidos hacia un nuevo desafío

III CONGRESO MISIONERO IBEROAMERICANO
Resultados y desafíos entre los no alcanzados

DESDE HACE ALGUNAS décadas, en medio de nuestras tierras y en el seno de nuestras iglesias, se ha venido escuchando una voz, que cada vez es más fuerte, acerca de los tiempos para cumplir la Gran Comisión por nosotros, los iberoamericanos. No puedo separar de mi mente esta gran proclama de la que se profetizaba acerca de Juan el Bautista y que él cumplió en los tiempos de Jesús, diciendo: «Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor enderezad sus sendas». Esta palabra fue anunciada vez tras vez, hasta que llegó su cumplimiento y el Mesías se hizo presente.

Me siento viviendo tiempos similares a los de Juan el Bautista. Hemos estado escuchando su voz de múltiples maneras y ahora, paulatinamente, estamos viviendo lo que tanto se nos había prometido: la luz del evangelio está siendo esparcida hasta los últimos rincones de la tierra por hombres y mujeres iberoamericanos que, atendiendo a esta voz desde sus iglesias, han decidido encarnar esta palabra y vivir su cumplimiento.

Después de más de un siglo y medio que el bendito evangelio de redención tocara nuestras tierras, y desde allí se iniciara todo un proceso del establecimiento de la iglesia a lo largo y ancho de Iberoamérica, hemos visto cómo Dios mismo ha querido llevarnos por un proceso de transformación, de receptores del evangelio a portadores y mensajeros del mismo. Este compendio de experiencia y estudio que usted tiene en sus manos y que fue escrito por David D. Ruiz M., presidente de COMIBAM Internacional, presenta un resumen de este sacro proceso en medio de nuestras iglesias.

Una de las razones más grandes para el III CONGRESO MISIONERO IBEROAMERICANO a realizarse en 2006 en Granada, España, es la urgente necesidad de continuar recalcando que la iglesia dejó de ser un sacramento a partir de la Reforma, para volver a sus raíces de ser un instrumento de Dios. La iglesia no es el reino de Dios, no es un fin en sí misma, no es el fundamento ni la meta, sino la provisión de Dios para el mundo y debe ser vista por éste como la morada (temporal) del Espíritu de Dios. Estos acercamientos nos ayudan a entender que la iglesia es la única institución que no fue creada para servirse a sí misma. Las estructuras y órdenes de la iglesia deben ser enfocados a servir al mundo. Esto sucederá si continuamos ayudando al cuerpo de Cristo a revisar los patrones y doctrinas sobre el acercamiento que debe tener con el mundo en este tiempo histórico.

Yo lo insto, querido lector, a ser esa voz profética que promulga que mientras la iglesia no genere cambios radicales en su perspectiva sobre el mundo, seguirá creyendo que ella es la beneficiaria última de la gloria de Dios, y entonces no dará cabida al mundo agonizante que reposa a las puertas de sus grandes templos.

En conclusión, este libro lo llevará a fortalecer el convencimiento de que si tenemos iglesias en donde enseñamos a nuestros miembros a vivir una cristología pura, basada en la entrega total de nuestro ser a Cristo, obtendremos en un futuro no muy lejano, los cientos de obreros que necesitamos para suplir la grandiosa necesidad en los campos de misión, donde las multitudes sin Cristo están yendo al infierno por la eternidad.

Bienvenido al emocionante proceso que lo llevará a una de las cumbres más relevantes de la misión de esta década: el III CONGRESO MISIONERO IBEROAMERICANO COMIBAM 2006.

*Lic. JESÚS LONDOÑO
Director Ejecutivo*

Prólogo

Entrando al tema

DAVID D. RUIZ M. ES un pastor con visión y compromiso misionero, y estas dos dimensiones emergen en el transcurso de este libro. Con un estilo ameno, personal y conversacional, el autor nos invita a una caminata de estudios acerca de la iglesia y la imperante necesidad de su propia transformación y su misión transformadora. En su vida personal, él ha demostrado su amor por la iglesia local, desde su temprana niñez y más tarde en el pastorado de su iglesia en Guatemala.

Fue en ese contexto que tuvimos el privilegio de conocernos hace muchos años, cuando David había llegado a la capital nacional para sus estudios universitarios. Comenzó a asistir a la iglesia, participando en la clase de universitarios que este servidor tuvo el privilegio de enseñar. Allí lo vimos crecer, madurar. En esos tiempos se enamoró, y tuvimos el honor de celebrar su boda y dedicar a su hija mayor. Lo observamos de cerca en el desarrollo de sus dones espirituales y naturales, llegando a fungir como anciano (relativamente joven) y después como el pastor coordinador de la iglesia.

Y dentro de ese contexto, el Señor de la mies seleccionó a mi hermano David para una participación en las misiones, dentro y fuera de Guatemala, llegando a tomar una dimensión continental misionera como directivo del movimiento COMIBAM. En pocos años, lo vimos participando en una misión aun más amplia dentro del liderazgo de la Comisión de Misiones de la Alianza Evangélica Mundial.

Escrito para pastores y con esa perspectiva, Ruiz nos encamina a una serie de estudios nuevotestamentarios acerca de la iglesia y su misión. No nos ofrece otro manual de «qué, cómo, cuándo y con quién» para que la iglesia crezca sin problemas; no escribe los «diez pasos fáciles hacia el éxito en la iglesia». Ya demasiados libros acerca de la iglesia tratan de hacer eso. Este libro es más un llamado al retorno a la esencia genética de la iglesia, una comunidad de fe, visión y misión transformadora en nuestro mundo.

Esta serie de estudios nos ayuda a prepararnos para la tarea local y mundial de la iglesia. Nos ayuda a encarar su desafío local y global, su impacto en los barrios de la congregación, así como entre los pueblos/etnias/ciudades/aldeas menos alcanzados, con el evangelio transformador del Cristo vivo y poderoso.

Durante mis cuatro décadas de ministerio misionero y pastoral, he tenido el privilegio de viajar a muchos países, observando y aprendiendo, predicando y enseñando. He visto tantas diferentes categorías de iglesias —grandes y chicas, fuertes y débiles, con liderazgo profesional o piloteadas por un laicado capaz, con visión evangelística pero enfocando solamente las almas de la gente, o aquellas benditas pero pocas, con una visión integral de su misión—. No es fácil encontrar iglesias transformadoras y sanas, con una pasión por su parroquia local y global. Y esa es la meta que se propone este libro.

Tres términos claves: misión, misiones, misional

Me aprovecho de esta oportunidad para compartir unas inquietudes que tengo en cuanto a la iglesia hoy día, y lo hago compartiendo unas reflexiones acerca de tres términos similares, pero diferentes.

La primera, *misión*, habla del macrollamado esencial e integral de la iglesia como pueblo de Dios. Emerge del concepto de la Trinidad Enviadora, es decir, el Padre envía al Hijo, el Hijo envía al Espíritu, y el Espíritu envía a la iglesia, la cual también ha sido enviada por el Hijo y el Padre. Por definición, la iglesia es un pueblo enviado. Una colega en la Comisión de Misiones de la Alianza Evangélica Mundial lo dice de esta manera: «Hemos sido creados a la imagen de Dios, y estamos en proceso siendo recreados a su imagen en nuestra vida nueva, creativa, y en ese terreno nos entregamos a la misión como una expresión de la imagen de nuestro Creador, Salvador y Dador de vida».

Las *misiones* son manifestaciones de la iglesia en misión, particularmente observadas en la evangelización y, en especial, en el ministerio transcultural. Se refiere a los ministerios y a las estructuras de la labor global, las cuales se manifiestan a medida que vamos cruzando barreras de idioma, geografía, cultura y religión. Su enfoque está en lo que se tiene que hacer para llegar a los menos alcanzados por el evangelio transformador de Cristo. La infraestructura misionera incluye, por lo menos, los siguientes elementos: la iglesia local, matriz y semillero global; los motivadores y movilizadores misioneros; los intercesores; los centros de capacitación misionera; las agencias enviadoras y los mecanismos de sostén financiero; y, finalmente, los equipos en sitio que ayudan con las estrategias, la supervisión y el cuidado pastoral del misionero —en el campo y al retorno a su país de pasaporte.

El concepto *misional* tiene otro enfoque que regresa para captar dimensiones de la misión de la iglesia, pero va más allá. Su desafío llega cuando la iglesia local se percibe como un puesto de avanzada del reino de Dios en la realidad encarnada, así como viendo los horizontes del mundo. Dondequiera que se encuentre, se considera misional, y la figura de una espiral en acción describe su mover. Se mueve hacia afuera con su mensaje e impacto, y regresa hacia el centro; en ambos movimientos avanza el reino de Dios.

A medida que la iglesia entiende su identidad como el pueblo misional de Dios, entiende mejor el por qué de su existencia. Fue creada por el trino Dios para ser un pueblo en misión, sobre la marcha, aquí y allá, cerca y lejos, evangelizando y discipulando, predicando y sanando, dentro de su cultura y fuera de ella, demostrando amor y desafiando hacia el cambio social. No es que la iglesia tenga un programa de evangelización y misiones, sino que ella misma naturalmente refleja el carácter del Dios vivo, y naturalmente comunica el mensaje transformador. Todo lo que la iglesia hace, lo hace porque es una comunidad misional.

De esta manera, cuando la iglesia entera entiende que su misión refleja su esencia genética, todo fluye de esta médula interior, en cuanto a lo que es y hace como iglesia. Todos, el liderazgo clave y sus miembros, están comprometidos en este proceso dinámico y transformador, y dondequiera que estén o hagan lo que hagan, avanzan el reino de Dios en todo lugar y en todo tiempo.

En conclusión

Vivimos en un momento histórico singular, cuando los medios de comunicación electrónica y las necesidades económicas nos han integrado (sin querer queriendo) y nos han conectado globalmente —a pesar de las divisiones naturales que existen entre pueblos, etnias, geografías, culturas, economías y religiones.

El momento histórico se marca también por el privilegio que tiene toda iglesia, en todo lugar y en todas las circunstancias, para ser un pueblo transformado por el soberano Dios. Y esto requiere que el liderazgo de la iglesia haga conciencia de su papel, como el pastoreo que encamina su grey a la transformación.

Al único y Trino Dios ¡sea la gloria y la majestad!

Dr. GUILLERMO D. TAYLOR B.
Comisión de Misiones Alianza Evangélica Mundial

Parte I

LAS BASES PARA LA TRANSFORMACIÓN DE LA IGLESIA

1

El origen de la iglesia que quiere terminar bien

LAS ÚLTIMAS PALABRAS de una persona revisten una singular importancia, particularmente cuando quien las dice está consciente de que lo son. Siempre se busca decir con ellas un mensaje muy relevante y se trata de usar las palabras con cuidado, a fin de comunicar las más profundas ideas. Imagine, ¿cómo le afectaría a usted si ahora tuviera que pensar en sus últimas palabras? ¿Cuánto cuidado pondría en ellas para que expresaran lo que usted quiere decir y su intenso deseo por que sean seguidas por aquellos a quienes serían dirigidas?

Las últimas palabras de Cristo no fueron la excepción. Consciente como estaba de que vivía sus últimos momentos en la tierra, y particularmente con sus discípulos, las utilizó para anunciar el futuro de la iglesia. Es fácil imaginar aquella escena, un monte que permitía ver en lontananza a Galilea, ciudad que le recordaba su morada temporal. Aquel lugar le traía tantos recuerdos de su ministerio terrenal y de sus primeros discípulos. El cielo que entonces estaría claro, con algunas nubes ocasionales, le recordaba su morada eterna, el lugar de su reino eterno del cual voluntariamente se había privado por amor a la humanidad para cumplir con el propósito de Dios.

Meditando en aquel momento, en los protagonistas y particularmente en los eventos que rodearon aquella escena, aprendemos mucho de Cristo, de la iglesia y de sus primeros líderes.

Aquellos memorables momentos fueron utilizados por el Señor Jesucristo pensando en los que había preparado, en lo que ellos harían y cómo deberían usar su tiempo eficazmente para cumplir con su deseo.

Los discípulos fueron citados en el monte de Galilea. Llegaron todos. Aquellos primeros discípulos que en la primera prueba de la iglesia habían logrado una sencilla victoria, la de mantenerse unidos en medio del temor, de la incertidumbre, de las noticias confusas y de las diversas versiones de un hecho que ahora se les presentaba como una realidad, llegaron con expectación, sabían sin duda que algo pasaría, aunque no sabían qué esperar.

Mateo es el único evangelista que relata detalles de aquel encuentro en la cima del monte, y en su relato describe la emoción de los discípulos cuando se encuentran con Cristo. Allí está de nuevo, como las otras veces, compartiendo su paz y mostrando en su cuerpo las heridas de la muerte y la victoria de la resurrección, esperándolos.

A aquellos discípulos, que representaban el germen de la iglesia como la conocemos ahora, les asalta la duda. Esta circunstancia que nos abre la mente para entender a la iglesia en términos nuevos.

Dice la Biblia que todos: «le adoraron; pero algunos dudaban» (Mateo 28:17, NVI). ¿De qué dudaban? No era una duda acerca de la deidad de Cristo. A estas alturas de su desarrollo y experiencia de relación y comunión con Él, no existía duda alguna de que Jesucristo era el único hijo del Dios verdadero. Sabían que, en cumplimiento de tantas promesas escritas, vino a este mundo a vivir con los hombres, a hacerse su siervo y a rodearse de todos para salvar a los que tuvieran la oportunidad de conocer la verdad de su mensaje. Ellos estaban seguros de que Él era el Cristo, el hijo del Dios viviente. Así lo afirman y lo demuestran cuando se postran reverentes delante de aquel que es el único que merece la honra, la gloria y el poder. Los discípulos tenían muy claro que sólo se adora al Dios verdadero y adoraron a Cristo; con esto mostraron su convicción de que lo conocían y sabían que Él era el enviado de Dios en auxilio de los hombres.

¿Dudaban entonces que hubiera muerto? ¿Sería acaso que creían que en la cruz, aquel nazareno presentó un drama? No, de ninguna manera; ellos lo vieron colgado en la cruz, oyeron sus palabras y hasta el grito angustioso cuando el pecado del mundo cayó sobre Él. Algunos de ellos lo vieron muy de cerca y escucharon cuando al final de su ministerio terreno dijo con calma: «Todo se ha cumplido» (Juan 19:30, NVI), y habiéndolo dicho, inclinó su cabeza y voluntariamente entregó el espíritu. Murió, víctima de los pecados del hombre. Ellos vieron salir la sangre del cuerpo de Cristo cuando el soldado cruelmente confirmó su muerte metiéndole la lanza en el costado. La sangre salió sin nada de pulso, mezclada con agua; sangre que pagaba el pecado del hombre, agua que limpiaba el corazón de aquellos que a su cruz se acercan.

¿Sería acaso que su duda era que aquel que veían era sólo un espíritu, un fantasma? O quizás movidos por su tristeza, desesperanza y el pavor colectivo fueron sumidos en un sueño donde todos ellos creyeron verlo, cuando en realidad no veían nada. Tal vez creían tenerlo, pero Él no estaba con ellos y sólo existía en sus angustiadas mentes, sumidas en la desesperación, por lo que fraguaron para sí mismos una imagen, una figura que satisficiera su necesidad del Maestro. No, de ninguna manera. Al final de la cena, aquel mismo tercer día, después de su muerte, Él se presentó delante de ellos y les dio muestras de que estaba vivo; tocaron su cuerpo, vieron sus heridas, lo vieron comer como lo hacía antes y hasta uno de ellos le metió la mano en el triste costado que fuera perforado por la lanza del soldado. Como dijo Pedro delante de los judíos, ellos fueron testigos de su resurrección, lo vieron vivir, lo vieron morir y lo vieron vuelto de la tumba victorioso, listo para dar sus últimas palabras.

¿De qué dudaron entonces? La duda les surge de la clara certeza de que Jesucristo, cumplida su parte, vuelve ahora al cielo cubierto de gloria, habiendo derrotado en su cuerpo a la muerte y al diablo en su juego, y con la vida puesta a disposición de los hombres. ¿Serán ellos capaces de llevar adelante la tarea pendiente? ¿Podrá aquel pequeño grupo de discípulos encabezar la divina empresa de dar a conocer la noticia de que hay perdón de pecados y salvación en la sangre de Cristo para todos los hombres?

Todo sucedió conforme a las Escrituras, tal como lo había dicho el mismo Jesús a los discípulos en el camino a Emaús. Toda la enseñanza de las Escrituras tocante al nacimiento, la vida, el ministerio, la muerte y la resurrección del Mesías se había cumplido hasta en la última palabra. Todo sucedió, como dijo Cristo: «De acuerdo a las Escrituras». Nada quedó sin cumplirse, todo estaba completo. A partir de aquel glorioso primer día de la semana, la historia de la humanidad da un giro inesperado, se endereza para mostrar el camino al cielo, el único camino que es Jesucristo.

Al leer el resumen de este relato en el evangelio de Lucas, Jesús, haciendo gala de suprema sabiduría, resume la totalidad del mensaje de las Escrituras en tres hechos; tres eventos que completan el cuadro de la salvación para los hombres:

—Esto es lo que está escrito —les explicó—: que el Cristo padecerá y resucitará al tercer día, y en su nombre se predicarán el arrepentimiento y el perdón de pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén ([Lucas 24:46–47](#), NVI).

Tal y como lo afirmarían luego los discípulos y sus seguidores, la base de su predicación y la esperanza de su propio ministerio estribaba en la certeza de la muerte y resurrección de Jesucristo. El Dios que se encarnó y se entregó; el Cristo que murió por los pecados del hombre pero que resucitó con poder, venciendo así a la muerte y derrotando al que tenía el imperio sobre ella; aplastó la cabeza de aquel que en el Edén había creído ganar la batalla, y que ahora sólo le queda observar derrotado el inicio de la iglesia en aquellos primeros discípulos, así como su establecimiento sobre toda la tierra, para que de toda lengua, tribu, pueblo y nación, los que fueron ganados con su sangre, sean presentados delante del Cordero.

Sólo Jesucristo podía morir y hacer su muerte suficiente para pagar por los pecados del mundo: «El justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en el espíritu» (1 Pedro 3:18). Nadie podía tomar su lugar en la cruz, sólo Él fue el sacrificio perfecto, sin mancha y aceptable delante de Dios. Sólo Él podía resucitar, como Él mismo dijo: «Nadie me la arrebató, sino que yo la entrego por mi propia voluntad» (Juan 10:18, NVI).

Como diría más adelante Pablo: «Fue designado con poder hijo de Dios por la resurrección» (Romanos 1:4, NVI). El Cristo ha resucitado, conforme a las Escrituras; eso era necesario para dar sustento y respaldo a nuestra esperanza. Si Cristo no hubiera derrotado a la muerte, si en la tumba se hubiera quedado cautivo, no habría esperanza para los hombres. Jesucristo sería como cualquier hombre, un Cristo derrotado cuyo único legado para el mundo sería una tumba más que perpetuara el recuerdo de la muerte y la derrota. Pero la Escritura da testimonio de que resucitó de los muertos, que las cadenas de la muerte fueron rotas, así como fue roto el sello que guardaba la tumba y fue, entonces, levantado para testimonio de las naciones de que: «La mano de Jehová ha hecho esto y es cosa maravillosa delante de nuestros ojos» (Salmo 118:23).

Los discípulos entienden que ahora les toca a ellos cumplir con su parte en el plan de salvación en favor de los hombres. Si el Cristo ya había muerto, como se había previsto, y si también había resucitado, conforme a las Escrituras, de la misma manera era necesario que se anunciara esta verdad a todos los hombres, «comenzando desde Jerusalén» y continuando «hasta lo último de la tierra».

Todo hombre tiene esperanza, pero ¿qué esperanza es aquella que no se conoce? ¿Cómo se hace efectivo un sacrificio si el beneficiario no sabe que ha sido ofrecido en su nombre? Esto es lo que los discípulos entienden y por eso dudan de ser capaces de llevar adelante el plan de salvación como estaba previsto. Ahora, en sus manos está la salvación de los hombres, ellos también tienen en sus manos las llaves que abren las puertas del infierno para dejar libres a los cautivos que tiene. Ya hay esperanza para el mundo, pero esta esperanza está en las manos de los discípulos, a quienes el Maestro había escogido para que: «Estuviesen con Él y para enviarlos a predicar» (Marcos 3:14). Era justamente para este momento que Jesucristo había escogido a cada uno de ellos, para esto los había preparado, pero ellos dudaban de su capacidad para cumplirlo.

Si somos enviados —se preguntaban sin duda— ¿con qué autoridad iremos? En su propia cosmovisión, ellos entendían que quien era enviado debería tener un enviador, un referente, alguien con la debida autoridad y posición que le permitiera enviar a otros para que ejercieran la función encomendada. Necesitaban una autoridad suficiente para llegar a todo el territorio a donde eran enviados. Ya en ocasiones anteriores su Maestro los había enviado, pero en cada una de ellas les había dado instrucciones claras así como los recursos para llevarlas a cabo. Siempre confiaban en que Él

estaba cerca, dispuesto a ayudarlos y respaldarlos cuando esto fuera requerido, ya fuera por las autoridades o por aquellos que eran el objeto de su envío. Necesitaban respuesta a esta pregunta y salir con la certeza de que había un respaldo que les permitiera cumplir la tarea y saber hasta dónde llegaba la comisión que ahora recibían de las manos del Maestro.

Si debemos predicar —se preguntaban también— ¿a dónde y a quiénes somos enviados? Podemos imaginarnos aquel nada significativo grupo, en la cima del monte, viendo hacia los cuatro puntos cardinales y contemplando las vastas extensiones de tierra, los muchos pueblos que había en cada una de las direcciones. ¿Dónde comenzar? Y ¿dónde terminar? Eran preguntas sin respuesta para ellos. ¿Cómo saber que la tarea está concluida? Era otra pregunta importante y necesitaban escuchar respuesta de la boca del Maestro. ¿Dónde deberían cumplir su labor? ¿Sería en su pueblo Israel? ¿Sería acaso con las ovejas de este rebaño esparcidas por todo el mundo? ¿Quiénes son los que deben oír? ¿A quiénes se les debe predicar el mensaje? Y ¿cómo sabremos en dónde detenernos a predicar?

Y si somos enviados —se preguntaban— ¿cuál será el mensaje? ¿Cuál el resultado? ¿Cuál será la medida de éxito que nos permita conocer que hemos alcanzado el propósito de Dios en nuestras vidas? Para ellos era importante saber cómo iban a ser evaluados por su trabajo, había mucho que hacer, pero ¿hacia dónde deberían enfocar lo mejor de su esfuerzo? ¿Cuál debería ser el resultado esperado de su trabajo? ¿Cuándo sería el momento de encontrarse de nuevo y, en especial, el momento de decir: «Misión cumplida»? ¿Qué sería aquello que deberían exhibir como resultado de su trabajo? ¿Qué pondrían al final de la jornada en las manos de aquel que los había enviado, y qué pondrían a sus pies para expresar con gozo que habían sido fieles en todo?

Las últimas palabras de Cristo son precisamente un testamento final para el pueblo del nuevo pacto; allí se encuentran resumidas las respuestas a cada una de estas preguntas. Cuando dice: «Jesús se acercó entonces a ellos y les dijo:

—Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del padre, y del hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes. Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:18–20, NVI).

Jesucristo declara, en primer término, que ha recibido la autoridad correspondiente para enviarlos; y para respaldar ese envío resalta que no sólo tiene autoridad en el cielo sino también en la tierra; que esa autoridad la ha recibido y ahora la utiliza para enviarlos. Es en función de esa autoridad, y con el respaldo de ella, que Jesucristo envía a sus discípulos. Ahora ellos pueden estar seguros de que su envío cuenta con el respaldo de aquel que tiene toda autoridad para enviar, para sostener y mantener los resultados del envío. Jesucristo habla de una autoridad ilimitada. Su perspectiva divina le permitía hablar de una autoridad universal, toda autoridad. No sugiere sino afirma que no hay autoridad fuera de esta; no hace falta nada en la autoridad que Él ahora manifiesta tener para el envío. De la misma manera, el área de su autoridad es ilimitada. Esta no está circunscrita solamente a la tierra, sino también al cielo y, en consonancia con lo que había afirmado anteriormente, ilustra esa autoridad moral de que todo lo que los discípulos hicieran sobre la tierra tendría un reflejo en el reino de los cielos. Ahora, la tarea de proclamar el arrepentimiento y perdón de pecados es posible porque sus seguidores cuentan con aquel que tiene toda la autoridad para enviarlos y para asegurar que la empresa tendrá éxito.

La segunda respuesta que los discípulos reciben para resolver sus dudas es que son enviados a: «todas las naciones». Se ha resaltado mucho el significado de la expresión *panta ta ethnē* para clarificar que no se está hablando sólo de divisiones geopolíticas, sino de grupos humanos. La Biblia de Jerusalén y la versión de Nacar–Colunga prefieren la traducción: «todas las gentes», mientras la Biblia

del Peregrino traduce: «entre todos los pueblos», que clarifica mejor el objeto de la predicación. Jesucristo está respondiendo categóricamente a los discípulos que su envío incluye a todos aquellos que son beneficiarios de su sacrificio, no sólo a los judíos sino también a los gentiles, no sólo a los que están cerca sino también los que están lejos.

«Haced discípulos» es la tercera respuesta que ellos necesitan. Es el resultado esperado de su trabajo y ministerio; hacer discípulos obedientes a las palabras de Jesucristo en todas las naciones. No sólo que se conviertan del judaísmo, sino que todos los que se añadan, se transformen; que lleguen a ser discípulos y que sigan diseminando el mensaje hasta que este sea proclamado entre todos los pueblos y todas las gentes de todas las naciones. Aquí está la medida para el éxito de la iglesia, una gran ayuda en momentos como este, cuando pareciera que la mente empresarial ha sustituido a la guía espiritual de la iglesia. Jesucristo afirma que cuando, de acuerdo al derecho que esta autoridad le confiere, se presente delante de cualquier iglesia en cualquiera de las naciones, lo que estará buscando en ella para establecer si es efectiva o no, si cumplió con esta comisión o no, será contar los discípulos obedientes a su Palabra que la iglesia ha formado, tanto en su Jerusalén como en su Judea, en su Samaria, y hasta lo último de la tierra. Así sabrán, entonces, que han terminado la tarea. Con esta información podrá la iglesia evaluar cuánto le falta para decir al Maestro: «Hemos cumplido la tarea que nos diste que hiciésemos», y sabremos con certeza si nuestro tiempo y esfuerzo están bien utilizados en lo que el Maestro nos dio que hiciéramos.

No es difícil entender este pasaje; no hay necesidad de entrar en una gimnasia teológica para comprender lo que significa para la iglesia, su propósito y permanencia sobre la tierra y, particularmente, lo que se espera de ella. Quizá su significado se explica magistralmente en lo que Gladys Aylward escuchó en un lamasario, en las montañas de la China, cuando oye azorada el relato del lama mayor que le cuenta su encuentro con los evangelios con estas palabras: Leímos los relatos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Creímos todo lo que contenían los evangelios, aunque por supuesto muchas cosas no las pudimos entender. Pero un versículo nos pareció de importancia especial. Cristo había dicho: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio»; entonces, sencillamente, alguien tenía que venir a decirme más acerca de este maravilloso Dios. Todo lo que teníamos que hacer era esperar, y cuando Dios mandara un mensajero, estar listos para recibirlo.¹

2

Las iglesias fuertes producen discípulos

LA IGLESIA EN América Latina se encuentra enfrentando uno de los retos más difíciles de su historia. Después de un inicio difícil, lleno de oposición y, particularmente, con mucha dificultad para llevar adelante el establecimiento de la iglesia en muchos países, hoy se encuentra en un período de crecimiento. No es extraño ver surgir nuevas y notar cómo la presencia de ellas se va haciendo cada vez más sensible en cada uno de los países de América Latina.

¹ Aylward Gladys, *La pequeña gran mujer de la China*, Portavoz, 1974, p. 124.

Según la última evaluación de Patrick Johnstone, en América Latina hay ochenta y siete millones de evangélicos.² En algunos de estos países las iglesias crecen de manera considerable y el porcentaje de evangélicos en su población es cada vez más significativo. Junto con el crecimiento de la iglesia han venido también aquellos problemas que acompañan los momentos de tranquilidad. La laxitud y la pereza que a veces acompañan a los procesos donde la lucha ya no está presente y donde pareciera que el terreno está próspero al establecimiento de la iglesia. Ahora comienzan a presentarse algunos de los cambios significativos que la iglesia ha tenido en varios de los países de América Latina que vale la pena observar.

La iglesia evangélica ya no es la alternativa solamente para iletrados, pobres y marginados que no tienen esperanza; la iglesia en muchos países es ahora una institución con influencia, con prestigio y una iglesia que, en algunos casos, ya es una marca de posición social y de reconocimiento público.

Los pastores han cambiado; ya no son aquellos pobres, fanáticos y humildes hombres que se paraban en las esquinas —con sus trajes descoloridos por la acción del sol y con la Biblia en las manos— a predicar acerca de la muerte y el infierno para convencer a sus oyentes a que la leyeran, a que buscaran en ella la verdad y a que creyeran en el Señor Jesucristo. Algunos pastores ahora, en cambio, son personajes de influencia, visten trajes de marca, conducen automóviles exclusivos y se hospedan en hoteles de cinco estrellas.

Los templos dejaron ya de ser las salas de las casas de los pastores o de uno de los miembros, donde los cristianos se hacinaban en sencillas bancas de madera, con las miradas curiosas de los inconversos desde sus ventanas, que querían conocer qué rostro tenían los cristianos, qué hacían cuando se reunían y si era cierto lo que se decía de ellos. Ahora, hay templos que compiten con palacios de gobierno y con centros comerciales, que se visten de mármoles traídos de lejanas tierras; púlpitos de cristal cortado, sillones repujados en oro, equipos de aire acondicionado y alfombras de miles de dólares.

El mensaje de la iglesia ha cambiado, ya no es el del infierno como destino eterno de los incrédulos. Casi no se recuerda del pecado, y la persona de Cristo no es solamente Salvador. Ahora parece que hay cosas más modernas de las cuales hablar, se va a la iglesia a aprender cómo pedirle a Dios para que nos dé lo que precisamos, a cómo visualizar lo que queremos. Se habla mucho más del hombre que de Jesucristo, de obtener lo que merecemos que de dar a otros lo que necesitan. Ya no se fomenta el servicio ni el sacrificio de ser cristiano; ahora se fomenta más la fidelidad a la denominación, el pago puntual de los diezmos, la inversión en cosas terrenales y el reconocimiento de los pastores como aquellos que merecen honra, respeto y un lugar especial sobre todos los humanos.

Hace mucho que la iglesia dejó su celo evangelizador. «Si alguien quiere ser salvo —pareciéramos decir— las puertas del templo están abiertas para ellos, nosotros no rechazamos a ninguno, los invitamos a que sean parte de nuestra iglesia. Por los no alcanzados, no vemos porqué debemos preocuparnos, en tanto haya tanto que hacer en nuestra ciudad, dentro de nuestra misma iglesia y el templo necesite una renovación. Los jóvenes están pidiendo un nuevo equipo de sonido, los autos ya no caben en el parqueo y se necesita una sala más grande para albergar el salón social de la iglesia».

El «aquí se evangeliza, venga y escuche» ha sustituido al «id y haced discípulos a todas las naciones».

La iglesia el día de hoy no parece precisar de unidad, ya no necesitamos orar juntos por las persecuciones o el rechazo de los enemigos. Los problemas y las malas experiencias del pasado han

² Patrick Johnstone, *Operation World, Paternoster Lifestyle*, pp. 34.

producido distanciamiento; las iglesias son cada vez más comunidades independientes. El enfoque del alcance hacia miembros de otras iglesias, muchas veces propiciado por el entusiasmo de sus miembros, ha resultado en un sentido de competencia y en algunos extremos en una muestra de autosuficiencia de iglesias que cuentan con todos los recursos para realizar sus planes, sin que esto demande acercarse a otras iglesias, buscar la unidad con ellas o ayudarlas en sus debilidades y necesidades.

En medio de este proceso, la iglesia cae víctima de una confusión en cuanto a lo que es una iglesia fuerte y comienza a pensar que es aquella que tiene señales externas de poder, autoridad, influencia, efectividad y eficiencia. Basta con preguntar a alguno de los miembros cuál es la característica de una iglesia fuerte, y escuchar las respuestas de primera intención que salen de su boca. Escucharemos respuestas como: «El tamaño del templo, la cantidad de miembros y la cantidad de iglesias que se han fundado». En algunos casos mencionarán la influencia del pastor, y en otros, puntualizarán los recursos económicos. Cuando respiramos por un momento (o más bien suspiramos), nos damos cuenta de que en algún paso del proceso olvidamos enfocar la iglesia en lo que realmente tiene significado, porque basta con volver a preguntar la definición de una iglesia fuerte, de acuerdo con la Palabra, para que las respuestas comiencen a ser correctas: una iglesia que ora, que estudia y aplica la palabra como es debido, que influye en la transformación de la sociedad donde se encuentra y que manifiesta, de muchas maneras, la presencia de Jesucristo en medio de ella.

Al revisar estas respuestas, notamos que todas ellas son, sin duda, las características de un discípulo, puesto que este es un cristiano que ora, estudia y aplica la Palabra debidamente, hace sentir su influencia para transformación de la sociedad donde se encuentra y manifiesta de muchas maneras la presencia de Jesucristo en su propia vida.

Al volver a la Palabra —la única norma de fe y conducta—, nos damos cuenta de que la descripción de una iglesia fuerte es aquella que produce discípulos, no asistentes a un programa de discipulado, sino cristianos verdaderamente incondicionales al Señor, a través de todo lo que manda su Palabra. Cristianos que están dispuestos a ser lo que el Señor quiere que sean, a hacer lo que el Señor quiere que hagan y a ir a donde el Señor quiere que vayan. No tiene nada que ver con la fidelidad al pastor o a la denominación, aunque sin duda la incluye. Pero la medida del éxito para el cristiano es su incondicionalidad para con Cristo y, por consiguiente, la medida de éxito para la iglesia es la capacidad que tiene para producir, en forma regular y constante, cristianos incondicionales, capaces de ser, de hacer y de ir a donde el Señor los mande.

El llamado a la incondicionalidad

Sin el ánimo de hacer un tratado sobre esto, déjenme puntualizar para efectos de este ejercicio, cuáles son las características bíblicas de aquellos que son llamados discípulos, como nos relata la Escritura en Hechos 11:26, cuando fueron llamados «cristianos» por primera vez en Antioquía.

Los discípulos son cristianos incondicionales para con el Señor y llegan a una estatura tal que pueden ser usados por el Señor en su propósito para el mundo. El llamado a ser parte de la iglesia del Señor incluye una demanda para cada uno de los que son llamados, en cuanto a una transformación personal, a través de una relación con Él. En Mateo 16:24 podemos leer con claridad la invitación del Señor Jesucristo para que aquellos que querían ser sus discípulos estuvieran dispuestos a esta transformación cuando dice: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame».

«Niéguese a sí mismo» es la primera condición para llegar a ser discípulo. Negarse a sí mismo es una invitación a hacer morir al yo, a renunciar a una vida gobernada por mis pensamientos, mis sentimientos y al deseo de vivir en función de alcanzar mis propios intereses; un llamado a entregar

incondicionalmente mi vida para que ésta sea gobernada por la persona del Señor Jesucristo. Es un llamado a imitar a Cristo tal como lo leemos en Filipenses 2:5. Jesucristo, el modelo, nos desafía a estar dispuestos a dejar de hacer lo que queremos, a poner en el altar de adoración nuestros planes para que estos estén en consonancia con los planes que el Padre tiene para el mundo, para su iglesia y para cada uno de nosotros como miembros de ella. Esta primera afirmación tiene que ver con el carácter, con llegar a ser lo que el Señor quiere que seamos, para que a través de estar en relación íntima, personal y emocional con Él, vayamos desarraigando de nuestra vida y de nuestra experiencia todas aquellas cosas que nos distraen de la sincera obediencia a Cristo. Cuando lleguemos a un sometimiento absoluto de nuestra voluntad y se vaya transformando nuestro carácter, a fin de que cada uno de nosotros, como sus verdaderos discípulos, lleguemos a ese punto de incondicionalidad y de ser lo que Él quiere que seamos.

«Tome la cruz», que es la segunda condición para llegar a ser discípulo, es un llamado a sufrir con gozo la pérdida de las cosas del mundo, a quedarnos sin nada, sólo con la cruz, la cruz de Cristo, a la luz de la cual las cosas del mundo, lo que soy y lo que tengo, tanto como lo que creo merecer, se vuelven basura (Filipenses 3:7–10). En la perspectiva de la cruz no hay nada que valga la pena detenernos a suspirar por su falta o encaminar nuestras energías para obtenerlo. Es de ese concepto que podemos leer más claramente en 2 Timoteo 2:3–4 donde, con la figura de un soldado, se nos anima a sufrir las penalidades de no tener lo que el mundo ofrece, a cambio de agradar a aquel que nos tomó por soldados. Esta segunda afirmación tiene que ver con nuestras acciones como verdaderos cristianos incondicionales, que nos llama a estar dispuestos a hacer todo lo que el Señor nos mande, aun a costa de nuestros propios pensamientos, sentimientos y, tal como la traducción literal de la palabra *discípulo* en Mateo 28:19 dice, aun a costa del martirio y del sufrimiento.

«Seguirle» es el tercer llamado a la incondicionalidad del discípulo. Aquí el Señor Jesucristo plantea un desafío a todo aquel que quiera ser su discípulo, a todo aquel que quiera considerarse un cristiano incondicional, a que esté dispuesto a ir a donde Él lo mande, sea este un aspecto funcional dentro de la sociedad, la iglesia o su familia, o un aspecto geográfico; de perseguir el llamado y la visión del Señor en cualquier punto del planeta desde aquí y hasta lo último de la tierra. Seguirle es una demanda que Jesucristo nos hace para que estemos dispuestos a despojarnos de todo aquello que nos retiene en este lugar, de dejar de hacer lo que ahora estamos haciendo, para comenzar a movernos hacia donde nos está llamando, al lugar a donde nos envía a cumplir su plan. Esta es la verdadera incondicionalidad, el estar dispuestos a moldear nuestra vida y nuestro carácter para ser cada día más como Cristo, a someter nuestras acciones en obediencia absoluta a la palabra de nuestro Señor Jesucristo y a disponer nuestros pies y nuestra vida para seguir su llamado hacia el lugar que Él está señalando.

Iglesias fuertes, en conclusión, son aquellas que están preparando de manera regular y deliberada a sus miembros para que lleguen a ser cristianos incondicionales, les brinda el ambiente y los recursos a fin de que moldeen su carácter y adopten cada día mejor la imagen de Cristo. Se goza al verlos día a día tomar decisiones en cuanto a lo que hacen, para que todos sus pensamientos, palabras y acciones pasen el examen de la Palabra. Se regocija con ellos y se solidariza al verlos salir hacia el lugar que el Señor ha señalado para que desarrollen el trabajo y el ministerio que les ha dado. Todo con el propósito de que aquellos que los conozcan y observen, puedan ver el poder de Dios para transformar. Esta es la iglesia fuerte.

El llamado a examinar el propósito de la iglesia

EL SEÑOR NOS está llamando a examinar la iglesia y a compararla con la imagen de ella que la Biblia nos presenta. En este momento crucial en la historia de la iglesia en América Latina, el llamado que escuchamos constantemente es el de volver a los orígenes, a redescubrir la imagen de la iglesia que estaba en el corazón Dios cuando Él la develó delante de sus discípulos, y a examinar ese misterio escondido por los siglos y revelado por el mismo Jesucristo a ellos. Es ahora cuando sentimos el desafío de iniciar una campaña de transformación de la iglesia para que su propósito, su llamado y su compromiso vuelvan a ser lo que el Señor quería que fuera.

Cuando examinamos este desafío, nos damos cuenta que se le pide a la iglesia que vuelva a las cosas sencillas que le dieron origen, y que fueron efectivas en la evangelización durante los primeros siglos y que permitieron a los cristianos primitivos mantener su celo por la pureza, por la incondicionalidad y, en especial, por dar un testimonio integral, capaz de llegar hasta las últimas consecuencias. Muchas veces, cuando estamos ante una nueva idea de lo que la iglesia puede hacer, lo mejor que se nos ocurre es sumar un nuevo ministerio, formar un comité que comience a hacer lo que la iglesia necesita. Esto es lo que vemos que sucede vez tras vez en la iglesia en cuanto a las misiones y, por esta misma inclinación, hemos creído que hacer que una iglesia llegue a ser misionera es tan simple como poner un comité de misiones y esperar a que ellos hagan esa parte, a fin de que la iglesia cumpla con su mandato. El llamado que escuchamos ahora es hacia una transformación radical. Este es un llamado a hacer un alto en el camino, seguido de una evaluación concienzuda de lo que la iglesia es versus lo que debería ser. Luego, hay que tener el valor de cambiar lo que haya que cambiar para que la fisonomía de la iglesia represente bien la imagen que Cristo presentó en las Escrituras, y sea así la iglesia que el Señor quiere.

El mejor lugar para comenzar esta evaluación es, sin duda, el evangelio de Mateo. Este es un texto que contiene el desarrollo del pensamiento de Cristo respecto a lo que la iglesia es en su esencia, su llamado, su propósito y sus resultados. Queremos volver a las bases para transformar nuestra mente y ver a la iglesia con los ojos de la Palabra, para entender lo que Cristo vio en ella y lo que dio a entender a sus discípulos. Como dice David Bosch:

El primer Evangelio es, en esencia, un texto misionero. La visión misionera fue la que impulsó a Mateo a escribir su evangelio. No emprendió tal proyecto con el fin de componer una «vida de Jesús», sino con el ánimo de proveer una guía a una comunidad en crisis sobre cómo debía comprender su llamado y su misión.³

Encontramos que hay suficiente material en el evangelio según Mateo para que cada uno de nosotros como cualquier pastor a lo largo y ancho de América Latina pueda sentarse a revisar su comprensión de la iglesia, compararla con la imagen que tiene frente a él y luego sacar sus propias conclusiones en cuanto a iniciar un proceso de transformación.

³ Bosch David J. *Misión en transformación: cambios de paradigma en la teología de la misión*, Desafío, 2000. p. 83.

El propósito de la iglesia se encuentra claramente establecido en Mateo 16, donde el Señor Jesucristo utiliza por primera vez «iglesia» (*ekklēsian*), un término que ya se había utilizado para designar al pueblo de Israel (por ejemplo, Salmo 22:22, donde el griego de la Septuaginta usa el mismo término⁴). Ahora se redefine para incluir al «pueblo de Dios». En este cap. 16 comienza una nueva etapa en la enseñanza que el Señor Jesucristo está dando a sus discípulos, y seguramente veremos contestadas aquí, entre otras, las siguientes preguntas: ¿cómo puede la iglesia ser lo que debe ser?, ¿cómo afirmar el propósito de la existencia de la iglesia?, ¿qué hacer para vivir de acuerdo a la visión que Cristo tuvo de su iglesia?, ¿por qué la visión de la iglesia debe ser la visión de Dios para la iglesia?

Este pasaje que estaremos estudiando tiene una característica muy importante, es como un partir de aguas en la enseñanza del evangelio de Mateo. Hasta este momento, sus enseñanzas han estado orientadas a demostrar la deidad de Cristo y evidenciar que su nacimiento y ministerio son el cumplimiento de la promesa de la venida del Mesías. Aquí, sin embargo, se inicia una nueva enseñanza, la mención del reino de Dios se hace más frecuente y, sobre todo, la presentación de este nuevo elemento —iglesia—, llama poderosamente la atención.

Esta enseñanza ocurre en la región de Cesarea de Filipo, una región perteneciente a la tetrarquía de Herodes Filipo, situada a unos cuarenta kilómetros al norte del mar de Galilea (Mateo 16:13). Este es un dato muy importante, particularmente porque resalta la importancia de los gentiles en el proceso de establecimiento de la iglesia. Basta pasar detenidamente la vista por los primeros capítulos del evangelio para darnos cuenta cuán relevante es el tema de los gentiles. Veamos al menos algunos ejemplos: en Mateo 4:15, al inicio de su ministerio, Jesús se establece en Cafarnaúm y afirma que esto es en cumplimiento de que la luz ha llegado para brillar sobre judíos y gentiles, y la inmediata proclamación de: «¡Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado!» se levanta sobre gentiles, así como sobre judíos. En Mateo 8:10 encuentra a un centurión piadoso que creyó en Él, de tal manera que Jesucristo se maravilló y expresó: «Les aseguro que no he encontrado en Israel a nadie que tenga tanta fe» (NVI), y a continuación profetiza que los gentiles creerán. Esta región, entonces, era una región caracterizada por su alta población de gentiles. Es allí donde el Señor Jesucristo hace a sus discípulos aquella singular e importante pregunta: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» Al parecer, los discípulos no tuvieron dificultad para responder, así que dieron sus propias conclusiones basadas en lo que habían escuchado de las personas que seguían a Jesús. Sin embargo, Jesús modificó un poco la pregunta y vuelve a lanzárselas directamente al decirles: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» Simón Pedro le responde con aquella expresión cuyo contenido afirma completamente lo que Jesucristo es: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente».

Tomando como base esta declaración gloriosa, es que el Señor Jesucristo proclama el advenimiento de la iglesia y presenta en los siguientes versículos una descripción de su llamamiento, la razón de su existencia y el propósito de su establecimiento:

En primer lugar, llama a la humanidad entera a ser parte de la iglesia y se compromete personalmente con su establecimiento (16:18). La figura que vemos descrita en este versículo es la de una iglesia universal, una comunidad de cristianos unidos alrededor de esta declaración gloriosa que trasciende raza, pueblo, lengua y nación. Una iglesia que no se distingue por su denominación, por su forma o estilo de hacer las cosas, sino por el lugar que le da a Cristo como el Mesías, el Salvador, el verdadero Hijo del Dios viviente. Como vemos en este pasaje, el Señor Jesucristo no solamente la nombra sino que se compromete personalmente con su establecimiento.

⁴ *Gâhâl*, ver referencia 6951, *Hebrew and Chaldee Dictionary*, James Strong, S.T.D. LL. D.

Se compromete primeramente a construirla y a edificarla. En este mismo versículo Él se describe a sí mismo como el perito arquitecto que asegurará que la iglesia tenga la proporción, las dimensiones, la forma, el estilo y la sustancia que Él mismo ha diseñado para ella. La iglesia cuenta ahora con la promesa de una participación de Jesucristo, a fin de que llegue a ser perfecta y completa para que pueda cumplir el propósito para el que Él la estableció.

Se compromete también a hacer de la iglesia un agente victorioso. Su victoria, ciertamente, no es sobre las cosas del mundo. Como está claramente establecido en este pasaje, la victoria es precisamente sobre aquel lugar que retiene a los perdidos en una eterna separación de Dios: las puertas del hades. La iglesia está llamada a romper las puertas del infierno, a abrirlas de tal manera que aquellos que están cautivos bajo su dominio puedan escapar y encontrar el camino de la salvación eterna. Como expresa A. T. Robinson: «La iglesia prevalecerá y sobrevivirá porque Él forzará las puertas del hades, saliendo como conquistador invicto».⁵

Cuando observamos cuidadosamente esta primera figura, notamos cuántas veces la iglesia equivoca su propósito al estar forzando otras puertas en busca de recursos, poder e influencia, mientras las puertas que mantienen a los perdidos en muerte eterna permanecen intactas ante su pasividad en la proclamación poderosa del mensaje de salvación a todas las naciones.

Una de las cosas más emocionantes que este versículo muestra es un cambio radical en beneficio de todos los pueblos, etnias y naciones. A partir de este momento, hay un nuevo pueblo que se describe como pueblo de Dios, asamblea o iglesia. A partir de este ahora, la pertenencia a ese pueblo no depende de ascendencia, color de piel, raza o familia sino de la confesión de Jesucristo como Hijo de Dios y del reconocimiento personal de que Él es el salvador. Estos versículos abren la oportunidad para que todas las etnias entren a formar parte de su reino. Dios deja un claro mensaje: todos los pueblos son iguales a sus ojos cuando envió a su Hijo Jesucristo para que toda persona, de cualquier pueblo, etnia o raza que confiese que Jesús es el Señor y crea en con el corazón sea salva. Ahora es un derecho de cada persona el tener la oportunidad de escuchar de la esperanza de Jesucristo en su propio idioma y en términos que le permitan entender claramente el mensaje, y como resultado, tomar la decisión de aceptarlo o rechazarlo.

En segundo lugar, llama a la cristiandad, encarnada con Pedro, a ser los que abran las puertas de la iglesia delante de todos (16:19). En este pasaje podemos entender con claridad que lo que el Señor le dio a Pedro fue la autoridad para abrir las puertas de esta iglesia universal a judíos y a gentiles, autoridad que luego confirmaría a sus discípulos. Esta afirmación abre definitivamente las puertas para que cualquiera que esté dispuesto a cobijarse bajo esta declaración gloriosa, «Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente», pueda llegar a ser parte de la iglesia en este sentido universal. Ninguna puerta puede resistirse; pareciera ser que la única razón por la que no se abre una puerta es, precisamente, porque la llave para abrirla que Él ha entregado a sus discípulos no se mete en la cerradura, no se gira, ni se tira para abrirla.

Al revisar la historia del libro de los Hechos, nos damos cuenta de la manera efectiva en que Pedro utilizó estas llaves para abrir las puertas de la iglesia a cada uno de los grupos a los que Jesucristo se refirió en Hechos 1:8. Pedro abrió las puertas de la iglesia a los judíos en Hechos 2, cuando entrega aquel tremendo y poderoso primer mensaje evangelístico que proclama, precisamente, a Jesús como el Cristo, el Hijo del Dios viviente. En este mensaje, a modo de conclusión, afirma: «A este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo». Luego, da a sus oyentes la respuesta de la

⁵ Robertson Archibal Thomas, *Imágenes verbales en el Nuevo Testamento*, vol. I, Clie, 1988, p. 144.

esencia de la iglesia cuando les responde su angustiosa pregunta: «Hermanos, ¿qué debemos hacer?» les contestó Pedro: «Arrepiéntanse y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de pecados y recibirán el don del espíritu Santo». Como resultado de aquella afirmación, la puerta de Jerusalén fue abierta y como tres mil personas se unieron a la iglesia en aquel día. La primera llave, la que sin duda llevaba la inscripción «Jerusalén» en ella, fue utilizada poderosamente.

En Hechos 8 podemos ver con detenimiento cómo las puertas de la cristiandad fueron abiertas también para los de la provincia de Judea y para los samaritanos, cuando después de la persecución que se suscita muchos de ellos fueron predicando por toda Judea y Samaria. Como leemos en el v. 14 los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron lo que sucedía en Samaria y enviaron a Pedro y a Juan. Al llegar ellos confirmaron el interés, y en los versículos subsiguientes vemos la manera cómo estos discípulos se interesaron por este grupo de conversos y, después de orar, desciende sobre ellos el Espíritu Santo. Como consecuencia, el evangelio fue anunciado «en muchas poblaciones de los samaritanos». Nuevamente, las llaves con la inscripción «Judea» y «Samaria» son usadas efectivamente para abrir la puerta de la iglesia a los samaritanos también.

Continuamos el relato en Hechos 10:44–45, donde encontraremos también la forma cómo, de una manera sobrenatural y muy directa, Dios encamina los pasos de Pedro hacia una comunidad de gentiles, que encabezados por Cornelio, han encontrado ese Camino y tocan la puerta angustiosamente para entrar a formar parte de la cristiandad. Uno tiende a pensar que Pedro no estaba muy interesado o muy consciente de que el evangelio también era para los gentiles, a juzgar por la introducción a su mensaje en el v. 28. En el v. 43 Pedro de nuevo trae a colación la necesidad de cobijarse bajo la declaración gloriosa que anticipa que aun siendo gentiles podrán recibir el perdón de pecados por su Nombre. En medio de este primer mensaje a los gentiles, las puertas de la iglesia se abren también para ellos, y con ellos para todo el resto del mundo. La cuarta llave ha sido utilizada; aquella que tenía la inscripción «Hasta lo último de la tierra» ha abierto la puerta de la iglesia a los gentiles y aquel grupo es la primicia de los que vendrán después «del oriente y del occidente y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos».

Al volver al pasaje de Mateo 16:21 podemos ver que después de haber revelado a sus discípulos el concepto de la iglesia universal, Jesús comienza a declararles el camino que aún hace falta para que la salvación ofrecida en su nombre pueda estar a disposición de todos los hombres. Su muerte y resurrección son necesarias para que la Escritura se cumpla. Siempre me llamó la atención el pasaje que encontramos a continuación, cuando Pedro escucha el primer anuncio de la muerte de Jesucristo, e inmediatamente lo toma aparte para animarlo a reconsiderar su decisión de entregar su vida: «Jesús, ten compasión de ti —parece decirle— de ninguna manera esto te acontezca». Y, hasta parece que Pedro le está recriminando: «¿Por qué conformarte con menos cuando puedes obtener para ti el dominio, reino y gloria? ¿Por qué caminar al sacrificio cuando puedes vivir como rey? ¿Por qué morir cuando puedes hacer permanente tu memoria?» No es extraño que leamos en el siguiente versículo las duras palabras que el Señor le dijo a Pedro: «¿Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres» (v. 23). Lo que leemos aquí, ilustra claramente la actitud de la iglesia en nuestros días; una iglesia centrada en sí misma, sin ningún interés en el sacrificio, pero sí con mucho enfoque en la auto exaltación. Es la iglesia la que dice constantemente: «¿Por qué conformarnos con menos, si podemos tener y exhibir el dominio, reino y gloria?» Y en la búsqueda de tales cosas, olvida la razón y el propósito de su establecimiento y de su permanencia sobre la tierra. Parece que no es nuevo el enfoque de la iglesia en sí misma, el estar buscando ser más, ser mejor, tener más influencia, alcanzar una mayor prosperidad y que todos la vean con envidia; en vez de

exhibirse como lo hizo el divino Maestro, sin más que una cubierta sencilla, pero con los brazos abiertos, dispuesto a entregar todo lo que tenía para que todos los pecadores pudiésemos alcanzar la vida eterna y llegar ser parte de la iglesia.

En tercer lugar, Jesucristo llama a cada uno de los cristianos a una transformación para ser parte de la iglesia (vv. 24–28). Aun cuando las puertas de la iglesia están abiertas para todos, aquel que quiera ser parte de ella está condicionado a que se cumpla esta transformación en su vida para llegar a ser lo que Cristo quería de cada uno de sus discípulos: un cristiano incondicional. Es interesante pensar que la razón de pertenecer a la iglesia incluye, desde la transformación personal hasta la efectiva contribución a la transformación de todo lo que nos rodea.

Son tres cosas las que Jesucristo menciona para ilustrar la transformación y como condición para ser parte de la iglesia:

Negarse a sí mismo. Un llamado a morir a una vida centrada en mí mismo y a un estilo de vida gobernado por mis pensamientos, mis sentimientos y, particularmente, mis intereses. El llamado es a hacer morir el yo, a dejar de considerar lo que soy, lo que tengo y lo que creo merecer para dar lugar cada día a que la persona de Jesucristo tome más señorío en mi propia vida y experiencia. Es un llamado a hacer morir al yo, pero también a imitar a Cristo, tal como leemos en Filipenses 2:5, dispuestos a dejar de ser lo que somos, a no pensar en nosotros mismos sino llegar a ser como Cristo.

Tomar la cruz. Esta segunda condición es un llamado a sufrir con gozo la pérdida de las cosas del mundo, a quedarnos sólo con la cruz, la cruz de Cristo, a través de la cual, al ver el mundo en perspectiva, todas las demás cosas —lo que soy, lo que tengo y lo que creo merecer— se vuelven basura (Filipenses 3:7–10). Es ese concepto del que podemos leer más claramente en 2 Timoteo 2:3–4, donde con la figura de un soldado se nos anima a sufrir la penalidad de no tener lo que el mundo ofrece a cambio de agradar a Aquel que nos tomó por soldados.

Seguirlo. Este es un llamado a obedecer al Señor, a moverse en la dirección que Él señale. Así como nadie puede ser parte de la iglesia de Cristo si no está dispuesto a declararlo su Señor, de la misma forma, nadie puede ser parte de su iglesia si no está dispuesto a ir a donde el Señor lo está enviando.

Esto es lo que significa llegar a ser un cristiano incondicional. Uno debe estar dispuesto a ser lo que el Señor quiere que sea; a hacer lo que Él quiere que haga, y a ir a donde Él quiera que vaya, aun a costa de su comodidad e incluso de su propia vida. Tal como lo vemos en el resto del libro, Jesús solía apelar a la obediencia incondicional en todas sus enseñanzas.

Mateo 16 nos muestra con toda claridad qué es lo que la iglesia debe ser, la razón de su existencia y cómo debe vivir según la visión de Dios. La iglesia, entonces, es aquella comunidad de cristianos incondicionales, dispuestos a morir al yo, a sufrir con gozo la pérdida de las cosas del mundo, y a ser obedientes al Señor, hasta las últimas consecuencias, y hasta en las más remotas partes del mundo. El llamado misionero entonces se encuentra en la esencia de la iglesia.

El llamado misionero es, sobre todo, un llamado a la obediencia, a que los miembros de la iglesia que Él edificó, y que se inició con la participación de los cristianos, sean lo que deben ser: cristianos incondicionales, dispuestos a contribuir a la transformación del mundo con el amor de Jesucristo.

El llamado a examinar el compromiso de la iglesia

EN EL CAPÍTULO anterior afirmamos que el Señor nos está llamando a examinar la iglesia y compararla con la imagen que la Biblia nos presenta. En este capítulo examinaremos el compromiso que la iglesia tiene para enfocar su trabajo y ministerio hacia el lugar y los objetivos correctos, de acuerdo a la imagen que Dios proyectó de ella en los evangelios. En Mateo 18 se nos abre una dimensión nueva para entender el valor de las almas perdidas, el camino para alcanzarlos y el papel que la iglesia juega en el proceso de que los perdidos lleguen a ser salvos. Hay varias lecciones que podemos aprender en este pasaje.

El compromiso personal para ser parte del reino de los cielos

Este es un pasaje interesante (vv. 1–5), hasta parece un poco cómico. Encontramos a los discípulos discutiendo entre ellos mismos para establecer quién sería el mayor en el reino de los cielos. Lo interesante y cómico de todo es que ni siquiera habían entendido la explicación de cómo ser parte del Reino. Las afirmaciones que leímos en el capítulo 16 quedaron demasiado lejos del alcance de su razonamiento, o quizás, como sucede en la iglesia de nuestros tiempos, su vista estaba tan abajo que les fue imposible ver la dimensión gloriosa de la iglesia según Jesucristo.

En este primer pasaje del capítulo, el Señor no sólo les dice que el reino de los cielos no es un lugar para buscar posiciones o para luchar por los niveles, sino que la economía del reino de los cielos es completamente diferente a todo lo que conocen en el mundo. Como respuesta a esta discusión irrelevante, Jesús llama a un niño y lo pone medio de ellos y les dice aquellas palabras claras: «De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo 18:3). Dos cosas quedan claramente establecidas en esta lección objetiva. En primer lugar, se afirma que para entrar al reino de los cielos es necesario ser como niños. Obviamente, esto no está hablando de que nosotros los cristianos comencemos a balbucear, a dejar que la saliva corra fuera de nuestra boca, a volver a usar pañales desechables o a conducirnos como niños; esta afirmación es más bien un llamado a que nosotros tengamos la actitud correcta para entrar al reino de los cielos. Primeramente, debemos estar conscientes de nuestra pequeñez, comparados con la grandeza de Cristo y de su sacrificio. Luego, debemos estar conscientes de nuestra ignorancia comparada con todo su saber soberano y, sobre todo, de nuestra incapacidad de poder aprender por nosotros mismos el camino que nos lleva a la vida. De esa afirmación concluimos que necesitamos colocar a Jesucristo en el trono de nuestro corazón y dejar que, como niños, nuestros corazones sean encaminados a la sincera obediencia a Cristo.

En segundo lugar, establece que para entrar en el reino de los cielos es necesario humillarse como niños. Debemos tener y conservar la humildad necesaria para reconocer nuestra dependencia de Dios, no sólo para entrar, sino también para conducirnos como dignos de ese reino ganado por la sangre de Jesucristo; humildad que nos lleva a ejercer con responsabilidad nuestra actitud de siervos de los demás.

El compromiso de la iglesia de valorar a los perdidos

Jesucristo establece en este pasaje (vv. 11–14) el valor de los perdidos. Comienza con una advertencia muy clara: no debemos menospreciar a nadie, creyendo que es indigno de nuestro esfuerzo para buscarlo y ofrecerle la oportunidad de ser salvo. De nuevo, nos trae a colación que el compromiso de la

iglesia no es consigo misma sino, precisamente, con los perdidos. Él mismo continuó poniéndose como ejemplo cuando nos mostró que estuvo dispuesto a venir a morir para salvar a todos los perdidos.

Nada que la iglesia haga merece tanto esfuerzo como el poner el evangelio a disposición de todos los perdidos, dondequiera que estos estén. El ejemplo que usa es el de la oveja perdida, y la manera en que está escrita esta porción era para ellos muy familiar para mostrar la urgencia de salir a buscar a los perdidos donde ellos están.

En Lucas 15 encontramos el pasaje paralelo a este que ahora estamos estudiando. Allí podemos ver con más claridad la razón por la que esta parábola es dada ante los fariseos y los escribas. Fue dicha como consecuencia de su nada sincera preocupación de que Jesucristo está ocupando su tiempo y sus recursos en atender y en dar oportunidad a los pecadores, en tanto que aquellos que se consideraban justos no sentían que estuvieran recibiendo la atención que merecían. En el evangelio según San Lucas se presentan otras dos parábolas unidas por la misma temática de perdidos que fueron encontrados. Un detalle importante que nos amplía este pasaje paralelo es cuando afirma que las noventa y nueve no se quedaron en el aprisco, como dice el himno, sino que se quedaron en el desierto, como dice la Palabra. Esto cambia totalmente la impresión que siempre nos ha causado esta parábola, desde hacerla tierna y motivadora, hasta hacerla directa y desafiante.

En este corto pero sustancial pasaje de tres versículos (vv. 18:12–14) encontramos cuatro afirmaciones que son muy importantes cuando estamos pensando y preparándonos para cumplir el compromiso que la iglesia tiene con los no alcanzados.

La primera de estas afirmaciones es que alcanzar a los perdidos es la voluntad de Dios, por eso Jesucristo vino.

En el v. 11, la venida de Jesucristo se establece como la voluntad de Dios y tiene un propósito muy específico y claro: salvar lo que se había perdido. Por tal razón, vemos que la salvación de los perdidos es un propósito enraizado en el corazón de Dios. Este propósito llevó al compromiso que dio como resultado enviar a su hijo Jesucristo para que cumpliera con la tarea redentora, gestada en su propio corazón desde la fundación del mundo.

La segunda afirmación importante que encontramos en este pasaje es que alcanzar a los perdidos cuesta más que mantener a noventa y nueve justos.

En el v. 12 se nos habla acerca del costo que el pastor está dispuesto a pagar para buscar a la oveja que se le había perdido. La comparación que encontramos a continuación es un poco difícil de entender para nosotros, particularmente para aquellos que no estamos familiarizados con la tarea pastoral. El costo que el pastor está dispuesto a pagar es el de separarse voluntariamente de sus noventa y nueve ovejas con tal de salir y buscar a la una que se ha perdido.

Pareciera a nuestros ojos un poco necio por parte del pastor poner en riesgo a noventa y nueve ovejas. Sin embargo, basta con que nos sentemos a meditar y a reflexionar sobre lo que significa para el pastor la esperanza que tiene una oveja perdida; incapacitada, como está, de encontrar el camino por sí misma, de defenderse, de evitar los peligros al caminar sola por los campos. Para aquellos primeros oyentes de esta parábola fue muy fácil comprender que la única esperanza que tenía esta oveja perdida era que su pastor estuviera dispuesto a pagar el costo necesario de ir, con sentido de urgencia, en busca de ella. Buscar y encontrar a los perdidos tiene un alto costo, tanto para el que sale, como también para los que se quedan en la iglesia esperando que los perdidos sean encontrados.

La tercera afirmación que encontramos en este pasaje es que alcanzar a los perdidos requiere más esfuerzo que mantener a noventa y nueve justos.

En la expresión: «Va por los montes», el Señor Jesucristo deja establecido que el pastor está dispuesto tanto a pagar el costo, como a hacer todo el esfuerzo que sea necesario a fin de encontrar a la oveja que se había perdido. No se detiene a pensar cuánto tiene que caminar ni cuánto tiempo ha invertido en esto, ni siquiera en cuánto se cansará en el intento. Todo lo que mueve al pastor es la urgencia de que la oveja sea alcanzada y encontrada; y que su problema sea resuelto por el único que tiene en sus manos la potestad de hacerlo, él mismo.

El pasaje paralelo de Lucas 15 nos amplía el sentido de esta afirmación, cuando se dice que el pastor va a buscar a la oveja hasta encontrarla. Hablando de esfuerzo, en este pasaje se deja claramente establecido que alcanzar a los perdidos requiere de nosotros una acción comprometida, cuyo único fin aceptable es encontrarlos y poner el evangelio a su disposición, dondequiera que estos estén, tanto aquí a nuestro alrededor como hasta lo último de la tierra. Nada debe detenernos, ni el esfuerzo, ni la distancia, ni el lenguaje, ni ninguna otra cosa que obstaculice la visión de la iglesia hacia aquellos que están perdidos. El único final aceptable para una iglesia que se mueve por el compromiso de los no alcanzados, es encontrarlos y poner el evangelio a su disposición.

La cuarta afirmación se encuentra en el v. 13, cuando se nos muestra que alcanzar a los perdidos produce más gozo que tener noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.

Esto de ninguna manera es un desprecio para aquellos que ya están encontrados. Lo que este pasaje está diciendo es que el pago por la disposición y el compromiso del pastor de ir a buscar a la oveja, es el gozo que produce escucharla, verla, tomarla en sus brazos y ponerla sobre sus hombros para llevarla y reunirla con aquellas que quedaron a la espera de su llegada.

En el pasaje paralelo de Lucas 15 esto se amplía diciendo que el gozo de encontrar a la oveja que se había perdido es un gozo que llega hasta el cielo, al punto de una celebración, sabiendo que un perdido más ha abrazado la oferta de salvación de Jesucristo y llenado así el propósito redentor establecido por Dios desde antes de la fundación del mundo.

Pareciera que al llegar a este punto la iglesia comienza a preguntarse ¿cómo es posible terminar esta tarea de ir y poner el evangelio a disposición de todos los pueblos y en todo lugar? Esta pregunta se vuelve importante cuando la iglesia piensa en la dificultad que tiene para evangelizar su vecindario, para retener el resultado de una campaña, para encaminar a los miembros de su iglesia a un compromiso de evangelización de su familia o, en algunos casos, para ver algún convertido los domingos. En este punto nos preguntamos si la iglesia es capaz de llevar adelante esta tarea.

Este es un buen momento para que veamos la tercera lección que aprendemos en esta cita bíblica. En los vv. 17–20 encontramos la segunda mención de la iglesia en este evangelio. Sin embargo, al compararlo con la primera mención en el v. 18 notamos que se refiere a la iglesia en un sentido distinto, no como la comunidad universal de los creyentes, sino como una congregación local que comúnmente llamaríamos iglesia local. La descripción que se da en este pasaje en el contexto de la iglesia local nos enseña que Jesús establece una iglesia para alcanzar a los perdidos. En los siguientes versículos describe los recursos con que la iglesia cuenta para cumplir con su labor.

Es muy común escuchar que se mencionan estos versículos fuera de su contexto. Es necesario que reflexionemos sobre las razones por las que fueron dados, cuáles son los elementos que el resto del pasaje nos da para iluminar nuestra comprensión de estos tres versículos. En mi propio ejercicio como expositor de la Palabra, diría que estos tres versículos (vv. 18:18–20) encuentran una amplia cabida en la lista de los diez versículos más usados fuera de contexto de los evangelios. Veámoslos detenidamente:

La autoridad moral: El v. 18 menciona que todo lo que la iglesia ate sobre la tierra, será atado en el cielo; y que todo lo que la iglesia desate en la tierra, será desatado en el cielo. Este pasaje está estableciendo que la iglesia tiene la autoridad moral para cumplir su compromiso. Esta autoridad se muestra en la promesa de que todo lo que la iglesia hace sobre la tierra en términos de alcanzar a los perdidos, tiene un reflejo en el reino de los cielos; que cada puerta que se abre delante de ellos es una puerta que también se abre en el reino de los cielos. Muchas veces se utiliza este pasaje para hablar de la potestad que tiene la iglesia para romper las ataduras en el orden espiritual y, sin embargo, es necesario que comparemos con el v. 16:19, donde se aclara en el contexto que se refiere precisamente a la oportunidad de poner el evangelio disponible a aquellos que no lo conocen.

El respaldo espiritual: En el v. 19 Jesucristo promete a la iglesia que si dos miembros de esta comunidad local de creyentes se pusieran de acuerdo para pedir algo, nuestro Padre que está en los cielos se compromete a actuar en consecuencia. Este segundo recurso en manos de la iglesia es mucho más poderoso como para usarlo solamente en una reunión de oración. Por supuesto que incluye la oración, sin embargo, aquí está poniéndolo en el contexto del compromiso de la iglesia para alcanzar a los no alcanzados. No hay puerta que no se pueda derribar a través de la oración concertada de la iglesia, ni hay pueblo lejano que no pueda ser alcanzado a través de la oración; la iglesia local tiene el poder espiritual necesario para cumplir con su compromiso.

La presencia de su rey: Este versículo se utiliza comúnmente para animar a un pequeño grupo de hermanos que asisten a una reunión de oración. Sin embargo, el v. 20 deja claro que Jesucristo ha prometido estar en medio de su iglesia, en tanto esos dos o tres estén congregados en su nombre. No importa si estos tres son los únicos que están reuniéndose en el Norte de África, o en la China, en el Amazonas o en la ciudad de Moscú. ¡El Señor mismo ha prometido que allí está Él en medio de ellos! ¡Qué tremendo poder se desencadena alrededor de la iglesia! Podemos darnos cuenta, entonces, que las iglesias fuertes no se miden por el número de miembros, ni por el tamaño de sus templos, ni por la cantidad de ministerios que exhiben delante de los demás, sino que la fortaleza de la iglesia se mide por las evidencias de la presencia de su Rey. Jesucristo mismo ha prometido estar en medio de ellos. En el pasaje de la Gran Comisión que encontramos más adelante, Él termina diciendo aquella tremenda afirmación: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo».

La iglesia de Jesucristo, como expresión de comunidad local de creyentes, ha recibido no solamente el compromiso de ir y poner la salvación a disposición de todos los perdidos, sino que también ha recibido los recursos necesarios para cumplir esta tarea con calidad.

Cuando la iglesia dice: «No puedo», debemos entender que está diciendo: «No quiero»; pues no tiene excusa, porque ya cuenta con los recursos necesarios para cumplir lo que su Señor le demanda.

El juicio de Dios para con individuos e iglesias que menosprecian a los perdidos

La cuarta lección que aprendemos se encuentra entrelazada a través de todo el pasaje como botones que sujetan cada uno de los eventos. Es una serie de advertencias de que Dios juzgará a los creyentes, así como a la iglesia, cuando menosprecian a los perdidos al cerrarles la oportunidad de ser salvos. En el v. 7 leemos: «¡Ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!». Esta es una clara advertencia de que Dios juzgará individualmente a cada creyente que ponga obstáculos para que los perdidos conozcan el perdón de Jesucristo. En el v. 10, se nos advierte que no debemos menospreciar a ninguno de los perdidos, llamados pequeños, y la imagen que nos muestra es que sus ángeles en el cielo no despegan sus ojos de Dios, y están atentos a sus instrucciones para obrar en favor de aquellos por quienes Él estuvo dispuesto a enviar a su propio hijo para cumplir con su propósito redentor en favor de ellos.

Encontramos en este pasaje tres actitudes incorrectas que traen el juicio de Dios sobre los creyentes y sobre la iglesia. La primera se encuentra en el v. 5. El juicio del Señor cae sobre aquellos que no los reciben, que no los invitan a pasar, o que les impiden el paso al reino de los cielos. En el v. 6 se advierte que otra razón por la que el juicio de Dios viene sobre los creyentes, es porque estos los hacen tropezar o les ponen obstáculos para que entren a ser parte del reino de los cielos. En el v. 10 vemos la actitud incorrecta de menospreciar a los perdidos y de creerlos indignos del esfuerzo de salir a buscarlos para poner el evangelio a su disposición.

Este pasaje es una enseñanza directa que muestra a la iglesia como la comunidad local de creyentes que el Señor ha llamado y que tiene el compromiso de ir a buscar a los perdidos donde ellos están. Nos enseña que si el Hijo del hombre estuvo dispuesto a venir y dar su vida por los que estaban perdidos, entonces buscarlos tiene suficiente valor, por lo que Dios condena al cristiano y a la iglesia que pone tropiezos para alcanzarlos.

El resultado esperado de la iglesia

EN MATEO 21 comienza el relato de la última semana de ministerio de nuestro Señor Jesucristo sobre la faz de la tierra. En los primeros versículos se narra la entrada de Jesús a Jerusalén y la apoteósica bienvenida que le dieron, junto con el coro de: «¡Hosana al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosana en las alturas!», y con palmas en las manos, fue recibido como un verdadero rey, sentado sobre un pollino. El agitado primer día de la semana termina en el v. 17 cuando se relata que el Señor Jesucristo, en compañía de sus discípulos: «Salió fuera de la ciudad a Betania, y posó allí».

En este momento queremos resaltar el segundo día. Todo lo que sucede tiene una trascendencia muy importante, tanto para el pueblo judío como para los gentiles. Si lo vemos detenidamente, a partir del v. 18 comienza un proceso de juicio de parte del Rey de reyes para con Israel, que hasta este momento había sido su pueblo escogido. Como vamos a ver durante el desarrollo de este capítulo, cada uno de los elementos necesarios para el juicio se va desplegando. Este, tal como lo vemos, es un paso necesario para terminar la enseñanza dada por el Señor Jesucristo acerca de su iglesia, que hemos estado revisando a partir de los capítulos 16 y 18 de este evangelio.

Este capítulo 21 se establece como punto climático que empieza a desarrollarse frente a los principales de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, cuando ellos le pidieron cuenta de su autoridad para enseñar (v. 8). El pasaje comienza con una tremenda lección objetiva: una higuera que no tenía frutos. Le siguen dos parábolas, y luego, una afirmación lapidaria que encontramos sobre el pueblo judío. El contenido de este capítulo y cada una de sus enseñanzas seguramente son muy conocidas para nosotros; sin embargo, creo que pocas veces las vemos resumidas en forma conjunta.

Este pasaje es la esencia de la enseñanza de Cristo sobre la visión de la iglesia en su paso por la tierra. Aquí nos explicará, con la advertencia del juicio sobre los judíos, lo que la iglesia debe ser y hacer para ser aprobada en el juicio.

La lección objetiva

Ese día se inicia muy temprano. El Señor Jesucristo comienza a caminar de regreso a Jerusalén en compañía de sus discípulos, como creemos, antes del amanecer. Sus pasos seguramente son rápidos y podemos imaginar a sus discípulos formando un grupo desordenado, silencioso al principio, pero paulatinamente las conversaciones se van multiplicando, surgiendo por aquí y por allá. A estas alturas del trayecto, las pláticas que van acompañando a los judíos evidencian que el ejercicio y la hora comienzan a hacer mella en ellos.

De pronto, cuando el alba comienza a romper la oscuridad, algo sucede. El Señor Jesucristo se desvía del camino y comienza a moverse en dirección a un montículo. Las pláticas se detienen y todos, casi al unísono, mueven sus cabezas para buscar qué atrae al Señor Jesucristo y hacia dónde se dirige. Allí, sobre el montículo, se encuentra una higuera. Jesús seguramente vio la sombra de aquella higuera e inmediatamente, como un hombre verdadero, sintió hambre, el deseo de comer de su fruto y ese dolor punzante en las quijadas cuando el dulce jugo del higo va corriendo por el paladar. Los discípulos seguramente tienen la misma sensación. Algunos, de manera discreta, se adelantan al grupo intentando ser los segundos en escoger el fruto y saciar con él su creciente apetito y la necesidad de su cuerpo. Pareciera que el Señor Jesucristo está apelando a todos los sentidos de ellos para que la lección objetiva pueda quedar grabada en su mente.

Ya conocemos el resto de la historia: Jesucristo extiende su mano y busca afanosamente en el tallo, en cada una de las ramas, y finalmente en el suelo, y lo único que encuentra en esta higuera son hojas. La Palabra expresa que Jesús profirió una maldición sobre ella y dijo: «Nunca jamás nazca de ti fruto», y la higuera se secó. ¿Por qué se secó? Es la pregunta necesaria de los discípulos, pues el Señor sólo la maldijo para que no diera más fruto. Esto es justamente lo que el Señor quiere que quede en la mente de sus discípulos, por lo que, cuando ellos verbalizan la pregunta, no les contesta totalmente, sino solamente les anticipa acerca del poder de Dios a través de la fe. La respuesta a la pregunta: ¿por qué se secó la higuera? la encontraremos en el resto de los eventos de ese día.

En anticipación a esos eventos y, particularmente cuando está enseñando acerca de lo que la iglesia es y hace en su paso sobre la tierra, el Señor Jesucristo establece, en primer lugar, la importancia de buscarla y luego hacerlo cuando tenía hambre (v. 18). Establece la realidad del juicio cuando maldice la higuera (v. 19) y, seguidamente, prepara sus mentes para recibir los eventos del día (v. 20); y ante la pregunta de sus discípulos responde parcialmente y habla del poder, pero no de la razón; se reserva la respuesta para más adelante (vv. 21–22). Sin duda, el tema de conversación que acompañó a los discípulos a partir de este momento fue la higuera.

Los acusados: el pueblo de Israel

El siguiente evento que este capítulo nos relata (vv. 23–27) ocurre en el templo, el lugar donde los judíos se encontraban con su Dios, el memorial de su presencia entre ellos. Lo primero que sucede en este segundo evento es que el Señor Jesucristo señala al grupo escogido para escuchar esta tremenda enseñanza: los principales sacerdotes y los ancianos de Israel. Demuestra que no es un cuestionamiento religioso sino más bien político. Como podemos ver, este no es el grupo que tradicionalmente se acercaba a Jesús, ahora está formado tanto por el liderazgo religioso judío como por sus líderes políticos. Ellos mismos declaran delante del Señor Jesucristo que son la autoridad, los representantes del pueblo judío, cuando le lanzan la pregunta: «¿Con qué autoridad haces esto?»

Muchas veces somos tentados a pensar que la respuesta que encontramos en los vv. 24–25 es una táctica dilatoria de Jesús para no contestar directamente la pregunta de este grupo amenazador. Basta con que meditemos en ella por unos momentos y que nos demos cuenta que la pregunta que el Señor les hace les da la oportunidad de ser sinceros y encontrar la respuesta para ambas preguntas en el

ambiente. La pregunta de Jesucristo va encaminada a comprobar de quién recibió Juan el Bautista las palabras que dijo. Afirmar que las había recibido del cielo significaba reconocer que Juan el Bautista era un profeta de Dios, que sus enseñanzas y sus afirmaciones tenían autoridad de la Palabra de Dios, y esto implicaba que ellos debían recibirlas y obedecerlas. He aquí el temor de los líderes del pueblo al contestar: «No sabemos» y evitar, así, evidenciar su falta de obediencia y su rechazo a la Palabra de Dios. Sin duda, como lo deja ver el texto, muy en su interior, este grupo de líderes judíos sabe que el bautismo de Juan era del cielo; en consecuencia, la autoridad de Jesús queda establecida por el testimonio de dos testigos: Juan el Bautista, el primero que dio testimonio cuando dijo de Jesucristo: «Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»; y el segundo, es Dios, que se manifiesta en como Trinidad con la voz audible del Padre que dice: «Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia», el Espíritu Santo que se posa como paloma, y el Hijo, que sale de las aguas a cumplir su propósito redentor. Tal como lo esperamos, la reacción de los líderes judíos es rechazar la respuesta, pero en este momento el Señor Jesucristo ha establecido claramente quién es el grupo de acusados en este juicio: el pueblo de Israel, este remanente judío que está representado por sus líderes. Es a ellos a quienes se dirige. Ha establecido así mismo quién es el juez y cuál es la autoridad que tiene para juzgar. El tribunal está listo para el juicio.

La evidencia

Lo que leemos a continuación (vv. 28–32) es la recopilación de la evidencia que el Señor Jesucristo trae delante del pueblo de Israel para el juicio que ha llevado en proceso en contra de ellos. Con el fin de ilustrar claramente la evidencia y, particularmente, para que ellos mismos sean los que la identifiquen, el Señor Jesucristo les cuenta una parábola.

Esta la encontramos en los vv. 28–30, que narran la historia de dos hijos y cómo estos reaccionaron a la orden de su padre de ir a trabajar a su viña. El primero de ellos contesta: «No quiero», pero después, arrepentido, fue. El segundo, dijo: «Sí, señor, voy», y no fue. El Señor Jesucristo le pregunta a este selecto grupo que cuestiona su autoridad: «¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?» Ellos dijeron: «El primero». Al decir estas palabras, ellos mismos declararon la evidencia y para asegurar que lo habían comprendido, el Señor Jesús los identifica a ellos, los fariseos, con el segundo hijo, que dijeron que irían y trabajarían pero no hicieron nada. Sólo disfrutaron de la posición, pero no de la responsabilidad. Esta es la evidencia por la que se juzga a los judíos en este momento, por la cual el pueblo escogido de Dios se encuentra en el banquillo de los acusados.

El segundo grupo, representa a los gentiles que responden positivamente a la invitación de ir y trabajar, aun cuando no tienen una posición, ni el conocimiento de Dios, ni la comisión específica de que a través de ellos el conocimiento de Dios se llevará a todas las naciones. La expresión: «Van delante» significa que ahora los gentiles toman ventaja por causa de la pereza de los judíos.

Los hechos

La siguiente parábola (vv. 33–41) es aún más dura y directa. Relata la historia de un padre de familia (Dios) que entrega una viña lista para trabajar a un grupo de labradores escogidos (v. 33). El padre de familia se va lejos, con la esperanza y la certeza de que aquellos labradores a quienes ha encargado su viña entenderán el propósito y cumplirán el compromiso adquirido delante de él. Aquel padre no pide imposibles sino responsabilidad, y el resultado esperado es que «paguen su fruto a su tiempo» (v. 41).

Por su parte, los labradores no tienen más que utilizar todos los recursos instalados en la viña como es debido, y esperar pacientemente el resultado de su trabajo. Sin embargo, no están dispuestos ni siquiera a hacer esto. En el v. 34 podemos ver que al llegar el tiempo de la cosecha, el padre de familia envía a sus siervos para que reciban el fruto del trabajo. Pero los labradores, en lugar de pagarle, toman

a los siervos, los golpean y hasta matan a algunos de ellos como único pago para aquel padre de familia.

El dueño de la viña todavía es paciente y envía otro grupo de siervos, que corren con la misma suerte que los primeros. El padre de familia se pone a pensar que si envía a su propio hijo ellos seguramente tendrán respeto hacia él. Sin embargo, no cuenta con la maldad del corazón de aquellos labradores que ven en el hijo al heredero de la viña y, a la vez, la oportunidad de apropiarse de ella, así que también lo matan. Los labradores, en su malvado corazón, fraguan un plan que les ayudará a cumplir sus propósitos perversos. Deciden matar al hijo del dueño de la viña. Matarlo significa dejar la finca sin heredero. El padre aún la puede reclamar, pero sin duda el dolor de la muerte de su único hijo lo hará desistir o morir de tristeza. De cualquier modo, el propósito malévolos de apropiarse inmediatamente de la viña parece que está a punto de cumplirse.

El Señor Jesucristo enseña, a través de esta parábola, las causas del juicio que ha encauzado en contra del pueblo judío. Podemos identificar cuatro de ellas claramente ilustradas en esta parábola: 1) no pagaron el fruto a su tiempo; 2) maltrataron a los enviados; 3) intentaron apropiarse de la viña, y 4) que está por suceder: asesinar al hijo del dueño. Como juez justo, el Señor Jesucristo pone frente a ellos las evidencias condenatorias y los preparara para el veredicto.

El juicio

Jesús detiene el relato y pregunta a los líderes judíos (vv. 42–43):

—Ahora bien, cuando venga el dueño, ¿qué hará con esos labradores?

—Hará que esos malvados tengan un fin miserable —respondieron—, y arrendará el viñedo a otros labradores que le den lo que le corresponde cuando llegue el tiempo de la cosecha.

Seguramente, los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo no se dieron cuenta de la trascendencia y la seriedad de sus palabras. Lo que ellos habían hecho era analizar la evidencia de su incompetencia y los hechos que les acusaban en este juicio. Por su propia boca habían dado el veredicto, muy claro y directo y, como todas las acciones de ellos, muy falto de misericordia. Su veredicto, entonces, fue: 1) los destruirá sin misericordia, y 2) los sustituirá absolutamente.

El pueblo de Israel había sido escogido por Dios con un propósito específico para que en ellos fueran benditas todas las naciones de la tierra. Dicho con las palabras de Salomón: «Así todos los pueblos de la tierra sabrán que el Señor es Dios, y que no hay otro» (1 Reyes 8:60, NVI). El Señor, frente a esta higuera, ha metido su mano en ella y no ha encontrado fruto. Él buscaba gentes de todas las naciones, dispuestas a someterse bajo su autoridad y a reconocer a Jesucristo como su hijo amado; sin embargo, solamente encontró hojas y nada de fruto.

Llama poderosamente la atención que, como respuesta al veredicto dado por el pueblo, Jesucristo les recuerda una porción de las Escrituras que es precisamente el Salmo 118. Al observar detenidamente este salmo, algunos de sus elementos llaman poderosamente la atención. En primer lugar, es un salmo que mezcla alabanza con petición de liberación del pueblo. Luego, recuerda continuamente la misericordia del Señor y, sobre todo, el v. Ps 118:26 fue repetido a voz en cuello por el pueblo al recibirlo, anticipando que la salvación y liberación habían llegado; pero ahora que los líderes del pueblo la han desechado, Dios la pone en un lugar predominante. Sin duda, este fue el mejor preámbulo para la enunciación del veredicto de Jesucristo sobre el pueblo de Israel.

El fruto que Cristo espera de la iglesia

EL TEXTO DE MATEO 21:43 es quizás una de las declaraciones lapidarias más tristes proferidas alguna vez sobre los judíos, pero a la vez, una declaración gloriosa que instituye la transición de la comisión de establecer el Reino sobre la faz de la tierra. A continuación reproduzco este versículo tan trascendental:

Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él.

En este momento, como resultado del juicio que el Señor ha llevado en contra de los judíos, Él analiza la evidencia, escucha el veredicto que ellos mismos lanzan y confirma la sentencia al declarar que a partir de su muerte y resurrección, la comisión del establecimiento del Reino será quitada del pueblo de Israel y se le dará a una gente nueva; a la gente del nuevo pueblo, la iglesia, que recibe este enorme privilegio exactamente con la misma comisión.

Es muy importante notar que en este veredicto resalta la misericordia de Dios. A diferencia de los judíos que habían propuesto una sustitución completa y una destrucción absoluta, el Señor deja abierta la oportunidad para que ellos puedan integrar el pueblo del nuevo pacto, a través de la declaración gloriosa que podemos leer en Mateo 16:18, sin importar genealogía, observancia a la ley, lugar o época de nacimiento.

Vale la pena preguntarse en este momento cuál es el fruto que el Señor buscaba en el pueblo de Israel. Desde sus orígenes, este pueblo manifestó el propósito deliberado de Dios para su establecimiento. El surgimiento de la nación de Israel se inicia ya en un ambiente multicultural y multiétnico, pues era otro más entre ese gran concierto de naciones que lo rodeaban. Sin embargo, este es el plan de Dios, que decide escoger a un hombre para darle un gran nombre, y hacer de él una gran nación con un propósito especial: «Que sean en ti benditas todas las familias de la tierra». El amor, la compasión y el deseo de Dios de que nadie perezca siguen vigentes. De acuerdo a su plan, está estableciendo una nación que pueda: «Dar testimonio de la fe ya vista en la tierra de la promesa y desde la tierra de la promesa».⁶ Todas las naciones deberían ver los resultados de la alianza abrahámica entre Dios y el pueblo llamado ahora a demostrar que se podía entrar en relación con el Dios verdadero y que un pueblo podía vivir por entero al servicio de Jehová Dios. De la misma manera, debemos preguntar cuál será el fruto que Él espera de este pueblo del nuevo pacto que, como lo vimos a partir del cap. 16, está constituido por todas aquellas personas que conforman esa comunidad universal de creyentes. Es a la iglesia a la que ahora le ha quedado la comisión de establecer el reino de Dios sobre la faz de la tierra. Sobre todo, porque como padre de familia tiene el derecho en cualquier momento de buscar con sus manos el fruto. ¿Cuál será el fruto que el Señor espera de su iglesia?

Mateo 18:18–20 es particularmente importante porque allí encontramos la respuesta más clara y concluyente. Este pasaje, conocido como la Gran Comisión, contiene las últimas palabras proferidas por el Señor Jesucristo que dan respuesta a esa combinación de sentimientos que los discípulos estaban experimentando al acercarse a ese momento. En el v. 17 podemos ver una combinación de adoración y duda. Adoración porque ya habían comprendido de que Él era el Hijo de Dios, que había muerto y

⁶ Núñez Emilio Antonio, *Hacia una misionología evangélica latinoamericana*, Comibam/Unilit, 1997, p. 140.

resucitado, y que volvía a la diestra de su Padre. Pero dudaban de su capacidad para cumplir las altas expectativas del Señor, en cuanto a los frutos esperados. A partir del v. 18, el Señor Jesucristo establece claramente que el único fruto que le agrada recibir de su iglesia, son discípulos obedientes a su Palabra, y de todas las naciones. Todo lo demás, no importa cuán bonito, popular y limitado sea, son solamente hojas que adornen la iglesia y que cumplan alguna función para su crecimiento. Pero cuando el Señor Jesucristo esté nuevamente frente al pueblo del nuevo pacto, su iglesia universal, la pregunta será: ¿dónde están los discípulos de todas las naciones que obedecen su Palabra? ¿Dónde están los cristianos incondicionales que la iglesia ha producido para la transformación de Jerusalén, de Judea, de Samaria y de lo último de la tierra?

El Señor nos llama en este momento crucial de la historia de la iglesia en América Latina a encabezar un movimiento de transformación. Esto, con el propósito de que la iglesia vuelva a sus orígenes y redescubra la imagen que estaba en el corazón Dios cuando nos develó ese misterio escondido por los siglos.

Es la hora, y espero que no sea demasiado tarde, para que iniciemos una campaña de transformación de la iglesia, transformación en su llamado y en su compromiso. Debemos revisar su propósito y volver a las cosas sencillas que le dieron origen. No sólo es el tiempo de sumar un nuevo ministerio y de introducir el tema misionero en la ya saturada agenda de la iglesia, sino también de volver a la Palabra y revisar lo que la Biblia dice acerca de la razón del paso de la iglesia sobre la faz de la tierra.

Parte II

EL PROCESO DEL DESARROLLO DE LA IGLESIA

7

Cómo se producen discípulos incondicionales

ES MI IGLESIA una iglesia fuerte? Las respuestas que se escuchan a esta pregunta que se está formulando constantemente en Latinoamérica suelen estar por demás equivocadas. En esencia, hacernos esta pregunta equivale a decir: ¿está mi iglesia produciendo discípulos que son incondicionales al Señor Jesucristo y su Palabra, y lo demuestran en su actuar cotidiano? La verdadera medida de una iglesia fuerte consiste de los discípulos incondicionales que ésta tiene. ¿Se ha preguntado alguna vez cuántos de los que el domingo pasado llegaron a escuchar el sermón han tenido una fructífera semana en la presencia del Señor, examinando su vida y carácter, batallando de rodillas para ser transformados a la imagen de Jesucristo? ¿Cuántos han estado dispuestos a renunciar a las

obras que antes hacían? Y, ¿cuántos han adoptado conductas que muchas veces han producido la animadversión y el enojo de amigos y familiares, y a veces hasta la pérdida de relaciones? ¿Cuántos de ellos han estado dispuestos a dejar lo que son y lo que tienen para perseguir un llamado claro de Dios, aun a costa de sus propios sueños y expectativas, y de su familia? Esta evaluación nos da como resultado datos claros; las respuestas a estas preguntas nos dicen si la iglesia que el Señor ha puesto en nuestras manos es una iglesia fuerte. Lo demás, tal como lo anticipa la segunda epístola de Pedro, es parte de los elementos que serán destruidos, pero lo que quede, lo que sobreviva de aquel fuego serán aquellos discípulos obedientes a la Palabra de Dios, discípulos que la iglesia está produciendo en estos momentos y que se unirán a la congregación que alabará eternamente al Señor.

Para que los cristianos lleguen a este punto, se debe pensar en la iglesia como productora de discípulos incondicionales. Esto es un proceso y no la suma de diferentes programas que sólo brindan a los miembros varias opciones de cómo invertir su tiempo cuando se reúnen. La iglesia debe trabajar un proceso secuencial que constantemente desafíe a cada uno de los miembros a ir avanzando en su desarrollo para llegar a ser discípulos incondicionales. Así mismo, debe proveer oportunidades para que fortalezcan su relación con el Señor de tal manera que su vida y carácter estén siendo moldeados a la imagen de Él, y para que estén examinando y evaluando a la luz de la Palabra cada uno de sus pensamientos, palabras y acciones, con el propósito de establecer que éstos sean del agrado de Dios. Los discípulos incondicionales son aquellos que constantemente se preguntan cuál es el llamado de Dios y a dónde los está llamando a ejercerlo y, como consecuencia, están dispuestos cada día más a dar pasos de compromiso en dirección a este llamado.

Con el interés de poner en la mente de cada uno de los lectores la necesidad de un proceso, bosquejamos el proceso de transformación en solamente tres etapas por las cuales el recién convertido tendrá que pasar en su camino que lo lleva a convertirse en un discípulo incondicional. Tal como usted lo puede establecer, el tiempo de permanencia en cada una de estas etapas depende del crecimiento personal de cada uno y no es, por consecuencia, un proceso mecánico al cual podamos darle fecha de inicio y de finalización, como si estuviéramos produciendo chocolates.

Relación con Cristo

En esta primera etapa se inicia la vida espiritual del recién convertido. Después de su conversión, la iglesia lo lleva al bautismo y a una participación activa y responsable en las actividades de la misma. La persona comienza a dar evidencias del nuevo nacimiento y su temor por la Palabra es creciente. Esta primera etapa, podríamos decir, comienza en la calle, en la oficina, en la universidad o en cualquier otro lugar donde un inconverso tiene contacto con un cristiano y manifiesta su decisión de seguir a Cristo. Aquí se inicia un proceso en la vida del nuevo creyente y la iglesia debe estar preparada para ayudarlo. Durante esta etapa, la persona pasa por un proceso que se inicia desde la conversión hasta el momento de hacer un compromiso de relación con Cristo. Dependiendo del tipo de iglesia y de la denominación, habrá manifestaciones externas que deberán cumplirse para ir agotando cada uno de los pasos de este proceso, pero el elemento más significativo para evaluar es el adelanto que el cristiano muestra en medio de esta etapa, es decir, su relación con Cristo y cómo esta relación está afectando su vida, su conducta y su carácter.

Aquí, la iglesia debe propiciar el ambiente de comunidad que les permita a estos nuevos creyentes relacionarse con otros que han avanzado más en este proceso y que puedan guiarlos para dar el siguiente paso de moldear su conducta como se espera de cada creyente. Así mismo, la iglesia debe proveer las herramientas y el plan de seguimiento adecuado para que cada uno de ellos entienda claramente las demandas del discipulado y se acerque efectivamente a la Palabra, de tal manera que, en

forma regular y devota, pueda estar extrayendo nuevos desafíos, principios, ejemplos y lecciones que le ayuden a examinar constantemente su vida y carácter. El tema de la obediencia incondicional a la Palabra debería ser relevante de esta etapa; y el momento para promover al creyente, a la siguiente, dependerá de los cambios evidentes en su carácter, particularmente, si enfrenta los problemas cotidianos desde una perspectiva bíblica.

Esta etapa permite a la iglesia iniciar el flujo dinámico en medio del cual aquellos que ya van en las etapas posteriores pueden tomar por su cuenta y responsabilidad la guía, el modelo, el ánimo y la supervisión de los que van por este paso. Esto, en esencia, es el proceso del discipulado. La iglesia debería establecer algunos patrones que permitan establecer la estatura necesaria para que el discípulo pueda pasar a la siguiente etapa, de una forma y modelo que sean comprensibles, no solamente para el que está trabajando por su propia transformación a la luz de la Palabra, sino para aquellos que lo están ayudando en el proceso, así como para el resto del liderazgo de la iglesia.

Si lo vemos en términos prácticos, para iniciar este proceso es necesario que el evangelismo sea un estilo de vida para los miembros de la iglesia. La evangelización a través de los contactos normales y de las redes que los miembros establecen espontáneamente propician este intercambio favorable, no solamente para lograr la conversión de la persona, sino también para iniciar un proceso de acompañamiento que se habrá facilitado a través de las relaciones que ya se han cultivado con anterioridad. Como vemos, este tipo de acercamiento es personal, no corporativo y es necesario para que el cristiano pueda ser encaminado en el proceso de reflejar la imagen y el carácter de Jesucristo en su vida diaria.

Compromiso con Cristo

En esta segunda etapa, después de que el cristiano manifiesta su interés de servir al Señor, la iglesia lo lleva por un proceso que le permite probar su llamado, el cual lo encamina a ejercitarse en su amor por los perdidos y a reconocer la autoridad de la iglesia.

Este proceso se inicia cuando el discípulo ha establecido un verdadero compromiso con Cristo, y su vida y carácter han manifestado un creciente deseo por ser transformado a la imagen de su Señor, y ha recibido de parte de la iglesia las herramientas necesarias para estudiar la Palabra, orar fielmente y, sobretodo, comprometerse a compartir su fe con quienes está relacionado.

Durante esta etapa, la iglesia lleva a cada uno de los cristianos por un proceso para que compruebe su llamado. Tal como lo entendemos, el Señor ha establecido una función específica dentro de su plan para el mundo para cada creyente, a través de su cuerpo que es la iglesia. Es necesario que la iglesia provea el ambiente para que cada uno pueda entender con claridad el propósito para el cual lo ha llamado el Señor, y que comience a examinar diversas opciones. De esta manera, llegará a saber a dónde lo ha llamado el Señor y cuál es la tarea que tiene por delante.

El contacto y la relación que se estableció en la primera etapa se fortalecen en esta segunda. Aquí el cristiano es encaminado a tener nuevas experiencias de su relación con el Señor y, particularmente, a examinar las áreas específicas de su vida que definen su llamado, tales como: su amor por los perdidos, sus dones espirituales y la forma de usarlos, su reconocimiento de la autoridad dentro de la iglesia, su responsabilidad para cumplir las tareas que se le encargan, y su persistencia en la búsqueda de los perdidos que de alguna manera se encuentran relacionados con él. En esta etapa también se evalúa la inclinación ministerial que comienza a emerger de su contacto con la Palabra. La persona que está discipulando al cristiano en esta etapa aprovechará oportunidades para poner cargas de responsabilidad sobre él. Esto le permitirá evaluar su desempeño y su resultado.

Como iglesia, necesitamos propiciar el ambiente de seguridad para que los discípulos incondicionales que están recibiendo de parte del Señor una indicación especial en cuanto a adoptar nuevas responsabilidades y compromisos, sean respaldados en este proceso, y que estos llamados sean confirmados con la Palabra del Señor. Así mismo, la iglesia puede ir examinándose, y preguntarse si no es que el Señor esta llamándola a una nueva etapa de desarrollo o a inaugurar nuevas áreas de ministerio dentro de ella. Durante esta parte del proceso, la iglesia iniciará ejercicios en los cuales podrá observar el desempeño del cristiano que se encuentra en esta etapa, dándole participación en algunos ministerios o programas. Tal como el pastor lo puede entender, uno puede decir que un cristiano está comprometido con Cristo después de observarlo y de estar cerca de él, y no porque haya completado satisfactoriamente tantas horas de trabajo en tal o cual ministerio. Una duda que puede surgirle al pastor, a estas alturas, es si él será capaz de atender a la cantidad de discípulos que va produciendo este proceso. Sin embargo, tal como se ha presentado en la primera etapa, la tarea del pastor es la de establecer y propiciar un flujo dinámico por medio del cual cada uno de los cristianos que están en las diferentes etapas, estén ayudando y sirviendo a los que vienen en las etapas anteriores, de tal manera que la actividad pastoral se distribuya entre los que están adoptando cada día mayores compromisos con el Señor. La iglesia se ocupa, más que todo, de propiciar un ambiente de comunidad, de cooperación mutua y, particularmente, de supremacía de la Palabra para desafiar a los miembros a tener un compromiso más creciente con el Señor.

Señorío de Cristo

En esta tercera etapa, la iglesia lleva al creyente por un proceso que le permite probar y fortalecer su carácter. Este proceso se encamina hacia la reproducción en la vida de otros y a buscar oportunidades de mostrar su capacidad de adaptación a otras situaciones y culturas.

Esta etapa está diseñada por la iglesia para contribuir a que el carácter de cada uno de los cristianos incondicionales sea probado y aprobado por la iglesia. Entendemos que la prueba del carácter no es un aspecto mecánico, ni sujeto de un examen bíblico o teológico; tampoco es el resultado de una participación o graduación efectiva de una institución bíblico-teológica, o de haber sido misionero transcultural. Esta parte requiere que la iglesia establezca los canales necesarios para lograr una mayor cercanía y contacto discipular con el cristiano que está pasando por este proceso.

En las etapas anteriores, el proceso se enfocó en un crecimiento personal. En la primera de ellas en su compromiso con Cristo, y en la segunda en un llamado personal. En esta tercera etapa, todo el entorno familiar y de trabajo del cristiano entra en consideración, razón por la cual es necesario que la iglesia cuente con las herramientas necesarias para establecer cuánto ha avanzado en poder compartir la visión y el llamado con el resto de su familia, particularmente para unirlos en la visión que el Señor le ha dado.

Uno de los elementos importantes en esta parte del proceso es examinar la reacción del cristiano frente a personas de otras culturas, así como en situaciones de presión, que le permitan determinar las áreas de su carácter que necesitan ser perfeccionadas. La vida de oración y la devoción en la lectura y aplicación de la Palabra, son dos cosas que se espera que estén confirmadas y afirmadas en su vida. Lo que ahora estamos evaluando es la capacidad que tiene para enfrentar situaciones difíciles y extremas en el compromiso con Dios, a fin de que su reacción y resultado estén en función de los principios bíblicos que Él ha establecido.

La iglesia, por su parte, debe propiciar oportunidades por medio de las cuales los cristianos que están pasando por esta etapa sean probados en su carácter y a la vez sean estimulados a examinar bíblicamente los resultados de su participación, a fin de determinar aquellas áreas de compromiso que

necesitan ser fortalecidas. Cuando pensamos que en esta etapa podemos identificar a las personas que el Señor está llamando al ministerio pastoral, a ser misioneros o ciudadanos responsables en áreas específicas de la vida y de la sociedad, nos damos cuenta de que necesitamos reflexionar seriamente en que precisamos un proceso dentro de la iglesia que permita que cada uno de ellos sea desafiado a un mayor compromiso con el señorío de Cristo en sus propias vidas. Esto también implica ir sometiendo, ya no solamente la vida personal, sino la propia familia, el trabajo, la profesión y cada una de las áreas de la vida al escrutinio de la Palabra de Dios y la visión de Jesucristo.

Como pastores asumimos la seria responsabilidad de ir guiando más de cerca a los miembros que están pasando por esta etapa. Se espera que el pastor se involucre seriamente con cada uno de ellos, considerando que este es el paso final en el proceso para declarar que se tiene una vida incondicional al Señor y que no ha sido un proceso estático sino dinámico y de crecimiento, por lo que no termina al concluir esta etapa, sino que inicia las siguientes partes que tienen que ver con ejercer el ministerio en el área que Señor ha indicado.

Cuando examinamos la iglesia a la luz de estas tres etapas de un proceso para la producción de cristianos incondicionales, vale la pena reflexionar si lo que estamos haciendo en este momento está encaminando o apoyando a una de estas tres áreas. Sospecho que, así como mi propia evaluación personal y ministerial lo demostró, encontraremos que muchas partes de nuestros programas simplemente están contribuyendo a mantener, a sostener y aún a entretener a los miembros dentro de la iglesia. No están aportando significativamente elementos, oportunidades ni el ambiente necesario para que el compromiso con Cristo, el llamado y el carácter sean demostrados con un flujo dinámico de desarrollo que dé como resultado que la iglesia esté siendo fortalecida a través de la producción de cristianos incondicionales que, tal como lo explicamos anteriormente, son aquellos que están dispuestos a transformar su vida y carácter para ser lo que el Señor quiere que sean; a cambiar su actuar para poder hacer lo que el Señor quiere que hagan; y que estén dispuestos a ir a donde Él los guíe. Estos son los cristianos incondicionales, es a éstos a los que el Señor buscará cuando evalúe nuestra iglesia. Será en función de la efectividad que la iglesia ha tenido en producirlos que el Señor exprese las esperadas palabras: «Bien, buen siervo y fiel, en lo poco has sido fiel, en lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor».

8

Una mejor segmentación de la iglesia

TODA IGLESIA ESTÁ conformada de segmentos. Dentro de ella conviven diversas clases de personas que se agrupan por razones que les son afines, tales como edad, sexo, nivel educativo o social, etcétera. Tradicionalmente, la iglesia ha intentado sacar ventaja de esos segmentos naturales para organizar su sistema educativo. Al organizar a los miembros de esta manera, la iglesia ayuda a comunicar a cada uno de sus asistentes un concepto de proceso. Les muestra que es necesario pasar por diferentes niveles que, en forma secuencial, van contribuyendo a su desarrollo para llegar a ser cristianos maduros, discípulos (o algún otro distintivo) como meta que la iglesia se ha trazado para ellos.

Es natural que se copie la segmentación del sistema educativo para adaptarla a la iglesia y así gozar de una aceptación tácita de aquellos que, encontrándose en medio de este sistema o habiendo pasado por él, encuentran sentido y justificación a este ordenamiento del proceso educativo.

La iglesia, tradicionalmente, enfoca su esfuerzo en desarrollar a los que han pasado con éxito por el proceso secuencial de edades que se ha copiado del sistema educativo. Sin embargo, pareciera tenerse las siguientes premisas: 1) los niños no están preparados para recibir enseñanza sólida; 2) los jóvenes no tienen aún la madurez para responder a ella; y 3) los adultos son susceptibles de ser encaminados a la madurez. Como consecuencia, nos enfocamos en aquellos que ya han mostrado algún grado de desarrollo en su vida secular o familiar, especialmente en aquellos que ya hayan pasado por un programa universitario, que tengan una profesión o un trabajo estable, o que ya hayan formado una familia, personas que, muchas veces, son consideradas más cultivables para el proceso.

Al examinar someramente los resultados que esto ha tenido en la iglesia, debemos reconocer que a pesar de los muchos años que este proceso ha estado rigiendo la manera de organizar el sistema educativo secular, el mismo ha demostrado que no es el más adecuado para la iglesia. Por una parte, se ha agudizado la brecha generacional entre los miembros y, en otro casos, se ha perdido una generación debido a un conflicto de perspectivas.

La iglesia, desde su propia perspectiva, ha considerado que los jóvenes no están listos para ser incluidos en los programas serios de la iglesia y se les relega a programas paralelos que los aleja del resto de la congregación. Desde la perspectiva de los jóvenes, ellos consideran que la iglesia no está dispuesta a aceptarlos, ni a modificar sus sistemas para darle cabida a nuevas formas y maneras de aprender, de explicar y de llevar a cabo la vida de iglesia, por lo que se alejan o se van a otras congregaciones.

En muchas iglesias de América Latina se puede ver el resultado de este problema. Algunos líderes han comenzado a alertar a la iglesia para que revise su acercamiento a la juventud. De muchas maneras se está desafiando a la iglesia a considerar que la edad o la apariencia juvenil no definen el compromiso, ni la madurez, ni la medida de incondicionalidad de una persona en la iglesia. Por otra parte, vemos a los jóvenes emprendiendo sus propios caminos, desarrollando sus propios conceptos de ser iglesia sin ningún interés ni conexión con la historia y el proceso de desarrollo de aquellos que los precedieron. Se establecen grupos aislados de la visión total de la iglesia y ministerios juveniles que, en el mejor de los casos, viven una constante incomprensión, desprecio y sospecha del resto de la iglesia, o en el peor de los casos, terminan en un rompimiento con la iglesia y en un aislamiento de lo que pasa en general.

Basta con observar a la iglesia en América Latina para darnos cuenta de que está perdiendo a los jóvenes, se está envejeciendo, y cada día son más fuertes las luchas de los padres para llevar a sus hijos a la iglesia. La tarea de responder a la pregunta: ¿porqué debo de ir a esta iglesia? se hace cada día más difícil. Como resultado, los padres se comienzan a conformar con que sus hijos se vayan a otra iglesia, donde piensan que se les atiende mejor, que a cambio de perderlos no pareciera ser una tan mala decisión. La otra opción es que los hijos comiencen a asistir a encuentros o ministerios juveniles que desarrollan eventos que son más relevantes para ellos. En la mayoría de los casos, estos son esfuerzos paraeclesialísticos que llevan a los jóvenes a un momento de encuentro con su Dios en una mejor realidad y les presentan el mensaje de una forma más pertinente. Sin embargo, al terminar el evento, los jóvenes se encuentran sin opciones para dar seguimiento a sus decisiones y valores adquiridos.

Es muy loable la labor que algunos de estos ministerios desarrollan. En particular, debemos agradecerles el importante servicio que le están dando a estas iglesias que han perdido la capacidad de

relacionarse con sus jóvenes. Sin duda, muchos padres de familia se encuentran en deuda con estos ministros de jóvenes, ministros de alabanza o grupos de música juvenil cristiana, por la oportunidad que les han dado a sus hijos de encontrar un sentido a su vida ministerial, y sobre todo, por ser un canal para esa pasión por el Señor y por el servicio a Él que los hacía sentir encuadrados en la iglesia, dentro de un marco irrompible de incompreensión e insensibilidad a sus necesidades de expresión y aprendizaje. Sin embargo, debemos reconocer también que esto agudiza la brecha entre ambas generaciones y en algunos casos, condena definitivamente a la iglesia a irse quedando, paulatinamente, sin jóvenes y sin la presión de buscar soluciones para ellos.

Pareciera que algunos pastores se conforman al pensar que los jóvenes volverán cuando sienten cabeza, cuando salgan de esa locura de juventud, se casen y formen un hogar y comiencen a preguntarse en qué iglesia quieren ver crecer a sus hijos y recuerden así la iglesia de los padres. Por consiguiente, vendrán a contribuir al crecimiento de la iglesia por medio de la vía biológica, cuando la presión de buscar soluciones para sus hijos les haga olvidar sus propias luchas y sufrimientos como jóvenes en la iglesia. De nuevo, se iniciará el círculo vicioso de ver pasar a los hijos cada año de una clase a otra, por causa de su edad, en medio de un emocionante servicio de promoción de la Escuela Dominical, la Iglesia de Niños, o cualquiera que sea la nominación que se prefiera.

Cuando vemos en dirección opuesta hacia los niños, sorprendentemente estamos cometiendo los mismos errores. Empezamos a planificar cómo podemos estructurar la escuela dominical para llevar a los niños por un proceso de desarrollo. Los ponemos por edades y escogemos a los maestros en función de su capacidad de mantener quietos, entretenidos, o dentro de la clase a los alumnos de su edad. Nos conformamos con que los niños aprendan de memoria una parte de un texto bíblico, que coloreen la hoja correspondiente a la lección del día y que muestren su aprovechamiento haciendo fila para recibir su merienda. En algunos casos, las clases de niños cumplen la sagrada labor de mantener a los niños tranquilos y en un lugar retirado, en tanto que los padres aprovechan su programa, hecho por adultos, para adultos y con adultos.

Sin duda, el panorama no es nada halagador para muchas iglesias de este tiempo. Hace algunos años leí este comentario que me hizo pensar muchísimo y que me ayudó a explicar esta situación: Desafortunadamente, muchas iglesias de hoy han olvidado casi por completo esta verdad importante, y la división de las personas en grupos se hace de acuerdo a su edad y no por madurez espiritual. Caemos así en el error de super estimular a unos y desestimar a otros, alimentando en forma debida apenas al cinco por ciento. Generalmente, nos concentramos en el cinco por ciento y nos alegramos que vamos bien con ellos, y nos olvidamos del noventa y cinco por ciento de los que tienen hambre espiritual.⁷

Es importante que nos preguntemos: ¿cuánto tardaremos en darnos cuenta de que el sistema no funciona? O ¿cuántos jóvenes más tendrán que perderse, por un tiempo o permanentemente, para que nos demos cuenta de que necesitamos reevaluar la forma en que segmentamos la iglesia? La iglesia en América Latina está cambiando. Esta misma presión ha hecho mella en algunas al grado de que han comenzado a modificar sus programas con diferentes logros, alguna satisfacción y, sin duda, en medio de mucha oposición.

Al buscar la mejor manera de segmentar la iglesia, encontramos una valiosa información en 1 Juan 2:12-14. Este pasaje dirigido a la iglesia enfrenta de una manera relevante la segmentación de sus miembros. El apóstol Juan estaba muy consciente de las necesidades de los jóvenes. Él mismo había tomado ese papel entre los discípulos de Jesucristo, había sido invitado a un grupo que el Señor mismo

⁷ Landrey Pablo, «Y su discípulo, ¿dónde está?», en *Apuntes Pastorales*, vol. X, número 5, pp. 25.

había seleccionado con el propósito de encargarles, como grupo y en forma personal, el establecimiento de los valores del Reino en el mundo, a partir su retorno a los cielos. Él sabía lo que era buscar ser parte de una discusión en la cual los adultos ven a los jóvenes con esa mezcla de misericordia y reclamo en el rostro; misericordia por los *pobres* jóvenes sin experiencia que quieren participar, y recriminación porque no se han quedado callados debido a su edad.

En el pasaje, el apóstol segmenta la iglesia en tres grupos: niños, jóvenes y padres. De manera sorprendente, al seguir leyendo nos damos cuenta de que esta clasificación no tiene que ver con la edad, sino con el grado de desarrollo espiritual, de tal manera que la forma de encajar o de ser ubicados en uno o en otro de estos grupos depende del grado de aprovechamiento que se tenga de la verdad transformadora de Jesucristo, así como de la forma en que se practiquen «todo lo que os he enseñado», como Jesucristo mismo describió en su mensaje. Interesantemente, los términos, «palabras» y «enseñado» están relacionados con el grado de desarrollo que se tenga en el proceso de aprendizaje, y no puramente con conceptos intelectuales, sino en particular con la habilidad y capacidad de aplicarlos a las circunstancias cotidianas.

Cuando dice: «niños», «hijitos» o «queridos hijos», como aparece en las versiones más populares, está refiriéndose a aquellos que están siendo criados en las primeras etapas de su crecimiento espiritual.

Según el pasaje, este primer nivel en el desarrollo del cristiano, el de «niños», corresponde a aquellos miembros que saben que sus pecados han sido perdonados y que conocen al Padre, no con el conocimiento profundo que los padres tienen de Él, pero sí con una fe simple e infantil. El apóstol Juan utiliza este mismo término en varias ocasiones en su primera epístola para referirse a aquellos cristianos que, si bien ya tienen el conocimiento básico que les lleva a la salvación, aún necesitan una dirección para seguir creciendo. Se encuentran en este grupo los nuevos cristianos y aquellos que, aunque hayan militado por un buen tiempo en la iglesia, están enfrentando algún problema o circunstancia difícil que les hace estar necesitados de cuidado, atención y supervisión. Cada uno de ellos, al igual que los niños, necesita que se le acompañe durante las experiencias cotidianas o cuando surge un problema en particular, a fin de aprender nuevas destrezas espirituales o aprender a aplicar la Palabra a situaciones y circunstancias particulares. Los niños espirituales necesitan de los padres o de los jóvenes para caminar esta primera parte del proceso, antes de aprender a hacerlo por sí mismos por medio del ejemplo y la mentoría.

Los «jóvenes», como los llama Juan, son aquellos cristianos que han vencido al maligno por el conocimiento de la Palabra de Dios. Ellos no son engañados por las mentiras y las trampas de Satanás, que está descrito aquí como el enemigo de los hermanos. Ellos pueden prevalecer en la batalla porque saben cómo luchar. El término que el apóstol utiliza tiene que ver con aquellos que están en una constante lucha y conflicto pero que, en medio de la batalla, también están cosechando constantemente la victoria. Se encuentran en este grupo aquellos cristianos cuya cercanía con el Señor y los constantes descubrimientos de una sana relación con Él, los llena de entusiasmo y ánimo para seguir avanzando en el proceso de desarrollo espiritual. Resalta la referencia que se hace al maligno como el personaje antagonista en el drama que se vive en el proceso de llegar victoriosos a la estatura de Cristo. Los jóvenes espirituales ya han pasado con éxito el proceso de aprendizaje y ahora dan muestras evidentes de aprovechamiento. Cada día batallan con los problemas cotidianos, pero crecen constantemente en el ejercicio de su fe y en la aplicación práctica de la palabra a su vida. Ellos mismos están estableciéndose como ejemplo a los que vienen en la etapa previa y, cada día, acumulan las herramientas necesarias para guiar a los jóvenes por el proceso que ellos han seguido con relativo éxito.

Los «padres» de esta familia espiritual son descritos aquí como aquellos cristianos que evidentemente conocen a Dios como fruto de una relación íntima y fructífera. Funcionan reconociendo que el reino de Dios se establece tanto en ellos mismos como en el cielo y deciden voluntariamente someter cada parte de su vida y experiencia a su Señor, y perfeccionar sus vidas para parecerse cada vez más a Aquel a quien conocen. Así como el esposo conoce los pensamientos y deseos de la esposa después de veinte años de casados, los padres espirituales conocen íntimamente el camino de Dios. El término que utiliza el apóstol Juan para referirse a los padres da la idea de los iniciadores de una familia, en este caso, una familia espiritual que requiere de algunos que, gracias a su madurez espiritual, puedan inspirar a los más jóvenes, así como educar y ayudar a los hijitos que inician la jornada espiritual. Lo interesante es que los llama «padres», no «adultos», ni otro término que tenga que ver con la madurez. Lo hace para dejar claro que hay una estrecha relación entre cada uno de los miembros de esta familia espiritual. Esta es una relación que involucra responsabilidad con el desarrollo de los demás miembros. Los padres que aquí se mencionan, tienen la capacidad de iniciar a los niños en la importante aventura de la vida espiritual. También tienen las herramientas para guiar a los jóvenes en el ejercicio constante de aplicar la Palabra a su vida. Al igual que en la vida familiar, se espera que las acciones de los padres hablen más fuerte que sus propias palabras, y que cada instrucción o requerimiento a los hijos o a los jóvenes espirituales vaya acompañado de un ejemplo donde ellos mismos muestran, tanto la aplicación como los resultados de hacer las cosas de acuerdo a la Palabra de Dios.

Cuando comenzamos a ver a la iglesia segmentada de esta manera, identificamos un flujo dinámico que se establece entre los miembros y por consiguiente, entendemos mejor lo que significa el ministerio del cuerpo, la multiplicidad de dones y habilidades, así como las funciones. Allí es donde nos damos cuenta, de una mejor manera, que el acercamiento de la iglesia a cada uno de sus miembros es en función del cuerpo y su interacción para el desarrollo del resto de los miembros. En este punto descubrimos que el desafío de cada iglesia es tanto el de identificar a los que están en cada nivel de desarrollo espiritual, como el de crear el ambiente para que cada uno de estos tres niveles sean establecidos dentro de su proceso. De manera especial, nos damos cuenta de que el mayor desafío de la iglesia es el de generar un proceso dinámico de producción de cristianos incondicionales que, una vez habiendo entrado por la puerta de la calle, se inicien como niños, crezcan espiritualmente para llegar a ser jóvenes, y contribuyan a formar familias espirituales que produzcan el ambiente de desarrollo espiritual necesario para el sano crecimiento de la iglesia.

La iglesia, que es el cuerpo, necesita tener padres que encuentren allí las herramientas y el ambiente para mantener su relación con Dios, y que a la vez puedan iniciar nuevas familias por medio de la evangelización de los que están a su alrededor. Debe fortalecer a las familias existentes guiando a los hijitos en el proceso de llegar a conocer a Dios y su Palabra y mostrándoles la manera de ponerla por obra, así como dándoles las herramientas para que puedan aplicarla a las circunstancias difíciles de la vida. Necesita que estos padres acompañen a los jóvenes en sus luchas y los animen, mostrándose ellos como ejemplos de haber permanecido firmes y fieles y presentándoles las victorias que la sangre de Cristo les ha dado.

Cualquier segmentación que ignore esta categorización que el apóstol Juan nos presenta, pierde la capacidad de describir a la iglesia como cuerpo y organismo dinámico que se mantiene en un constante desarrollo y crecimiento. Por otra parte, provoca que los miembros se pierdan en medio de una maraña de ministerios que no los ubica claramente donde están en el proceso de desarrollo, y tampoco les dice cuánto les falta avanzar para alcanzar la meta. Lo más preocupante de todo, es que se comunica

erróneamente a los miembros que la madurez está en función de una participación más activa y constante en las actividades de la iglesia, y que su crecimiento se mide en valores subjetivos, como la apariencia o la participación en los ministerios de la iglesia.

En varias ocasiones se ha hecho una evaluación de pastores con un ejercicio práctico de segmentación de la iglesia en tres niveles. Se han cambiado los nombres para hacer más comprensible el ejemplo y, en particular, para evitar el sesgo en las respuestas de los pastores. Ellos mismos han definido los mínimos necesarios que deben presentarse en cada uno de los niveles para ser susceptible de promoción al nivel inmediato superior. Se han observado dos cosas importantes. Por una parte, los pastores sí tienen claro qué es lo que cada miembro necesita para mostrar tanto su compromiso incondicional con Cristo, como el llamado. Por esta razón, en este ejercicio que se ha practicado en diferentes países de Latinoamérica, las respuestas que se dan acerca de las características necesarias para cada uno de los niveles, son extraordinariamente parecidas entre los grupos de pastores de diferentes países. Por otra parte, cuando al final del ejercicio se les invita a que calculen cuántos miembros tienen en cada uno de los tres niveles, la gran mayoría de los pastores reconoce, con preocupación, que en sus iglesias ni siquiera se está afirmando a los miembros en el primer nivel. Muchos pastores han expresado que allí, en medio de este ejercicio, les ha quedado claro el origen de muchos de los problemas que están enfrentando en sus congregaciones.

Con la ayuda de los resultados obtenidos en este ejercicio, en los siguientes capítulos se presentará un proceso de desarrollo que la iglesia sea capaz de establecer de manera comprensible. Este proceso no sólo debe orientar y guiar a los miembros de la iglesia a la madurez, sino debe hacer que cada uno de ellos esté consciente en cualquier momento del mismo, y sepa en cuál de los tres estadios está corriendo, cuánto ha avanzado y cuánto le falta para llegar a la meta de «ser presentado perfecto en Cristo Jesús», como resultado del ambiente creado por la iglesia y su responsabilidad de seguir este desarrollo. A continuación se esboza de forma general el proceso que se estará desarrollando en las siguientes páginas.

PASO A PASO

Segmentación según 1 Juan 2:12–14.

Primer segmento: niños espirituales

Enfoque ministerial: Aquí se incluyen a los nuevos creyentes que son atendidos espiritualmente desde su llegada a la iglesia e inducidos a un compromiso evidente con Cristo.

Proceso de desarrollo: Se puede dividir en dos pasos:

- > Que sean enfrentados con la decisión de aceptar a Cristo y muestren interés por asistir a la iglesia en forma regular y comprometida.
- > Que amplíen el propósito identificándose como cristianos y miembros de la iglesia.

Características: Conocen que sus pecados han sido perdonados y conocen al Padre, aunque no con el conocimiento profundo que los padres tienen de Él pero sí con una fe simple e infantil.

Participantes: Nuevos cristianos, personas que están enfrentando problemas personales, circunstancias difíciles o de pecado en proceso de resolución.

Segundo segmento: jóvenes espirituales

Enfoque ministerial: Los que han avanzado a este segmento son preparados espiritualmente y se ejercitan atendiendo a otros, particularmente a los del segmento anterior.

Proceso de desarrollo: También se puede dividir en dos pasos:

- > Que muestren interés y responsabilidad en el discipulado y el servicio dentro de la iglesia.

- > Que luego de haber superado exitosamente el paso anteriores, sean responsables, ejercitando sus dones a favor de otros.

Características: Han vencido al maligno por el conocimiento de la Palabra de Dios, no son engañados fácilmente por las mentiras y trampas de Satanás, quien es descrito como el acusador de los hermanos. Pueden prevalecer en la batalla al saber cómo luchar contra la carne, el mundo y el diablo.

Participantes: Cristianos en franco crecimiento y avance espiritual, participantes responsables en ministerios de la iglesia.

Tercer segmento: padres espirituales

Enfoque ministerial: Quienes se identifican con este segmento muestran una madurez creciente y son motivados y capacitados para atender a otros, están modelando continuamente cómo enfrentar los desafíos cotidianos y siguiendo el llamado de Dios para sus vidas.

Proceso de desarrollo: Tiene el propósito de que los que pasan por este último paso estén dispuestos a seguir incondicionalmente a Cristo hasta las últimas consecuencias y «lo último de la tierra». Su triple característica es que:

- > Son lo que el Señor quiere que sean.
- > Hacen lo que el Señor quiere que hagan.
- > Van a donde el Señor los envía.

Características: Conocen realmente al Señor y reconocen que el reino de Dios se establece en sus vidas como en el cielo. De la manera que un esposo llega a conocer los pensamientos y deseos de su esposa, así los padres espirituales llegan a conocer íntimamente el camino de Dios.

Participantes: Cristianos incondicionales, discipuladores, maestros, candidatos a misionero en la etapa final de su formación, consejeros probados y aprobados en la iglesia.

9

El proceso de desarrollo de la iglesia

EL CAPÍTULO ANTERIOR nos esbozaba una nueva segmentación. En este capítulo la estaremos ampliando con el propósito de ilustrar, de mejor manera, el punto sobre la necesidad que existe dentro de la iglesia de establecer un proceso de desarrollo para el cristiano.

Una de las preguntas del lector a estas alturas del libro podría ser: ¿qué tiene que ver esto con misiones? Aprovechamos para enfatizar que el propósito de este libro, más que hablar de misiones, es el de hablar acerca de la transformación de la iglesia. Nuestro razonamiento es que en la medida que la iglesia se transforme a la imagen que Dios estableció en los evangelios, irá entendiendo que su naturaleza es misionera; si la base de su sustentación no está en hacer misiones, entonces dejará de ser relevante para sus miembros y para el mundo.

Cuando pensamos específicamente en el proceso misionero, notamos que este se inicia con el proceso de selección. Este es el trabajo que la iglesia hace para identificar a aquellos que tienen un llamado y para confirmarlo. Luego, se lleva adelante un proceso de capacitación que intenta dar al candidato los conocimientos y la experiencia necesarios para que pueda adaptarse con eficiencia al campo de labor, y llegar a comunicar con efectividad el mensaje inmutable en términos y valores que

los oyentes entiendan. Finalmente, está el proceso de envío y sostenimiento, que implica desde las labores necesarias para financiar la operación en el campo de una forma adecuada, hasta el cuidado pastoral, la supervisión y el establecimiento de la iglesia en el grupo étnico al cual se envió.

Al reflexionar en esto, nos damos cuenta de que todo se inicia cuando una iglesia es capaz de llevar adelante un proceso que permita la producción de discípulos, cristianos verdaderamente incondicionales al Señor que están dispuestos a pasar por el camino necesario para cumplir el llamado de Dios. Nada sustituye al proceso que es indispensable en la iglesia para probar el carácter y el llamado de los cristianos. En varias oportunidades, hemos enfatizado dentro de la comunidad misionera iberoamericana nuestro enfático rechazo al hecho de que algunas agencias acostumbran contactar de forma personal a los candidatos, en lugar de contactar a la iglesia de forma corporativa para apoyarla en el proceso. La razón de nuestro rechazo es porque creemos que esto anula la función de la iglesia como el filtro que ayuda a que los que pasen por el proceso de capacitación sean obreros probados y aprobados por su iglesia local.

Cuando reconocemos la función que la iglesia tiene como reproductora de discípulos (cristianos incondicionales), nos damos cuenta de que la iglesia necesita desarrollar un proceso que lleve a cada uno de los miembros por un camino que le permita, paulatina pero ordenadamente, ir avanzando en su desarrollo hasta que se le considere un cristiano incondicional. Al llegar a este punto, podemos ver que de esta materia prima sólo se pueden llegar a esperar tres productos que podríamos llamar vocaciones de los cristianos incondicionales, es decir, que son lo que el Señor quiere que sean, hacen lo que el Señor quiere que hagan y van a donde el Señor los envíe.

El desarrollo de la transformación de la iglesia

La perspectiva de la movilización de las misiones ha cambiado para mí y me ha cambiado como pastor y movilizador de misiones en los años que he estado en contacto con pastores de todos los países de Iberoamérica y otros pastores y líderes eclesiásticos de otros continentes. Mi experiencia inicial con este proceso fue aprender que las misiones se movilizan por necesidad. Los primeros acercamientos a las misiones fueron a través de fotografías y tablas que presentaban la realidad del mundo, la cantidad de perdidos y los extremos o confusiones a los que su condición de perdidos los había llevado.

Durante un buen tiempo, mi trabajo se orientó a abrir los ojos de la iglesia para incluir dentro de sus programas, presupuesto y planes las misiones. El mensaje relevante era que hay necesidad de predicar el evangelio entre los perdidos. Eso nos llevó a desarrollar estrategias, manuales y enseñanzas que presentaran la necesidad tan claramente como fuera posible, para que los pastores encontraran la forma de introducir el programa misionero en su iglesia a través de un comité de misiones.

Posteriormente, el enfoque cambió; surgió la propuesta de que había una forma de resolver el gran desbalance que hay en el mundo, de unos que han oído el mensaje del evangelio muchas veces y de otros que no lo han escuchado ni una sola. Era cuestión de un plan, recursos y liderazgo adecuado. Sí se puede alcanzar al mundo, se afirmó, pero se necesita de un líder carismático, que sea capaz de movilizar a la iglesia, alrededor de la idea de ser un modelo a nivel mundial que pueda llevarla al cumplimiento de esta tarea. Se necesita que los recursos que la iglesia usa para cosas sin valor sean canalizados a la obra misionera; los recursos están en la iglesia pero no se usan para alcanzar a los perdidos. Y finalmente, se necesita de un plan en el que todos se sientan identificados y parte del mismo, que puedan hacer la conexión entre lo que están haciendo y la propuesta global, y que se conecten para hacer un frente común. Esta propuesta terminó al final del año 2000.

Estos ejercicios nos dejaron muchas lecciones que podemos aprovechar ahora. Una de ellas, referente al primer enfoque, es que para la iglesia siempre hay una necesidad mayor que la

evangelización de los perdidos. Parece mentira que la necesidad de invertir en un equipo de sonido, una nueva alfombra o la construcción de una pared, hayan sido tan efectivamente presentadas que llegaron a ser necesidades más importantes que poner el evangelio a disposición de los que mueren sin haberlo escuchado.

Nadie muere por asistir a un servicio donde se canta sin teclado o se acompaña la alabanza con un instrumento que no es de marca y modelo conocido. Ninguno, hasta donde sé, ha negado creer en el Señor porque la iglesia tiene ya una alfombra raída y vieja, o porque su color no armoniza con la nueva pintura del templo; tampoco he escuchado, en mi peregrinaje por muchas iglesias, la historia de alguien que dijo rechazar el mensaje del evangelio porque los pasillos de la iglesia eran muy estrechos o porque una columna de la construcción le impedía ver la pantalla de los cantos. Sin embargo, conozco muchas iglesias que han utilizado este argumento para cerrar, reducir o postergar indefinidamente su programa de evangelización del mundo, negando a miles la oportunidad de escuchar, al menos una vez, el mensaje de Jesucristo.

En cuanto al segundo enfoque, basta revisar la historia moderna de las misiones y nos daremos cuenta de que han surgido líderes con tremendo carisma, perfecta oratoria y capacidad de convocatoria. En los últimos años hemos visto claramente a algunos de ellos, verdaderos gigantes que han llegado a poner el tema misionero en un lugar preeminente en diversos congresos y eventos. Recursos no han faltado, han sido millones y millones de dólares canalizados para el proyecto presentado. Lamentablemente, la mayor parte de estos se han quedado para financiar la operación, para celebrar eventos claves con personas claves, para discutir y trabajar en el programa o proyecto y definir la nueva estrategia para presentarlo, o para la publicidad de la entidad que debe tener reconocimiento para poder liderar el proyecto. En cuanto a planes, ha habido algunos brillantes que aún siguen sorprendiendo por su impulso y cobertura; claras definiciones de misión, objetivos precisos y medibles, y proyectos de desarrollo muy efectivos; sin embargo, el desbalance no se ha corregido.

Mientras todo esto sucede en un mundo cristiano, la iglesia continúa perdida en sus propias actividades, ensimismada en dar a sus asistentes lo que esperan. Siguen construyendo templos, organizando congresos y catapultando nuevos líderes, persiguiendo el éxito con valores establecidos a su vez por otros pastores y líderes de clase mundial. Producen actividades en lugar de cristianos incondicionales, que estén dispuestos a ser lo que su Señor quiere que sean, hacer lo que Él quiere que hagan e ir a donde Él los envíe. La parte triste de esta historia es que también se cuentan por miles los que durante ese tiempo han muerto sin conocer al Señor, sin siquiera saber que había esperanza para ellos.

Lo que necesitamos no es un nuevo programa, ni un nuevo líder carismático, ni más fotos o gráficas de la situación del mundo. Tampoco necesitamos llegar a las iglesias a mostrarles su error y llevarlas hasta las lágrimas al ver lo que no han hecho. Eso también ha sido otro error del proceso de desarrollo misionero. Tampoco eso ayuda a los perdidos. Lo único positivo es ayudar a los pastores a hacer de sus iglesias lo que deben ser. Que sean efectivas en lo que deben hacer y que ¡dejen de hacer lo que no deben! Entonces, serán susceptibles de ser preparados, entrenados y enviados con la certeza de que su vida, en cualquiera que sea el llamado al que responden, para gloria del Señor y avance de su Reino.

La transformación de nuestro pensamiento

Como pastores, siempre contamos con que la iglesia está produciendo buenos resultados. Esperamos que cada uno de sus miembros encuentre en ella los elementos necesarios que lo desafíen y preparen para luego ser presentado como cristiano incondicional al mundo y a la iglesia. Cada programa, cada nuevo cambio en el proceso y el trabajo de la iglesia, se hace pensando en esto. Buscamos producir más

y mejores discípulos. La realidad está a la vista. Basta preguntarnos cuál está siendo el impacto que nuestros miembros están haciendo en su entorno para tener la respuesta.

Una de las mayores preocupaciones de la iglesia en América Latina es haber llegado a la conclusión de que somos muchos pero con poco impacto. Recuerdo con tristeza la afirmación que escuché de una investigadora que examinó la realidad de la iglesia en mi país cuando nos sentíamos tan orgullosos de tener el primer presidente evangélico de América Latina. Por algunas razones, se sintió responsable de llegar a mi oficina pastoral a rendir el reporte de su evaluación, que resumió con las siguientes palabras: «La iglesia en Guatemala tiene un kilómetro de ancho pero sólo un centímetro de espesor».

No fueron muy alentadoras sus palabras, sobre todo porque apenas diez años antes habíamos celebrado, apoteósicamente, nuestros primeros cien años de presencia evangélica en el país. El cristianismo evangélico en Guatemala había crecido en cifras nada despreciables en los últimos diecisiete años. En ese momento, ya se contaban en más de un millón los profesantes, y de un cinco por ciento había aumentado a un veinte por ciento de la población. Fue una copa difícil de beber pero, lamentablemente, sus datos se validaron ese mismo año cuando los sucesos políticos llevaron a la iglesia evangélica del país a una de sus mayores crisis de credibilidad y confianza.

Muchos pastores en América Latina pueden sentirse identificados con esta afirmación. He hablado en muchos foros y con grupos de pastores de casi todas las tendencias teológicas y litúrgicas y a todos nos preocupa lo mismo. ¿Cómo podemos producir una mejor calidad de creyentes, capaces de impactar profundamente a su sociedad? ¿Cómo podemos elevar el estándar de los cristianos que actualmente están saliendo de nuestros procesos de iglesia? ¿Cómo podemos transformar a la iglesia en una verdadera productora de cristianos transformados que transformen su sociedad?

El proceso de transformación de los creyentes

Como pastores necesitamos pensar en la iglesia como parte del proceso de transformación que la Biblia promete a aquellos que son llamados conforme a su Palabra. La persona que entra por la puerta de la calle a la iglesia, sea cual fuere su motivación, debe encontrar allí un proceso comprensible que le ayude a saber, en primer lugar, qué tiene que hacer para ser salvo. La iglesia, como comunidad reconciliadora, debe mostrar claramente en cada oportunidad que tenga, el camino para llegar a Dios y las demandas para seguirlo. El propósito de la iglesia debe ser: aprovechar cualquier ocasión para poner el evangelio a disposición de todos los que le dan la oportunidad de presentarlo.

Luego, la iglesia debe desarrollar un proceso que permita que cada cristiano pueda identificar con claridad cuáles son las expectativas para sí mismo, cuáles los pasos que tiene que dar, las medidas de cumplimiento y, sobre todo, cuál es la ayuda que la iglesia puede darle a través de sus diversos programas y miembros, con el fin de apoyarlo y mantenerlo en movimiento en el desafiante proceso de llegar a ser un cristiano incondicional. A continuación propongo, a modo de ejercicio, un proceso de cinco pasos. Cinco estadios por donde cada persona que llega a tener contacto con la iglesia debe pasar, desde su involucramiento en ella, hasta llegar a ser un cristiano incondicional, con un carácter probado y listo para seguir la voz de su Maestro para ir a donde Él lo llama.

Pasos para llegar a ser cristiano incondicional

Para efectos de este ejercicio, se proponen los siguientes cinco pasos de desarrollo del discípulo: inducción, identificación, iniciación, involucramiento e incondicionalidad. Para cada uno de los pasos se propone un objetivo y un mínimo de actividades que la iglesia necesita generar como apoyo al discípulo y, finalmente, la forma en que muestra su aprovechamiento en cada una de las etapas.

Primer paso, inducción. Este es el primer paso del proceso que la iglesia desarrolla. Tiene como propósito que la persona sea enfrentada con la decisión de aceptar a Cristo y muestre interés en asistir a

la iglesia local. Uno de los mayores desafíos de la iglesia es el de retener a aquellos que la visitan. Las personas visitan una iglesia por múltiples razones: resoluciones de fin de año, invitación de otros miembros o actividades especiales organizadas por la iglesia. También la visitan por encontrarse en medio de circunstancias difíciles, por un repentino interés de saber más de Dios o conocer cómo es que los cristianos lo adoran. La iglesia debe aprovechar cualquier oportunidad para poner el evangelio a disposición de los que la visitan, cualquiera que sea la razón que los trajo a ella.

Este primer paso, en el desarrollo del discípulo, demanda de la iglesia la creación de acciones deliberadas para entrar en contacto con esta persona y crear un ambiente de confianza, que le dé la oportunidad de permanecer en ella el tiempo necesario para que el evangelio le sea presentado en forma clara, relevante y en términos culturalmente sensibles, y entonces, pueda tomar una decisión en cuanto a la demanda que Jesucristo hace de seguirlo.

En este primer estadio, la iglesia debe tomar la iniciativa para contactar, registrar y dar seguimiento a cada uno de los visitantes que tenga en cualquiera de sus actividades, así como desarrollar una metodología que facilite la identificación de los visitantes. Para poder guiar a la persona a dar este primer paso, la iglesia debe ser cuidadosa con el primer contacto. Este debe ser rápido y efectivo, de tal manera que permita que se establezca un nivel de confianza entre el visitante y la persona o el cuerpo eclesiástico que entra en contacto con él, para acompañarlo en esta parte del proceso.

La iglesia debe proveer información clara acerca de sí misma, preferiblemente escrita y diseñada en términos que sean los adecuados para la condición, estrato social, cultura y etnicidad de aquel que la visita. Debemos evitar que la información para presentar a la iglesia sea hecha utilizando terminología religiosa. Tales materiales sólo funcionan para personas que vienen de otras iglesias. No tenga temor de usar y aprovechar medios literarios, publicitarios y lemas que ayuden a que una persona que viene de afuera, pueda encontrar sentido a sus motivaciones para visitar al leer el material de bienvenida.

La iglesia debe tomar la iniciativa de desarrollar, por lo menos, los siguientes procesos: el primero de ellos es hacer un contacto informativo con el visitante. Este momento puede darse de diversas formas, pero intenta encontrar un tiempo y un lugar donde el visitante tenga la oportunidad de conocer información general de la iglesia, su propuesta de desarrollo como persona y conocer, más de cerca, a uno de los resultados de este proceso. La visita informativa, como llamaremos a esta parte del proceso, debe ser preparada de tal forma que, además de crear un ambiente de confianza entre el visitante y la iglesia, permita a quien efectúa la visita recabar información valiosa para ayudarlo a establecerse.

La información que se ofrece en la visita informativa debe proveer datos que den a conocer la formación, el trabajo, las inclinaciones, los tipos de familias, el origen, etcétera, con el fin de facilitar la inducción de esta persona a grupos afines que le ayuden a sentirse cada vez más relajado e identificado con la iglesia.

El contacto inicial con la persona visitante y la visita informativa, como un todo, tienen que estar enfocados en hacer un acercamiento evangelístico. Cada uno de los visitantes debe conocer, en formas sensibles culturalmente, que el propósito de la iglesia es presentarle a Cristo como el Salvador, guiarlo a hacerlo Señor de su vida y entrenarlo para vivir una vida victoriosa con los recursos de la Palabra de Dios como norma de fe y conducta, la oración como la poderosa herramienta para entrar en contacto con Dios, y el Espíritu Santo como el poder para vivir de acuerdo al estándar de Jesucristo.

La medida de éxito de este paso es que la persona muestre interés en asistir a la iglesia y en conocer a Jesucristo. Nuestro fin último deberá ser que llegue a conocerlo pero, como sabemos, esta decisión no es inmediata y la mayoría de los que asisten a la iglesia necesitan de un tiempo para poder entender mejor el llamado a la salvación y estar listos para responder. Una actitud positiva al mensaje y al

mensajero es una puerta abierta para alcanzar este primer paso. Como vemos, el círculo de personas que están en contacto con el visitante se ha ampliado deliberadamente a través de este paso, ahora con personas que comparten con el visitante su vocación, interés y deseo de conocer al Señor.

Segundo paso, identificación. Este nuevo estadio tiene como propósito que el asistente regular se identifique como cristiano y como miembro de la iglesia. Luego de un efectivo primer paso, la iglesia debe, de manera deliberada pero respetuosa, ayudar a la persona que ya ha manifestado su deseo de asistir a la iglesia y ha recibido al Señor o ha mostrado un genuino interés en conocerlo, a identificarse. La primera identificación necesaria es como cristiano.

Muchas de las personas que asisten por primera vez a la iglesia necesitan tomar tiempo para entender claramente las demandas que Jesucristo hace de los que quieren ser sus discípulos. Muchos llegan de un trasfondo cristiano nominal, lo que facilita el proceso de identificación, pero otros, vienen de ambientes académicos o estudiantiles con serios cuestionamientos de la fe o, en algunos países, desde un contexto animista. Han compartido durante su vida una cosmovisión diferente a la bíblica, lo que agudiza la necesidad de un período de razonamiento que les aclare las demandas del auténtico discipulado.

Durante este estadio del desarrollo, las relaciones personales son muy importantes. El ahora asistente regular tiene la necesidad urgente de una persona que pueda ayudarlo a entender la iglesia, la conversión, el bautismo y la pertenencia a la iglesia. Por lo tanto, es necesario que la iglesia provea de miembros que tienen la capacidad y entienden este proceso para crear una relación de confianza y de esta forma ser el medio de conexión entre este asistente regular y la iglesia. Aquí se tiene la oportunidad de llenar en forma ordenada sus necesidades de conocimiento y experiencia, así como de relaciones.

En este paso del proceso, el asistente regular necesita conocer la demanda de identificación que Jesucristo tenía para aquellos que intentaban seguirle (Lucas 9:57–62). La iglesia debe proveer para este paso los medios para que el asistente regular pueda saber más acerca de la iglesia, desde el punto de vista bíblico y estructural. Debe, así mismo, entender a cabalidad lo que significa ser miembro de esta comunidad local de creyentes a la cual ahora está asistiendo. Necesita ser estimulado a anticipar las oportunidades de participación que la iglesia provee para él. Así mismo, necesita saber que Dios le ha provisto, a través de su Espíritu, de los dones y habilidades necesarios para ser parte activa en una comunidad local. Es durante este proceso que el asistente regular es confirmado en su fe y animado a identificarse con ella.

Por su parte, la iglesia necesita proveer para este paso, entre otros, los siguientes procesos: una capacitación que encamine al nuevo creyente hacia los «primeros rudimentos de la fe» y lo prepare para una declaración pública de su fe a través del bautismo. Durante esta capacitación, el asistente regular debe ser desafiado a hacer un compromiso personal con el Señor y hay que ayudarlo a desarrollar las disciplinas espirituales que le permitan afirmar su fe y manifestar un creciente compromiso con el Señor. A través de las experiencias en diferentes iglesias, podemos concluir que la forma más efectiva de poner estos conocimientos en la mente y en el corazón, es por medio de un involucramiento personal de un miembro de la iglesia, ya avanzado en el proceso, que entienda que esta es su contribución más significativa al crecimiento de la iglesia y una muestra clara de madurez y comprensión del proceso de discipulado.

En esta etapa es muy importante que aquel que está sirviendo de facilitador en el proceso de identificación del asistente regular, pueda guiarlo e introducirlo a los grupos que la iglesia tiene

establecidos, tales como grupos de estudio bíblico, compañerismos bíblicos y células, que enfatizan el crecimiento y la madurez espiritual, así como a las diferentes reuniones que la iglesia provee y que son adecuadas para esta etapa del crecimiento. La iglesia debe asegurar que cada uno de los miembros que han llegado a la parte del proceso que les permite iniciar estos contactos, cuenten con los materiales, el conocimiento y el modelo necesarios para poder ser efectivos en su servicio. Se necesita de un mentor para acompañar y ayudar al facilitador en esta etapa. Es importante resaltar que para esta parte del proceso, es necesario tomar en cuenta las recomendaciones que se plantearon en el capítulo anterior sobre la segmentación de la iglesia.

La medida de éxito de este paso es que la persona manifieste y cumpla su deseo de identificarse públicamente como cristiano por medio del bautismo y que llene los requisitos que la iglesia establece para ser considerado como miembro. Nuestro deseo y oración es que al final de este paso, el asistente regular se convierta en un miembro de la iglesia que conoce a cabalidad las demandas del Señor para el verdadero discípulo, y que esté comprometido con su crecimiento espiritual y su responsabilidad hacia la iglesia. Para este momento es muy importante que el ahora miembro ya tenga, por lo menos, un grupo afín en la iglesia con el cual se encuentre relacionado y que haya sido aceptado e identificado con el mismo.

Este segundo paso es de capital importancia porque la mayoría de los que visitan una iglesia pierden el interés de seguir asistiendo cuando se dan cuenta que la iglesia tiene altas demandas para ser parte de ella y no entienden claramente el proceso para crecer a una estatura espiritual y personal que les permita cumplirlas. También se alejan cuando comprueban que los diferentes grupos de la iglesia son cerrados y que no hay posibilidad comprensible para llegar a ser parte de ellos.

Tercer paso, iniciación. Este paso intermedio tiene como propósito que el miembro de la iglesia muestre interés y responsabilidad en el discipulado y en el servicio. Ahora que es considerado miembro de la iglesia, se le introduce a un nuevo paso en el desarrollo del cristiano, donde el proceso de discipulado toma suprema importancia. Aquí el candidato entenderá lo que significa ser discípulo en la práctica, y se inicia una serie de ejercicios por medio de ejemplos que le permitan comenzar su preparación para llegar a hacerse cargo de otros miembros que están en proceso de desarrollo, de la misma forma en que él ha sido guiado hasta este punto.

Se espera que a este nivel del proceso, la persona haya desarrollado amistades espirituales con otros miembros de la iglesia, particularmente con aquellos que ya han pasado por los pasos de desarrollo que él mismo ha recorrido y que pueda tener en ellos un modelo y una fuente de información para sus inquietudes. Esto le facilitará a la iglesia la selección de un hermano mayor, que cumplirá las funciones de su mentor para encaminarlo a través de este proceso. Es deseable, pero no imprescindible, que la persona que lo introdujo a los pasos 2 y 3 sea ese hermano mayor. Sin embargo, existe la posibilidad de que, por el trabajo efectivo de este y el círculo de grupos afines con los que ahora está identificado, las opciones de candidatos para cumplir esta especial y bíblica función sean múltiples.

La base de este tercer paso es que el candidato puede disfrutar de un proceso de discipulado como la Palabra lo estipula. Esta es una reproducción natural de cristianos comprometidos con las enseñanzas de Jesucristo, que comparten su fe y son parte de los ministerios de la iglesia para ayudar a otros que, como les sucedió a ellos, están acercándose a la iglesia en busca de respuestas. Se llama iniciación no porque se deba cumplir cierto rito sino porque el miembro será iniciado en al menos tres procesos: el discipulado, el compañerismo bíblico para aprendizaje de la Palabra y el involucramiento en el servicio.

Para el hermano mayor, este paso reviste una importancia y una emoción especial, la de acompañar a un miembro de la iglesia durante el tiempo necesario para que llegue a ser capaz de discipular a otros y seguir así, el proceso de crecimiento natural y sano de la iglesia. No es necesario que el hermano mayor siga un plan de discipulado empacado y preparado como los que existen en la literatura de apoyo a la iglesia. Lo que sí demanda esta etapa es que la iglesia provea a cada hermano mayor de un proceso comprensible de discipulado, un currículo de conocimientos básicos para compartir con el candidato y afirmarlo, así como el asesoramiento y seguimiento necesarios para velar porque este proceso prepare a un verdadero mentor y asegurar la permanencia del proceso de desarrollo del creyente dentro de la iglesia.

Aun cuando en este proceso hay mucho conocimiento para compartir, el énfasis estará en ver el aprovechamiento en la práctica, manifestado en una participación creciente y cada vez más responsable en un compañerismo bíblico para aprender la Palabra. Es en este lugar donde se le abre la oportunidad para escuchar, para aprender y, sobre todo, para clarificar su apreciación de las verdades básicas de la Palabra. Es aquí donde el hermano mayor puede encontrar una fuente muy oportuna de temas de discusión para tratar con su discípulo, cuando comprueba su actitud o apreciación de las verdades relevantes.

En este paso del proceso, el miembro tiene la oportunidad de ir aumentando su participación en el servicio en algunas áreas de la iglesia, bajo la supervisión de su hermano mayor y de la iglesia. Es responsabilidad del hermano mayor ir recomendando a su discípulo para las oportunidades de servicio ocasional o para la participación en un ministerio que, de acuerdo a su observación del candidato, pueda desempeñar con un buen éxito, debido a su conocimiento de Dios, de la Palabra y los dones que manifiesta.

El éxito, en este paso del proceso, se alcanza cuando el miembro ha manifestado responsabilidad en su proceso discipular al cumplir con el trabajo asignado. También es necesario que se hayan tenido experiencias exitosas de participación en alguno o algunos de los ministerios de la iglesia. Cabe mencionar que la evaluación de su participación no está basada en elementos emotivos, como entusiasmo en la participación o el número de actividades en las que tiene la capacidad para participar durante un tiempo establecido. Lo que se mide es el carácter manifestado durante estos ejercicios. En esta etapa del proceso, esa es el área que se desarrolla por medio del discipulado.

Cuarto paso, involucramiento. Este siguiente paso en el proceso de desarrollo del discípulo tiene como propósito que el discípulo sea responsable de ejercitar sus dones a favor de otros. A partir de este momento en el desarrollo de la vida, al creyente se le llamará discípulo por haber manifestado ya un carácter enseñable, servicial y comprometido con Dios, con su Palabra y con la iglesia. Ahora es cuando se conecta al discípulo con el proceso de reproducción de la iglesia, dándole la oportunidad de ser un participante activo en este proceso.

Este paso es muy importante porque la iglesia debe proveer para el discípulo la capacitación necesaria en áreas claves que lo preparen para ser una parte activa y totalmente involucrada en el proceso de reproducción de la iglesia. La primera meta de este proceso es que el discípulo llegue a ser responsable de un área de ministerio de la iglesia. Después de haber cumplido con éxito el paso tres, el discípulo tiene la capacidad de liderar una parte del o los ministerios en los que demostró una buena inclinación y cumplimiento durante las áreas previas. Ahora, también está capacitado para comenzar a guiar a otros discípulos, como él, en el cumplimiento de actividades específicas. Además, está siendo ejercitado en mostrar cada vez un mayor reconocimiento de la autoridad al practicar su responsabilidad

de dar cuentas de lo que hace, y sobre todo, de modelar lo que el discipulado significa para los que van en los pasos dos y tres del proceso.

Durante este estadio, el discípulo será desafiado y capacitado para entender su responsabilidad de evangelizar a aquellos que pertenecen a las redes naturales de relación, tales como familia, amigos, compañeros de trabajo, estudio, etcétera. Debe entender, durante su paso por esta parte del proceso, que el evangelismo y el compartir la salvación son un estilo de vida, no una actividad de la iglesia. Debe conocer las bases bíblicas de la evangelización y desarrollar una metodología que le permita sistematizar y presentar de forma pertinente el plan de salvación a aquellos con los que se relaciona. Se espera de cada discípulo que participa aquí, que genere nuevos contactos que visiten la iglesia como resultado del impacto que su vida está siendo para su familia y círculo de amistades y de trabajo.

La mente del discípulo se amplía durante esta parte del proceso porque entiende claramente que la iglesia tiene la responsabilidad de poner el evangelio a disposición, de forma sistemática y simultánea, de los que están cerca así como de los que están lejos. Entiende también que él es un participante activo en ambas áreas de evangelización. Él mismo examina el llamado de Dios en cuanto a la evangelización del mundo y a qué área lo ha llamado; sea esta su Jerusalén, que lo constituyen los participantes de sus redes naturales de relación; su Judea y su Samaria, que son aquellas áreas en donde el impacto de la iglesia no es significativo y en la cuales, tanto la iglesia como él mismo, tienen que hacer ajustes y desarrollar una estrategia particular para alcanzarlas. Se trata de aquellos sectores que se encuentran escondidos para la iglesia, bien por un asunto cultural, lingüístico o de descripción social, pero que, según la Palabra, necesitan tener el evangelio disponible. Lo último de la tierra se refiere a aquellos grupos etnolingüísticos que necesitan un envío deliberado por parte de la iglesia para que el evangelio esté disponible entre ellos. En esta parte del proceso de desarrollo, el discípulo tendrá muchas oportunidades de estar escuchando y confirmando el llamado del Señor para su vida, enfocado precisamente en estas tres áreas.

Debido a su participación activa y creciente liderazgo dentro de los ministerios de la iglesia, el discípulo necesita ser capacitado en los detalles de la visión, misión, estrategia de cumplimiento, estructura, marco legal y otros elementos que lo preparen para tomar posiciones de liderazgo más visibles. Es necesario que esto esté en consonancia con la visión general de la iglesia y que él pueda discernir cuál es la parte del desarrollo de la iglesia que está apoyando. Sin duda, este conocimiento lo preparará todavía más efectivamente para ayudar a aquellos que, paulatinamente, son puestos a su cargo y bajo su tutoría.

Una de las cosas que hace que este paso sea uno de los más significativos es que entre los discípulos que se encuentran esta etapa del proceso, están los que realizarán las visitas de inducción de los visitantes y los acompañarán, por lo menos en los primeros dos pasos del proceso. Aquí es donde el discípulo encuentra sentido a todo el proceso que ha vivido y es cuando comienza a aplicar todo el conocimiento que ha acumulado durante los pasos anteriores. Ahora, el discípulo tiene la pasión, el conocimiento y la oportunidad de guiar a otros, no sólo a Jesucristo, sino también a encontrar una comunidad local de creyentes que los ayuden en su crecimiento espiritual.

Se logra medir el éxito de este paso cuando se puede comprobar que el discípulo está cumpliendo con sus obligaciones de miembro de la iglesia y, particularmente, cuando tiene por lo menos a una persona de reciente ingreso a la iglesia bajo su responsabilidad y tutoría. Es necesario recalcar que el lente de evaluación de un candidato durante esta parte del proceso se enfoca hacia un carácter transformado por la Palabra de Cristo, que tiene amor por los perdidos y hace lo que puede para contribuir a poner el evangelio a disposición de ellos.

Cuando la iglesia lleva efectivamente a un grupo creciente de miembros a este paso del proceso, asegura no solamente un crecimiento numérico de la misma, sino que establece el proceso de desarrollo de cada uno de sus miembros en un nivel de calidad. Ahora, la iglesia tiene los ingredientes necesarios para un crecimiento sano, constante y multiplicador.

Quinto paso, incondicionalidad. Aquellos que llegan a ser cristianos incondicionales, es decir, cristianos que son lo que el Señor quiere que sean, hacen lo que el Señor quiere que hagan y van a donde el Señor los envíe, forman parte de la masa crítica que mantiene a la iglesia cercana a la Palabra, con un crecimiento numérico en su Jerusalén, Judea y Samaria, y también están listos y dispuestos a salir, enviados por la iglesia, hasta lo último de la tierra.

Aquí nos damos cuenta que los que llegan a este nivel, sólo tienen tres posibilidades de llamado. La primera, son llamados a ser pastores, es decir, discípulos que dedican todo o una parte significativa de su tiempo y atención al ministerio dentro de la iglesia, sea que tenga el nombre o posición de pastor o de otro nivel de liderazgo. Son aquellos que, durante su proceso de desarrollo, como discípulos, se han dado cuenta que el Señor los ha preparado para servir en su iglesia local, en el desarrollo del ministerio o en la plantación de nuevas iglesia en la Judea o la Samaria de la iglesia. Los pastores, por así decirlo, son los supervisores (obispos) que sobrevén el cumplimiento de aquellos que se encuentran a cargo de diferentes ministerios o procesos dentro de la iglesia.

La segunda posibilidad es a ser misioneros, es decir, discípulos que han sido llamados por Dios y confirmados por su iglesia local para dedicar el resto de su vida o una parte significativa de ella, a poner el evangelio a disposición de aquellos que viven hasta lo último de la tierra. Para los discípulos que tienen este llamado, es necesario que la iglesia provea el seguimiento que se requiere para ser capacitados en las áreas de conocimiento bíblico-teológico formal y a un nivel adecuado a las demandas del campo de labor. Este conocimiento le dará al discípulo las herramientas para extraer fielmente de la Palabra las verdades que necesita compartir con aquellos que no las conocen. La capacitación transcultural es otra área y esta serie de conocimientos le darán las herramientas para poder comunicar las verdades bíblicas en términos que sean culturalmente sensibles en las comunidades étnicas a donde el Señor lo llame y la iglesia lo envíe. Por lo especializado de estos conocimientos, la iglesia deberá hacer acuerdos de cooperación con entidades especializadas, centros de capacitación o agencias misioneras para proporcionárselos al discípulo.

La tercera posibilidad del llamado es la que denominaremos: ciudadano responsable. Estos son aquellos cristianos que Dios ha llamado a servirle a través de una profesión o un trabajo, llamado comúnmente secular, pero que significa para el discípulo su estrategia de acceso creativo a los círculos y redes de relación a las que pertenece. Es importante que en el proceso de transformación de la iglesia, esta pueda transformar su mentalidad para reconocer que este tercer llamado es tan importante como los dos anteriores, y que su importancia se magnifica cuando la iglesia entiende que la forma más efectiva de alcanzar su Jerusalén, es ayudando a aquellos que tienen este llamado a identificarlo y a ejercerlo de manera efectiva en las áreas donde el Señor los ha llamado a hacerlo.

En los gráficos de las siguientes páginas se presentan los procesos del crecimiento de la iglesia a través de los cinco pasos de desarrollo, así como las maneras en que puede llegar hasta lo último de la tierra mediante un desarrollo efectivo de discipulado.

Parte III

EL PAPEL DEL PASTOR EN LA TRANSFORMACIÓN DE LA IGLESIA

10

La transformación de la tarea pastoral

LA TRANSFORMACIÓN DE la iglesia no puede llevarse a cabo sin el liderazgo de pastores que tienen una visión transformada del ministerio. Tal como lo vemos en los evangelios, al mismo tiempo en que Jesús estaba revelando la imagen de la iglesia, también estaba preparando a cada uno de los discípulos, en particular a los Doce, para que lideraran el proceso de establecimiento de su iglesia sobre la faz de la tierra.

Si seguimos el texto bíblico del libro de los Hechos primero, y luego la historia de la iglesia cristiana primitiva, nos damos cuenta del tremendo valor de un liderazgo conectado con la visión de Dios. La forma de su establecimiento, la efectividad de su ministerio y, sobre todo, su eficiencia como instrumento divino para establecer su Nombre sobre la tierra, han demostrado de manera tal, que no queda duda que la iglesia que comienza aquel día de Pentecostés —y su primera membresía de 3.120 personas—, fue liderada por un grupo probado y aprobado por Jesús mismo. Ellos supieron llevar a la iglesia hasta su más alta expresión y, como nos consta históricamente, hasta los últimos confines de la tierra conocida en esos días.

El patrón del liderazgo de la iglesia fue desarrollado a medida que la iglesia primitiva fue madurando. Lo podemos seguir en el método utilizado para establecer a los ancianos; un proceso que es dinámico y multiplicativo. Se pueden trazar tres pasos en el proceso de ordenación de líderes. Inicialmente fueron los apóstoles los que ordenaron a los ancianos (Hechos 14:23). Después de esto, los ancianos fueron establecidos por aquellos que estuvieron cerca de los apóstoles y que participaron con ellos del ministerio; por ejemplo, Pablo específicamente comisionó a Tito para establecer ancianos en Tito 1:5. En la tercera fase, los ancianos mismos ordenaron a otros ancianos (1 Timoteo 4:14).

Esto permitió que la iglesia creciera y fuera esparcida con gran rapidez y efectividad dentro del imperio romano. Movidado por esto es que el apóstol Pablo puede decirles a los de la iglesia de Tesalónica: «Partiendo de ustedes, el mensaje del Señor se ha proclamado no sólo en Macedonia y en Acaya sino en todo lugar; a tal punto se ha divulgado su fe en Dios que ya no es necesario que nosotros digamos nada» (1 Tesalonicenses 1:8). Escribiéndoles a los cristianos romanos, dice aquella famosa expresión para describir el alcance de su ministerio: «Así que, habiendo comenzado en Jerusalén, he completado la proclamación del evangelio de Cristo en todas partes, hasta la región de Iliria» (Romanos 15:19). Luego, más adelante en esa misma epístola, expresa: «Pero ahora que ya no me

queda un lugar donde trabajar en estas regiones, y como desde hace muchos años anhelo verlo, tengo planes de visitarlos cuando vaya a España».

Según investigaciones estadísticas acerca del crecimiento del cristianismo en los primeros siglos, Rodney Stark, en su libro *Conversion and Christian Growth*,⁸ estima que partiendo de la base de solamente mil convertidos en el año 40 (bíblicamente sabemos que había más) y con un crecimiento estimado del cuarenta por ciento por década: «habrían 7.530 cristianos en el año 100, seguidos por 217.795 en el año 200». Continúa su estimación mostrando que para el 250 habría 1.171.356; para el 300 habría 6.299.836, y la cifra de cristianos para el año 350 sería de 33.882.008; un cincuenta y seis por ciento de la población del imperio romano, calculándolo sobre una población de sesenta millones.

El liderazgo de la iglesia en los primeros siglos fue significativo para que la iglesia hiciera un impacto profundo en la sociedad y no sólo en su tamaño. Como algunos autores lo establecen, la conversión de Constantino al cristianismo no fue el impulso que lo hizo crecer, más bien «la conversión de Constantino al cristianismo debería verse mejor como una respuesta a la ola de crecimiento masivo y exponencial, no como su causa».⁹

Igualmente ahora, la demanda sobre el liderazgo de la iglesia, que generalmente está identificado con la figura pastoral, sigue siendo un elemento significativo para definir la imagen de la iglesia, sus características y su efectividad. Cualquier proceso de transformación de la iglesia demandará un cambio del ministerio pastoral, de su enfoque y de su visión, para que a través de esta transformación, inicie la senda que la lleve a ser la iglesia que se acerque de una manera más precisa y efectiva a la imagen que Jesús dejó establecida.

Es necesario, entonces, que hablemos del pastor, de su ministerio y de las misiones; que exploremos juntos cómo se presenta su imagen en las enseñanzas de Jesucristo. Queremos hablar del ministerio pastoral desde dos perspectivas. La primera es la formación pastoral como resultado de un discipulado a fondo. Necesitamos corregir la idea equivocada de que los institutos bíblicos o los seminarios son los que forman pastores. No dudamos que ellos juegan un papel muy significativo al afinar las herramientas del pastor para permitirle desarrollar su tarea. Sin embargo, no cabe duda que los pastores son el resultado del trabajo de discipulado a fondo de otros pastores que tienen una visión profunda, y pueden ver en algunos de sus miembros o líderes la materia prima para hacer de ellos unos verdaderos pastores. Además, están dispuestos a pagar el costo de invertir tiempo, atención, alegrías y sinsabores, con el objeto de modelar ante ellos un estilo y calidad pastoral que los lleve al punto de estar preparados para iniciar el aprendizaje final, el que se hace en el marco del ministerio.

La segunda perspectiva es preguntarnos: ¿cuál es el rol del pastor en la evangelización del mundo? En el movimiento misionero iberoamericano tenemos una frase que con el tiempo ha quedado como una descripción: «El pastor es la clave o el clavo de las misiones». Está probado que los pastores son los que deben tomar la iniciativa en el proceso de transformación de la iglesia, pero especialmente para llevar a la iglesia hacia un involucramiento significativo, sistemático y simultáneo en la evangelización del mundo. En estos momentos, podemos contar por miles los miembros de iglesias que han hecho, por lo menos una vez en la vida, una decisión de compromiso con la obra misionera transcultural. Posiblemente, lo hicieron en una conferencia de su propia iglesia, en un congreso, en una célula de intercesión misionera o en forma personal. Al acercarnos a algunos de ellos, podemos sentir su pasión,

⁸ Stark Rodney, *The rise of Christianity: How the obscure, marginal Jesus movement became the dominant religious force in the Western World in few centuries*, Harpers Collins, 1997, pp. 6–7.

⁹ Ídem., p. 10.

escuchar su convicción y ver su compromiso con la evangelización. También podemos ver en ellos tremendos dones y habilidades, adicionales a los espirituales, que les abrirían la puerta para una contribución significativa en el campo misionero. Cuando nos preguntamos: ¿qué falta para que estas personas lleguen al campo? muchas veces la respuesta se encuentra en el pastor. Es allí donde se detiene la rueda.

Como pastor puedo entender los sentimientos que surgen cuando uno de los miembros llega a la oficina pastoral a informar que ha experimentado un llamado del Señor para la obra misionera. La pregunta: «Pastor, ¿y ahora qué debo hacer?» es devastadora cuando no tenemos claro el involucramiento de la iglesia en las misiones y, a veces, ni idea de dónde debemos comenzar. Eso nos ha hecho incluir en el libro estos dos capítulos. Sinceramente, queremos dar al pastor tanto la visión como las herramientas para que pueda no sólo responder a esta pregunta, sino también, incluso, despertar y promover la vocación misionera entre sus miembros. Preparar a la iglesia y transformarla en una iglesia con visión misionera es una de las tareas más emocionantes de la tarea pastoral y, en esta generación, cada pastor que lee estas palabras está llamado a ser parte de ella.

El discipulado al estilo de Jesús

La vida pastoral es muy demandante, pero también muy emocionante. Ser pastor en una época como ésta, es un real desafío. Sin duda, algunos de ustedes enfrentan cada domingo el desafío de plantear un programa y, particularmente, un sermón que responda a las necesidades de la variada población de su iglesia; una exposición bíblica que responda a las preguntas hechas por mentes formadas profesionalmente; y que personas de diferente trasfondo lleven a su hogar respuestas a sus preguntas más difíciles.

Cuando pensamos en el pastorado, debemos entender que no es un oficio sino un discipulado, el epítome del discipulado para decirlo de una manera más elegante. De los dones dados a la iglesia para su edificación en Efesios 4, el de pastor-maestro es el que tiene mayor relevancia, por cuanto complementa a cada uno de los otros cuatro. Interpreta el liderazgo apostólico y lo dosifica para la iglesia. Consolida la obra del evangelista en procesos sostenidos de liderazgo. Explica lo que es y cómo apropiarse de la obra del profeta. Ejerce su pastorado y su magisterio para dar respuesta a las preguntas que plantean los otros ministerios.

En el proceso de formación pastoral, solemos poner más énfasis en el conocimiento y no tanto en el llamado. A lo largo y ancho de nuestra Latinoamérica encontramos ejemplos de pastores que tienen un gran conocimiento, desarrollan una gran labor, pero que nunca fueron llamados a hacer lo que hacen; de apóstoles en el pastorado que cada vez señalan caminos nuevos a congregaciones que no han tenido tiempo de tragar el bocado anterior, cuando ya tienen el nuevo; de evangelistas que sirven de pastores y mantienen a la iglesia en movimiento y traen multitudes que ven salir con la misma velocidad por la puerta de atrás; de profetas en función pastoral que muestran la verdad de Dios tan clara y pura, pero que son incapaces de ayudar a los miembros a que sus pupilas se acostumbren al brillo de cada nueva enseñanza.

Debemos mencionar también que, con estos elementos mencionados, la tarea pastoral se vuelve un lugar de mucha presión. Otros pastores fijan los estándares del ministerio. Otras iglesias fijan la medida de éxito, y muchas veces nos encontramos compitiendo con imágenes personales difíciles de superar, y tratando de sobrepasar las exigencias y expectativas de la iglesia que ninguno, ni nosotros mismos, ha puesto. Muchas de esas son la suma de las cosas buenas de otros siervos de Dios del pasado que los miembros ahora quieren ver en nosotros.

En estos momentos tenemos que volver a la Palabra y buscar en ella el liderazgo de Jesucristo. Debemos ver al gran pastor de las ovejas, al príncipe de los pastores, para conocer tanto su estilo de liderazgo como los resultados del mismo en las vidas de los discípulos, que tuvieron la dicha de ser formados en su yunque, purificados en su fragua y preparados en su mesa de trabajo; estos pastores que formaron la primigenia imagen del pastor que estaba llamado a grandes cosas, por el que hizo el sacrificio más grande, el de dar su vida por su iglesia.

Estaremos estudiando pasajes seleccionados de Lucas, unidos todos por la filigrana del discipulado de Jesucristo, la manera en que explicó a sus discípulos su llamado, su ministerio y la medida del éxito del mismo. Es nuestra oración que la lectura y el trabajo conjunto puedan enriquecer el ministerio de cada uno de los pastores, y que les puedan dar las herramientas para apacentar con amor la grey que Dios ha puesto a su cargo. Sobre todo, queremos que puedan ser librados de la presión del momento de crear estrellas en el pastorado, olvidando que la estrella sigue brillando a la diestra del Padre, habiéndonos dejado un modelo completo a imitar.

Vino nuevo en odres nuevos

El pasaje que encontramos en Lucas 5:36–39 resume la perspectiva del Señor en cuanto al discipulado al estilo de Jesús, vino nuevo en odres nuevos. No sólo vino nuevo, ni sólo odres nuevos. Es vino nuevo en odres nuevos. La ilustración, sin duda, hizo arrancar sonrisas en algunos de ellos. Seguramente, recordaban el momento jocoso de la explosión de un odre que, en una actitud mezquina, el dueño había querido aún aprovechar y economizarse unos denarios, pero que ahora veía perdido, no sólo el odre, sino también el vino que había puesto a madurar en él. Había fallado en anticipar que el vino nuevo es joven y que su cuerpo le lleva a producir mucha actividad química dentro del odre. Por su parte, el odre viejo hace mucho que dejó de ser flexible y constantemente choca con la presión natural del vino que busca, a toda costa, aumentar en grados. El resultado es fácilmente predecible, la explosión, el rompimiento.

Lo del remiendo es similar, sólo que en sentido inverso. Aquí, el trozo de tela nueva recién tramado aún está buscando su lugar; cada uno de los hilos de su trama y de su urdimbre están tratando de recuperarse por la presión que han sufrido; aún son extraños allí y no entienden lo que tienen que ver con la prenda antigua, así que, luchan y forcejean porque se les dé su lugar y espacio, sin importar los esfuerzos de la tela antigua que está más desgastada por el uso y completamente segura de su lugar, y que pacientemente trata de retenerlo sin lograrlo. El resultado es el mismo, el rompimiento. ¿Les parece conocida la ilustración?

Con la ilustración, Jesucristo está presentando el advenimiento de un nuevo estilo de discipulado, de ministerio y de personas que Él mismo está preparando para liderar la iglesia. Veamos, antes de concluir sobre este pasaje, algunos de los eventos que han pasado alrededor del momento en el cual fue dada esta parábola, para entender mejor la razón de su enunciación.

Llamado radical que demanda respuesta radical

Veamos el llamado al primer grupo de discípulos. Este pasaje marca el cambio en el proceso. Hasta este momento, el Señor ha estado trabajando solo, ministrando a los necesitados de salud y esperanza. En esto se encuentra en Galilea y, en su ánimo de alcanzar a más personas en más lugares con el evangelio del Reino (Lucas 4:43), se dirige al lago de Genesaret. La gente se comienza a congregarse a su alrededor (pareciera que tenían un radar para dar con Él); a pesar de sus intenciones de alejarse a lugares desiertos siempre lo seguían y lo encontraban. Sin embargo, en esta ocasión, su vista no está puesta en la multitud sino en un hombre que no está, en lo más mínimo, interesado en saber quién es Jesús y qué quiere esa gente que lo rodea. Este Simón está reparando y limpiando las redes (v. 5:2).

Limpiar las redes es parte del oficio de un pescador. Sin duda, es una tarea que se hace con algún esfuerzo, pero con entusiasmo si se ha pescado algo; pero hoy Simón está limpiando las redes de piedras, basura y restos de moluscos secos. Esto es todo el resultado de una jornada nocturna de pesca. Como en nuestros tiempos, el dicho: «a río revuelto, ganancia de pescadores», sin duda era también conocido, así que aquellos lobos de lago se fueron toda la noche a trabajar en sus botes, y mírelos allí, ¡sin más que basura en sus redes! Conociendo a este Simón, seguramente estaba crujiendo los dientes; la paciencia nunca fue una virtud relevante en él, y mucho menos en esta etapa de su vida cuando no conocía al Maestro que tanto bien le haría a su formación como discípulo. Así que, aquí hay alguien que no quiere ser discípulo de nadie, a pesar de que lo está viendo otro hombre que sabe que puede llegar a ser algo especial.

Comienza entonces la lucha entre el remiendo y la prenda de vestir; ese estira y encoge que tanto bien le hizo a Pedro en su formación. El Maestro, como primera instancia, le pide su bote. La presencia tan regia del Señor debe haber sido la que cerró la boca de Pedro para no contestar, porque sin duda quería hacerlo. Este perfecto desconocido le estaba pidiendo que dejara de hacer lo que estaba haciendo, que echara a perder el trabajo que había hecho hasta la fecha, para subirse a la barca con él. Luego, Pedro tendría que luchar para mantener quieta la barca, mientras este Jesús, un maestro, desconocido al fin, enseñaba a la multitud que lo estaba esperando.

¡Bienvenido a la escuela, Pedro! La primera lección que se necesita aprender se llama renunciación; dejar de tomarnos tan en serio, dejar de pensar que lo que hacemos es tan importante y, sobre todo, olvidarnos del síndrome de la última Coca-Cola en el desierto para comenzar a servir al Señor. Pensar en este momento en la vida de Pedro me hace recordar el llanto de Jeremías: «Me sedujiste, oh Jehová, y fui seducido; más fuerte fuiste que yo, y me venciste» (Jeremías 20:7-11). ¿Recuerda usted sus propios momentos? Justo cuando creímos haberlo alcanzado; tanto luchar para lograr aquella posición, aquel ingreso económico, aquel grado académico, y cuando estábamos listos para comenzar a brillar en el firmamento de un empresa, de un centro de estudios a nivel internacional, llega el Señor y nos pide la barca. Otros, quizás a punto de colgar los guantes, ya no querían saber nada de nada, y de pronto se aparece el Señor con cara de que aún tenemos algo que dar y nos pide la barca.

Es posible que el recuerdo constante de estos momentos nos haga pensar en que hemos pagado mucho por el ministerio. Algunas veces, a la vera del camino, nos sentamos a evaluar lo andado y nos damos cuenta de que teníamos expectativas grandes y que ninguna se ha llenado. Nos sentimos asaltados, seducidos, estafados. El ministerio tiene mucho trabajo y poco reconocimiento. Imagínese a Pedro pasando el ridículo. El Maestro enseña y es el centro de atención, mientras tanto, él corre de un lado a otro en la barca, con el timón en una mano y la vela en la otra, en una actividad constante para evitar que este hombre se caiga, que la barca se aleje mucho o que golpee contra la orilla, y toda la multitud se eche a reír.

Cuando el hombre termina de hablar y parece que todo ha terminado, le da una nueva orden: «Boga lago adentro y echa las redes para pescar». Aquí sí sale a relucir el Boanerges.¹⁰ Pedro ya no puede aguantarse y le responde: «Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y nada hemos pescado». Vea con cuidado ese v. 5. Hay un cambio radical al final de la oración; aquella que comenzó con aires de superioridad, de un Simón que ve como un atrevimiento que el Maestro se quiera meter a darle instrucciones en su trabajo, y que es necesario ponerlo en su lugar ahora que quiere tomar la capitanía de su nave. Aquí vemos una respuesta humilde en él, de un corazón sencillo que está escondido en el

¹⁰ Hijos del trueno (Marcos 3:18).

Boanerges y que ahora, al ver los ojos del Maestro, descubre su paz, su regia presencia y su amor; tiene la esperanza de alcanzar con su supuesta ignorancia, lo que los años de experiencia le habían negado la noche anterior. ¡La segunda lección se llama obediencia, Pedro! Simple y llana obediencia, aun cuando no se entienda ni se pueda anticipar en qué terminará todo.

Conocemos el resto de la historia: la red se llena de peces, comienza a romperse y tienen que llamar a los socios que estaban en la otra barca. Ellos ya no están limpiando las redes, sino viendo en qué iba a parar esa empresa perdida en la que han metido a Simón, hasta que escuchan sus gritos: «¡Traigan la lancha y las redes más fuertes porque las nuestras se están rompiendo!»; tienen que salir de su asombro. Yo no puedo imaginarme la escena, por más que me esfuerzo; tengo que saltar al momento en que las barcas navegan juntas hacia la orilla, con la red tomada de ambos extremos, viendo aquella cantidad de peces saltando y haciendo hervir el agua en su esfuerzo por librarse.

Simón tuvo todo el tiempo del mundo para examinar su vida, su trabajo, las satisfacciones que éste le había dado, y contraponerlo con la persona del Maestro que ahora los acompaña sentado, en silencio, al otro extremo de la barca. ¿Qué mira Simón de vez en cuando que le hace bajar la mirada? Quizás lee siempre lo mismo: «Sígueme y yo te haré pescador de hombres». Al llegar a la orilla, Pedro hace un último intento, armándose de valor; se para frente a sus socios e intenta pedirle que se vaya, pero termina de rodillas. Le implora que se aleje de él porque no soporta su vida, tan llena de fallas a la par de la pureza del Maestro. Al mismo tiempo que le pide que se vaya, sin duda, quiere rogarle que no lo haga, porque en estos pocos instantes que han estado juntos, ha conocido que no hay mejor opción ni mejor compañía ni mejor trabajo que el que el Maestro ofrece.

Ahora entiende que todo, sus conocimientos del mar, su floreciente empresa pesquera, su lugar en el pueblo, y hasta el amor por su padre, pasan a un segundo plano; cuando se da cuenta de que ha encontrado al Maestro y éste a su vez le ha hecho un llamado de dejar todo lo que tiene, de negar todo lo que es, e ir en busca de los que se pierden para contarles la historia y que «el poder de Dios estaba con Él». La tercera lección, Pedro, se llama incondicionalidad, es decir, seguirlo hasta las últimas consecuencias y hasta los últimos rincones de la tierra.

Eso es la tarea pastoral, un llamado radical que requiere de una respuesta radical, como la que usted y yo hemos ofrecido. Este es un llamado radical que sólo puede ser respondido cuando estamos dispuestos a renunciar a lo que somos, a lo que pensamos de nosotros mismos y a lo que estamos haciendo. Cuando estamos dispuestos a obedecer, «aún cuando lo que nos pide se nos antoja dañoso para su causa»¹¹, no nos importa sacrificar lo que somos, lo que tenemos y lo que estimamos, en una total actitud incondicional para con el Señor.

La mejor gratificación de la tarea ministerial es el Maestro. Al recorrer el camino que nos atrajo al ministerio del Señor, la forma en que escuchamos ese llamado radical, y el proceso que nos llevó a desarrollar en nosotros ese carácter que estaba ausente o escondido y que nos ha servido a través de esta senda para llegar a ser pastores, reconocemos que el hecho de habernos encontrado ha sido una muestra de su misericordia.

Después de escribir: «Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio» (1 Timoteo 1:12) el apóstol Pablo abunda en detalles para comprobar cómo él era la persona menos calificada para hacerlo; sin embargo, allí estaba, metido de lleno en el ministerio.

¹¹ Kierkegaard Sören, *Las obras del amor*, Ediciones Guadarrama, 1969.

Siguiendo en la lectura del evangelio según Lucas, encontramos dos eventos que sirvieron para mostrarle a aquel creciente número de discípulos quién era el Maestro. En el primero sana a un leproso, lo cual fue una tremenda obra milagrosa en aquellos tiempos. El diálogo entre el Maestro y el leproso nos da las primeras lecciones de la tarea de pastoral.

En primer lugar, muestra una actitud de servicio. Al ruego del leproso: «Señor, si quieres puedes limpiarme», le responde: «Quiero, sé limpio». La tarea pastoral, como la modela el Señor Jesucristo, se enmarca en la búsqueda constante de proveer, para aquellos que se acercan, las respuestas adecuadas para su propio dolor, su propia pena y las circunstancias en las que se encuentran. Esto denota que el maestro está deseoso de proveer salud e interesado, de manera especial y personal, en el bienestar del que se acerca a Él.

En segundo lugar, nos muestra una actitud magnánima, sin ningún interés de recibir algo en beneficio personal por el servicio prestado, ni bienes, ni publicidad, ni siquiera promoción de boca a boca. Jesucristo enseña aquí una poderosa lección para aquellos que estamos en el ministerio. Todo el beneficio que podamos tener de la tarea pastoral viene como resultado de su misericordia, no de lo que nosotros obtengamos por nuestros propios medios. Así es la tarea pastoral, siempre con ánimo de servicio y con total desinterés en retribución por los servicios prestados. «No le digas a nadie», le dice el Maestro; la mayor recompensa del trabajo está en que aquel que se acerca reciba salud, confort, esperanza y atención.

En tercer lugar, nos recuerda el fin último de todo el ministerio pastoral: que los que se acercan a nosotros se acerquen más al Padre a través de nuestro ministerio. El Maestro sí le da una orden al leproso, una instrucción para que la cumpla después de haber recibido salud. Le pide que se acerque al templo y que vaya al sacerdote; que cumpla con la ley de Moisés para su purificación. Muchas veces, como pastores, perdemos la visión de este propósito en el desafío del día a día. En este tiempo, en particular, el pastor tiene la presión de demostrar que ha tenido éxito; ese éxito del mundo que se muestra con números, ceros y autos de último modelo. Pareciera que la marca del auto que se conduce es una mejor muestra del éxito pastoral que lo que la Biblia establece.

Muchos pastores, hoy en día, caen víctimas de esa presión hedonista de demostrar el éxito de la iglesia con su estilo de vida; de ser, como pastor, la imagen del éxito de la iglesia. Este pasaje nos alerta en cuanto a esto. Todo lo que Jesucristo busca del leproso que ha sido sanado es su gratitud y responsabilidad para con el Señor, como testimonio a los que lo rodeaban.

Esto me parece poderoso. Si los pastores practicáramos esto, si nos decidiéramos a perseguir en la obra ministerial estos tres elementos: la actitud de servicio, la magnanimidad en el carácter y el fin del ministerio pastoral de acercar a los hombres a Dios, tendríamos entonces toda la autoridad para pedirle a nuestros miembros que sean testigos en cada uno de los círculos donde se relacionan. Podríamos hacerles ver como algo imperativo que la mejor, si no la única, manera de agradecer a Dios por haber sido beneficiados del ministerio pastoral, es siendo testigos de las grandes cosas que Dios ha hecho en sus vidas; vidas transformadas y desinteresadas, como la de su pastor, que ha sido capaz de caminar de contramano al mundo y seguir brillando; de mostrar una actitud de servicio sin sentirse humillado y de poder tener la autoridad moral de pedir a los miembros que sean testigos.

¡Cuánto luchamos los pastores para pensar, planificar y llevar a cabo actividades de evangelismo en la iglesia! ¡Cuántos recursos hacen falta para promoción y materiales! ¡Cuánto tiempo invertido en la planificación para darnos cuenta, el día de la actividad planeada, que sólo un puñado de los miembros aceptaron nuestra invitación! Más claramente dicho: el mismo puñado de siempre, cuando en la iglesia

hay tantos otros miembros que han recibido estas muestras de gracia y no se sienten motivados a ser testigos.

Al pensar en esa lucha constante, nos damos cuenta de que en medio de las presiones dentro y fuera del ministerio que nos llevan a presentarnos como la personalización misma del éxito en la iglesia, hacemos cosas, pedimos cosas y dejamos que los miembros se confundan, creyendo que el servicio pastoral ha sido pagado con creces con las gratuidades para el pastor o la iglesia, con las ofrendas especiales o con un servicio especial que entonces pone al pastor como deudor de aquellos a los que ha sido llamado a servir.

En su libro *Terremoto en la iglesia*, Peter Wagner menciona la forma en que una iglesia en Inglaterra pedía la ofrenda diciendo:

Al dar la ofrenda hoy, estamos creyendo en Dios por trabajo o mejores trabajos, aumentos y bonos, beneficios. Ventas, comisiones, arreglos, herencias y legados, intereses e ingresos. Rebajas, devoluciones de dinero. Cheques en el correo, regalos sorpresas, hallazgos de dinero, cuentas pagadas, deudas canceladas, regalías recibidas. Es el momento de la ofrenda. ¡Aleluya!¹²

Me pregunto, ¿cómo mover una congregación como esa hacia la evangelización, cuando en vez de deudores que somos (Romanos 8:12) viven pensando que como acreedores de Dios?

La segunda lucha, entre el vino joven y el remiendo viejo, se ilustra de una manera sorprendente en Lucas 6:1–11. Allí se nos narran dos eventos. En el primero, vemos a los discípulos arrancando espigas en el día de reposo; mientras andaban por los sembrados, las arrancaban, las frotaban con las manos, y luego se comían el trigo maduro. En el segundo evento, un poco más deliberado, los escribas y fariseos lo acechan para ver qué iba a hacer con un hombre que tiene una mano tullida, y si sería capaz de incumplir el sábado para sanarlo.

En ambos casos, los odres viejos son representados por los fariseos y los escribas. Ellos están empeñados en mantener el esquema ministerial de la forma acostumbrada. Se preocupan, y hasta desencadenan su ira, al notar que este joven Maestro está proponiendo una forma de hacer el ministerio que es diferente a la que ellos entienden que es correcta. En el primer caso, su recriminación es por causa de que los discípulos de Jesús estuvieron cosechando en el día de reposo. Ese no era el caso, pero su manera de entenderlo era igual a la que vemos en aquella historia del libro deuterocanónico de 1 Macabeos 2:32–41, donde al inicio de la rebelión de los macabeos, Matatías y los judíos que lo seguían se dejan matar porque tenían entendido que en el día sábado no era lícito defenderse de sus enemigos. En el segundo caso, su pregunta es si el Maestro sería capaz de sanar en el día de reposo, cosa que ellos consideraban como trabajo y no podían aceptar que fuera lícito.

El Maestro quiere enseñarles una gran lección en cuanto al ministerio pastoral. El vino nuevo que él trae es de un ministerio orientado a las personas y no a los programas. El ejemplo que el mismo Señor trae a colación para defender su punto de dejar a los discípulos arrancar espigas en día de reposo es el que se narra en 1 Samuel 21, y que muestra al gran rey David a punto de perecer de hambre. Los sacerdotes les permiten tomar de ese pan, luego de hacer la pregunta de rigor a sus hombres. La tarea pastoral demanda este mismo enfoque. Las personas son más importantes que los programas; es su salud, su alimentación y la ayuda a ellos lo que demanda nuestro tiempo y atención pastoral. Los programas están en función de las personas y nunca viceversa.

Cuántas ocasiones, en nuestro afán de mantener los programas, herimos a los hermanos, o lo que es peor, no permitimos que la iglesia sea amigable a aquellas personas que llegan por la puerta de la calle.

¹²Wagner Peter, *Terremoto en la iglesia*, Caribe–Betania, 2000, p. 274.

Frecuentemente, vemos que esto ocurre en las iglesias de América Latina; en algún momento de la historia malinterpretamos la buenas intenciones de quienes nos quisieron enseñar una liturgia organizada. Nos quisieron modelar una pastoral programática, y ahora comenzamos a dar tanta importancia a los programas, a los servicios y a las sesiones. Nos ocupamos tanto de que todo saliera de acuerdo al manual, que no nos dimos cuenta del momento en que llegamos a ser siervos de los programas.

La pregunta de Jesús es muy concluyente: «¿Es lícito, en el día de reposo, hacer bien o hacer mal?» Esa es la pregunta a la que debemos someter nuestra tarea pastoral: ¿estamos salvando vidas o quitándolas? Su pregunta no es en cuanto a si ellos están dispuestos a matar; la interpretación de la pregunta es que si nosotros le negamos a un enfermo la salud en el día de reposo, lo acercamos a la muerte. «Omitir el socorro posible en tales circunstancias es hacer mal».¹³

El vino nuevo en odres nuevos es un ministerio pastoral transformado en un hombre transformado. Un verdadero discípulo es un cristiano incondicional, que es llamado por el Señor a vivir cerca del Él, que recibe en forma cotidiana la guía, el poder y el desafío por medio de una disciplina diaria de oración, lectura de la Palabra y testimonio; y entiende que el enfoque más importante de su ministerio son las personas, todas aquellas que requieren que se les haga bien.

Para cumplir fielmente con el llamado pastoral, también se necesitan acciones radicales. El pastor debe, en primer lugar, hacer bien a las personas, primordialmente a aquellas que caminan hacia la muerte, sin esperanza de conocer al Señor. El pastor debe guiar a la iglesia a apoyar y producir medios que permitan que el evangelio esté disponible para ellas. ¡Estas son las misiones mundiales! Para nosotros, los pastores, este término se confunde. Ocupados como estamos en la lucha del día a día, pensamos que esta tarea se cumple con la evangelización que se hace a los alrededores de la iglesia. Si bien las misiones son una manera de evangelización, no toda evangelización es misiones. Por otra parte, pensamos en este término como se usa en algunas denominaciones e iglesias para nombrar a la obra que se inicia en otra zona de la capital o en otro lugar del país donde no había, aún cuando ya existan iglesias de otra denominación.

Por el apuro de los programas, a veces consideramos que hacer misiones es elegir entre orar y dar para misioneros o, en el mejor de los casos, celebrar actividades misioneras. En este momento, debemos reconsiderar y clarificar lo que debe entenderse por misiones. El *Diccionario hispanoamericano de la misión* da esta definición de misión transcultural:

Es el cumplimiento de la misión mediante la comunicación del mensaje cristiano. El objetivo fundamental de la misión transcultural es el establecimiento de iglesias autóctonas en medio de grupos étnicos que todavía no han tenido la oportunidad de conocer el evangelio.¹⁴

La tarea, entonces, se resume en el esfuerzo que la iglesia hace, con todos sus recursos, para poner el evangelio a disposición de los que todavía no han tenido oportunidad de escuchar. Esta es la tarea primordial de la iglesia y, por consiguiente, la tarea primordial del pastor.

En segundo lugar, el pastor debe cumplir fielmente con su responsabilidad de hacer bien a aquellos que a su alrededor caminan sin Dios y sin esperanza; sí tienen evangelio a su disposición, pero son negligentes para creer. Para responder a la necesidad de ellos, el pastor debe guiar a la congregación a modelar un estilo de vida que imite el carácter de Jesucristo. Animará a cada creyente para que su círculo de amistades y su ambiente de trabajo sean la parroquia donde ejerza su discipulado. Haciendo

¹³ Schökel Luis Alonso, *Notas exegético-pastorales de la Biblia del Peregrino*, Ed. Mensajero, 2001.

¹⁴ Deiros Pablo, *Diccionario hispanoamericano de la misión*, Unilit/Comibam, 1997, pp. 293–294.

uso de los medios a su alcance como la predicación de la Palabra, la educación cristiana y toda la educación formal y no formal de la que la iglesia puede hacer acopio, el pastor pondrá en las manos de cada creyente, de cualquier edad, la responsabilidad y las herramientas para que pueda ser testigo de las grandes cosas que Dios ha hecho en y a través de su vida. Esto con el propósito de que salgan de cada reunión de la iglesia con la misma actitud que de los que estuvieron con Jesús cuando sanó al paralítico en este pasaje: «Y todos, sobrecogidos de asombro, glorificaban a Dios; y llenos de temor decían: Hoy hemos visto maravillas».

En tercer lugar, el pastor debe cumplir con su responsabilidad de hacer bien a aquellos que forman parte de la congregación. Aún cuando esto describe la tarea pastoral por antonomasia, siempre tiende a malinterpretarse. Por definición general: «el pastor se ocupa de alimentar, confortar, guiar, acompañar y ungir a la grey (Salmo 23; Juan 10:7–16)».¹⁵ Todo pastor se ve abrumado por las responsabilidades. Con todo nuestro mejor deseo, nos esforzamos por proveer a cada uno de los miembros la atención que merece, y la mejor que nosotros podemos brindar, pero siempre resulta insuficiente. Una de las cosas que he aprendido a través de la tarea pastoral misma y de la oportunidad de conversar y observar a otros pastores en muchos países, es que, como tales, tenemos la responsabilidad de hacer de cada uno de los ejercicios pastorales un proceso de discipulado.

El problema del desgaste del pastor no es por la multitud de personas que se acercan sino por aquellas que recurrentemente están volviendo. Como pastores, nuestra función es la de preparar a los miembros para que puedan encontrar en la Palabra los medios necesarios para enfrentar los problemas desde una perspectiva bíblica. De tal suerte que, cuando nos acercamos a aconsejar a una pareja que está pasando por problemas, por ejemplo, nuestro plan de ayuda pastoral debe ser integrado de tal manera que esta pareja, a la vez que es atendida en su necesidad, pueda ser entrenada para buscar la solución en la Palabra la próxima vez; y lo que es más importante, que al final del proceso esté lista para ayudar a otras parejas, cuando éstas pasen por situaciones similares. Daniel D. Williams, decía: «La tarea pastoral, como la de todo ministro cristiano, es la de corresponder al maravilloso cuidado de Dios por el alma humana y compartir con otros el conocimiento que él tiene del poder salvador de Dios».¹⁶

Termino citando las profundas preguntas de A. B. Simpson:
Amados ¿hasta qué punto somos culpables? ¿Cuánto trabajo hemos dejado sin hacer de lo que teníamos que haber hecho? ¿Cuánto tiempo hemos desperdiciado en trabajos que no había necesidad de hacer o en placeres egoístas e innecesarios, en tanto que hay un sin número de almas que se hunden en la muerte y Dios pone su sangre en nuestro débito?¹⁷

11

¿Cuál es mi rol en la evangelización del mundo?

UNA PRUEBA NO superada por los discípulos nos pone en evidencia las razones por las cuales los pastores perdemos la iniciativa de llevar a la iglesia del Señor hacia el cumplimiento de la Gran

¹⁵ Ídem., p. 326.

¹⁶ Ídem., p. 327.

¹⁷ Simpson A. B. *Mensajes misioneros*, Clie, Barcelona, 1985.

Comisión; y perdemos la visión en cuanto a nuestro papel estratégico, tanto en el liderazgo de la iglesia como en el involucramiento en las misiones transculturales.

El pasaje que estudiaremos a continuación surge como resultado de un reporte misionero, después de que Jesús da a sus discípulos una comisión específica. Para entenderlo en su contexto, debemos recordar los siguientes momentos cuando el Señor Jesucristo formó su equipo de apóstoles:

La selección

En Lucas 6:12 Jesús sube a un monte y después de un tiempo de oración, eligió a doce para que fueran sus discípulos. Es importante resaltar el proceso y el propósito; en nuestro pasaje de Lucas se nos menciona que: «Pasó la noche orando a Dios» (Lucas 6:12). Un llamamiento sobresaliente, a hombres comunes y corrientes «llamados a ser apóstoles», requería un tiempo dedicado a la oración y a la intercesión por cada uno de ellos. Tal como lo entendemos, hasta este momento había un grupo de seguidores a los que ya se les llama discípulos en Lucas 6:1. Después del tiempo de oración, de este grupo el Señor escoge a doce que formaron ese equipo de liderazgo, en el que basó su plan de establecimiento de la iglesia en todas las naciones. El propósito de su llamamiento se resume en dos sentencias: «Que ellos estén con él y enviarlos a predicar» (Marcos 3:14); un plan sencillo y completo. Primero, ellos tenían que conocerlo, entender su vida, ser parte de su ministerio y comprender su plan; y luego, salir a hacer lo mismo a donde Él los enviara.

En Lucas 8:1 Jesús se hace acompañar de sus discípulos para que ellos puedan experimentar y ser testigos de su ministerio, así como ver la forma en que lo hacía. Cabe resaltar que el escritor se asegura de mencionar que, si bien los Doce estaban con Jesús, ellos eran parte de un equipo más amplio que suplía otras de las necesidades puntuales del Señor y de su grupo de apóstoles y discípulos. A cada uno de los miembros del equipo se le desafía a hacer compromisos con el Maestro, que incluyen no sólo su vida sino también sus bienes (Lucas 8:1). En Lucas 9:1–2, finalmente, Jesús envía a sus discípulos a predicar el reino de Dios; aquí comienza el relato que queremos resaltar.

El pasaje a continuación se conoce generalmente como el milagro de la alimentación de los cinco mil. Imaginamos que muchos de ustedes han predicado este pasaje. Sin duda, todos lo hemos hecho resaltando, por un lado, el amor de Dios por los que le siguen, pues no sólo les enseña sino que resuelve su necesidad física. El milagro de la multiplicación de los panes y los peces llama nuestra atención. Aquí es cuando hacemos la invitación para que, tanto en este pasaje como en todo el resto de la Palabra, cavemos más profundamente. No nos conformemos con lo obvio y, evitando sorprendernos si hacemos una interpretación alegórica, abramos nuestros ojos para ver más profundamente lo que el texto tiene reservado para los que invierten su tiempo y atención en el estudio de la Palabra. Hagamos nuestro el lema de la vida de Kierkegaard: «*Herr! Gib uns blöde Augen für Dinge die nichts taugen, und Augen voller Klarheit in alle deine Wahrheit*».¹⁸ Viendo el pasaje con estos ojos plenos de claridad, encontramos que hay una lección adicional que debemos aprender de esta porción bíblica, y que puede desafiarlos a tener la actitud correcta en el desarrollo de nuestro ministerio. Entonces, analicemos detenidamente el pasaje.

La comisión

Esta es la primera ocasión que el escritor del evangelio de Lucas registra el envío de los discípulos por parte de Jesucristo, con un propósito especial. Aquí, a quienes manda es a los doce mencionados por nombre en Lucas 6:14–16. ¡Este es un momento importante! Es el momento en el cual los discípulos

¹⁸ «¡Señor, dadnos unos ojos de corto alcance respecto de las cosas que no valen nada y unos ojos plenos de claridad para toda verdad tuya» (Juan Miguel Sailer).

experimentan la transición para llegar a ser apóstoles (enviados). Ahora es cuando comienzan, bajo el ojo cuidadoso del Maestro, a hacer sus primeros ejercicios de salir a predicar; tarea que les seguirá el resto de sus vidas, particularmente después de que el Señor asciende a los cielos.

El pasaje comienza con una primera escena en la cual Jesús llamó a los Doce y les dio poder y autoridad para echar fuera demonios (v. 9:1). Lo primero que encontramos en este pasaje es que Jesucristo capacita a los que envía: «El Dios que os envía, os dará el poder». Entendiendo los desafíos, peligros y oposición que ellos podrían encontrar en su trayecto por todas partes, les da autoridad sobre todos los demonios, a fin de hacer de ésta una empresa victoriosa. También les dio poder para curar todo tipo de enfermedades, sabiendo que la tarea de anunciar el reino de Dios es una tarea integral que necesita tomar en cuenta al individuo total. Él les dota también de poder para sanar ¡todo tipo de enfermedad! Es importante notar que la autoridad y el poder fueron dados para ser usados todo el tiempo y en todo lugar.

Jesús los envió a predicar el reino de Dios y a sanar a los enfermos (v. 2). También podemos notar que en este momento histórico, en el cual se están sentando las bases de la tarea del establecimiento de su Reino sobre la tierra, no se hace un mandato geográfico y temporal. Los discípulos deberían entender que la orden era predicar en todo lugar (geográfico), desde donde se encontraban hasta lo último de la tierra, pasando por todas partes. También era claro que el mandato de ir debería llevarse a cabo en todo tiempo (atemporal).

Finalmente, los instruyó para que no se preocuparan por la comida, por la ropa o por el lugar para dormir (vv. 3–4). Llama poderosamente la atención que el escritor de este evangelio, inspirado por el Espíritu Santo, se toma tanto tiempo para citar textualmente lo que Jesucristo dijo acerca de que los discípulos no deberían preocuparse por la comida, por la ropa o por un lugar para dormir. En el proceso de preparación para el ministerio que tenían por delante, era necesario que esto quedara claramente grabado en la mente de ellos. En su deseo que ellos lo entendieron claramente, incluye hasta la forma de proceder cuando no los atiendan ni les provean de lo necesario, como él se los ha anticipado.

El examen

A continuación, en el pasaje encontramos el momento del examen. Nos es un poco chocante ver esto, particularmente porque estamos acostumbrados a escuchar que el siervo del Señor sólo a Dios le da cuentas; y esa entrega de cuentas se llevará a cabo en el día del juicio. Sentimos que como nuestro ministerio terrenal en realidad tiene una implicación celestial, no tenemos por qué dar cuentas de lo que hacemos. Pensar que Jesús hizo un examen a sus discípulos después de la comisión nos suena a herejía; pero, por favor, leamos el pasaje entero (vv. 6–11).

Recuperemos la escena. A su regreso, los apóstoles informaron a Jesús lo que habían hecho. Habían predicado el reino de Dios, sanado enfermos y libertado a los cautivos de los demonios (v. 6). Cuando observamos atentamente, notamos que los apóstoles entendieron perfecta y claramente lo que se les había pedido que hicieran. Ellos salieron, fueron predicando el evangelio «por todas la aldeas», sanando a los enfermos y liberando a los que estaban cautivos por los espíritus inmundos. ¡Esto era exactamente lo que Jesús les había mandado a hacer! Entonces, Jesús los invita a un lugar aislado, cercano a Betsaida, para un examen final.

La confusión

Ellos pensaron, y con algo de razón, que la invitación de Jesús era para un retiro de descanso; pero Jesús tenía una mejor idea para este momento (v. 10). Era natural que después de la única oportunidad en la cual habían salido comisionados por su maestro para anunciar el reino de los cielos, sintieran que merecían un tiempo a solas con el Señor. Imaginemos la cantidad de experiencias que tenían para

contar y los deseos de compartir todas las cosas que habían sucedido durante ese viaje. Es comprensible su forma de pensar, pero no su actitud. Sin duda, mientras ellos caminaban hacia el lugar convenido, en sus emocionadas mentes no cesaban de hacer planes, eligiendo muy cuidadosamente las experiencias que contarían al Maestro al estar solos con Él. Se imaginaron vívidamente lo que pasaría entonces, la forma en que juntos encontrarían el momento para contar su propia experiencia, así como para escuchar lo que otros tenían que decir.

Lo que ellos no tenían en su planes era que una multitud de personas, más de cinco mil, se enterara de esto y que todos llegaran, casi al mismo tiempo, a este mismo lugar, con el deseo de ver al Maestro, de escuchar sus enseñanzas y de ser sanados y liberados de sus congojas. En lugar de rechazarlos, Jesús les da la bienvenida (v. 11). ¡Esto sí que fue inesperado! En lugar de despedirlos y explicar que debe encontrarse con sus discípulos, el Maestro los recibe amigablemente. Aquí, en este versículo, Jesús les da un claro mensaje que les debería servir para el resto de su ministerio y su vida: no se puede rechazar a los que se acercan con el deseo de escuchar la Palabra y están cargados de necesidad. De nuevo nos hace recordar la tarea pastoral y sus implicaciones con el alma, el cuerpo y el espíritu de aquellos que se acercan en busca de esperanza. Jesús comienza a predicar el reino de Dios y a sanar a los que estaban enfermos dentro de aquella multitud de cinco mil, ante los sorprendidos ojos de sus discípulos.

Imaginémonos en la mente de uno de los doce apóstoles que allí se congregaron. ¡Qué desilusión! Tanta expectación acumulada por un momento como éste, y resulta que todos los planes de un delicioso retiro con el Señor, en privado, se vienen por tierra cuando aparece la multitud. Algunos de ellos, sin duda, deseaban fervientemente que el Señor despidiera amablemente, pero que despidiera al fin, a los recién llegados; que les explicara que estaba en un plan muy importante con sus discípulos y les pidiera que volvieran al día siguiente. Qué sentimientos se habrán acumulado en ellos cuando ven que, en lugar de esto, el Señor comienza a predicar, a sanar a los enfermos y a liberar a los cautivos de Satanás.

El fracaso

Es necesario que veamos este texto (v. 9:12) más que como un milagro de multiplicación de panes y peces, como un examen para un grupo de discípulos que han sido elegidos para grandes cosas y que acaban de regresar de su primera experiencia importante. Al verlo desde esa perspectiva, en sólo un versículo, podemos darnos cuenta cuánto fallaron los discípulos.

Ellos fallan cuando no hacen lo que el Señor los envió hacer. Rechazaron la oportunidad que tenían por delante de predicar anunciando el reino de los cielos, y deciden no utilizar su poder para sanar, ni la autoridad que Él les dio para liberar a los cautivos de los demonios. Imaginémoslo ahora desde la perspectiva de Jesús, el Señor, que está animado por los primeros comentarios. Les reúne una multitud para que en medio de ella puedan ejercer su ministerio. Los discípulos, en cambio, se sientan a observar al Maestro, ¡haciendo para cinco mil personas el trabajo para el cual los había capacitado con los recursos necesarios!

Ellos fallan, también, cuando le piden a Jesús que deje de predicar el reino de Dios y de sanar a los enfermos, creyendo que ellos conocen mejor las necesidades de aquellos que habían venido a Él. Me encanta esta parte porque denota que el Señor hizo un tremendo trabajo al crear un ambiente de unidad y compañerismo tal con sus discípulos, que ellos se sintieron en la libertad de llegar a Él, de interrumpirlo en medio de la predicación, de sugerirle que era el tiempo de terminar y proponerle el plan para despedir a la gente. No puedo menos que ver con humildad cuánto me falta, como pastor y líder, trabajar para crear un ambiente de unidad como éste en los diferentes ejercicios de unidad que tenemos.

Otra falla que podemos ver en ellos es cuando se preocupan más por la comida y por un lugar donde las personas pudieran dormir, que de poner el evangelio a disposición de ellos. ¡Olvidaron completamente que en su reciente empresa el Señor les había provisto de todo lo que necesitaban! ¡No les había faltado nada!. Este es, sin duda alguna, el fracaso mayor. Aquellos discípulos, a quienes el Maestro había insistido en que no se preocuparan por las cosas materiales, que habían comprobado de manera contundente que esto era posible y cierto durante su última experiencia, no son capaces de hacer suya, nuevamente, la promesa del Señor de que nada les faltaría. Así como les había provisto a ellos, también podía hacerlo, ahora, con los que lo escuchaban.

La lección

El Señor, que es paciente con nosotros, también lo fue con los discípulos; y los tenía en un programa de preparación para que en el futuro tomaran el liderazgo en el proceso de establecer su reino hasta lo último de la tierra. Les enseñó que la estrategia que debían utilizar para esta tarea era la de hacer discípulos. El Señor decide encaminarlos por un proceso que los ayude a entender mejor su responsabilidad con el plan de salvación que Él venía a inaugurar. Los invita a despertar y, sacudiendo sus adormecidas mentes, entra en materia de la lección por medio de varias frases cautivadoras.

«*Dadles vosotros de comer*» (v. 13). Esta es la primera parte de la lección. Jesús les enseña que ellos son responsables por las necesidades de aquellos que acudieron a Él, y cada uno de ellos debe contribuir a suplirlas. En este primer paso del aprendizaje, Jesús los lleva a cambiar su perspectiva, a pasar de observadores a participantes. En el proceso de cumplir con la obra de Dios, de anunciar con palabras y con obras de poder que el reino de los cielos había llegado, lo que el Señor les hace ver es que el problema de la gente es también su problema. Este olvido es algo que frecuentemente nos sucede en la tarea pastoral. Muchas veces encontramos excusas para proclamar, pero muchas más para resolver las necesidades de aquellos a los que el Señor nos ha puesto como pastores.

«*Hacedlos sentar en grupos de cincuenta en cincuenta*» (v. 14). Jesús les enseña que Él no está pidiéndoles un imposible, sino que está pidiéndoles que sean fieles al llamado que les ha dado. Ante la sorpresa de sus discípulos, y la respuesta de la descomunal diferencia entre el bastimento que tienen disponible y las bocas por alimentar, el Señor claramente les demuestra que siempre que Él nos pide algo y nos envía, nos hace partícipes, tanto del problema como de la solución. Una de las cosas que posiblemente pasó por la mente de ellos fue que aquella multitud era muy grande. El Señor Jesucristo les demuestra que es sólo cuestión de tener un plan y una buena actitud, que se puede manejar mejor una multitud cuando ésta se divide en grupos. ¿Cuántos grupos tuvo que organizar cada discípulo? ¿Es esto manejable para alguien como ellos? ¡Por supuesto que sí!

«*Los bendijo, los partió y los dio a sus discípulos*» (v. 16). Jesús les enseña también que no es un asunto de cumplir con un programa, sino de mostrar amor; es por eso que les está pidiendo que se involucren en resolver el problema de los que vienen a Él. De nuevo, el vino nuevo en odres nuevos. El Señor está mostrando que lo más importante es resolver la necesidad de los que se acercan, la espiritual primeramente y luego las materiales, pero todo esto es parte de la muestra de amor que Él nos pide hacia aquellos a los que nos ha llamado a ministrar, tanto a los que están cerca como a los que están lejos. ¡A todos de igual manera!

«*Recogieron [...] doce canastas de pedazos*» (v.17). Jesús les recuerda de una manera enfática que ellos no deben preocuparse por la comida, la ropa y el lugar para dormir, en tanto estén cumpliendo su llamado. ¡Que gran lección! Qué inolvidable se hizo esta lección para aquellos discípulos que tuvieron que estar comiendo el pan sobrante durante muchos días para afirmar esta lección en su mente. Esto

nos recuerda que no debemos preocuparnos por la comida, por la ropa o por un lugar donde dormir, cuando estamos cumpliendo con su llamado de anunciar el evangelio del Reino a todas las criaturas.

Cuántas veces, como pastores (y también los miembros de iglesias), nos metemos tan seriamente en los programas que nos olvidamos de que la tarea que el Señor nos ha dado de anunciar el evangelio es tanto geográfica como atemporal. Es decir, cada uno de los que han sido llamados a ser discípulos debe entender que debe anunciar el evangelio de Jesucristo, todo el tiempo y en todas partes. El cumplimiento de la tarea de la evangelización del mundo no depende de un buen plan que se pueda publicitar. Tampoco de tener el liderazgo adecuado y los recursos necesarios. La tarea de la evangelización del mundo depende de que cada cristiano entienda que ha sido llamado a proclamar ese evangelio, y a hacer lo que sea necesario para que en todo el mundo, cada persona pueda llegar a conocer el evangelio del Reino.

El fin último de todo pastor es llevar a la iglesia a que cumpla la razón de su existencia; el deseo del corazón de Dios de que toda criatura, en todo el mundo, pueda ser beneficiaria del mayor y más sublime aspiración humana.

Todo hombre, en todo lugar, tiene el derecho otorgado por Dios, de escuchar, por lo menos una vez en su vida, la presentación clara del evangelio de Jesucristo, en su propio idioma y en una forma culturalmente sensible que le permita tomar una decisión al respecto.

Conclusiones

SENTADO EN UN restaurante de carne en Brasil, una idea vino a mi mente. Los famosos *rodizios* en el Brasil son restaurantes especializados en carne, donde usted se siente a merced de un verdadero desfile de meseros que le están ofreciendo, a cada momento, variados y deliciosos tipos de carne para que pueda degustar. Al principio, aquello se torna emocionante; ver llegar toda suerte y tipos de carne de res, cerdo y pollo es una oportunidad que no se puede desaprovechar. Uno acepta y el desfile sigue hasta que el comensal comienza a ponerse nervioso. Ve su plato lleno de carne y más carne viene, entonces se da cuenta de que no puede comer a la velocidad a la que le sirven la carne. Tiene que tomar la decisión de decir: «No, gracias» o «Não, muito obrigado».

La iglesia en Latinoamérica se encuentra en medio de una crisis de identidad. El crecimiento tan rápido que ha ocurrido en los últimos cuarenta años ha dejado a la iglesia, en algunos de nuestros países, sin oportunidad de detenerse. La presión ha sido mucha, y por causa de ella, muchas veces hemos tomado la decisión de hacer lo urgente en detrimento de lo importante. Las ofertas de programas y proyectos desfilan sin parar alrededor de la mayoría de los pastores, presionan a las iglesias y las atraen con ofertas de crecimiento, madurez, efectividad y liderazgo. Todas parecen interesantes y, al igual que en un *rodizio*, no queremos perder ninguna de ellas, pero tarde o temprano nos damos cuenta que no podemos con todo.

La parte más preocupante en este tiempo es que, aprovechando esta crisis de identidad, han surgido muchos referentes en la iglesia latinoamericana que están definiendo lo que debe ser la identidad de la iglesia, de sus pastores y aun de sus miembros, con conceptos más bien empresariales que bíblicos.

La iglesia en Latinoamérica necesita, con urgencia, entender su naturaleza a la luz de la Palabra. La Biblia define el perfil de la iglesia, sus principios, sus valores, su funcionamiento y, en especial, su tarea. Cada pastor necesita enfrentar personalmente el desafío de escudriñar la Palabra, sin más recursos que el Espíritu Santo, sin más equipaje que el propio conocimiento de su congregación, sin más brújula que su llamado y el más profundo interés de poder entenderla, especialmente, para

contribuir a que la iglesia llegue a ser la novia bella, limpia, sin mancha y ni arruga, que espera impaciente el regreso de su amado.

El propósito de este libro ha sido el de desafiar a los pastores a que vuelvan a la Palabra, en búsqueda de la identidad para su iglesia y su propio ministerio. Es una invitación a darnos cuenta que, durante su ministerio terrenal, el Señor amó a la iglesia, tal y como lo describe Pablo en Efesios 5:25, la instituyó y fue revelando su naturaleza delante de aquellos discípulos que formaron parte del germen de ella y, en especial, fueron sus primeros pastores.

Hemos hecho un trayecto que, sin duda, se ha tornado emocionante en algunos de los capítulos finales de Mateo; un evangelio que, dicho en palabras de David Bosch, se lee aún más emocionante: Nuestro primer evangelio es esencialmente un texto misionero. Este fue escrito, primordialmente porque Mateo quería escribir su visión misionera en este evangelio. No para componer algo sobre la vida de Jesús sino para proveer una guía a la comunidad en crisis en cuanto a como ellos deberían entender la visión y el llamado.¹⁹

Comenzamos revisando el llamado de la iglesia, uno triple que nos presenta Mateo 16:18–28. Vimos develar delante de nuestros ojos el proceso por el cual Jesucristo redefine en término *ekklesía*. Este triple llamado comienza de lo general, cuando invita a la humanidad entera a ser parte de la iglesia universal que Jesucristo instituyó en aquel momento. La demanda del Padre es de unirse sinceramente a la declaración gloriosa que hizo Simón Pedro en Mateo 16:16: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente».

Una invitación más particular se dirige a todos los cristianos para recordarles que son parte de la tarea de la evangelización del mundo. Esta no es una tarea de especialistas; es tarea de todo creyente en Cristo Jesús, quien debe hacer la obra de evangelista, donde el Señor lo ha mandado a hacerla. Si Cristo murió por todo pueblo, lengua, etnia y tribu, es justo que les sea anunciada esta buena noticia. Esperamos que cada cristiano haga suyas las palabras de Pablo: «Si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!» (1 Corintios 9:16).

La invitación se vuelve personal cuando cada creyente es llamado a ser un cristiano incondicional, aquel de quien dijo Jesús en Mateo 16:24 que tiene tres características: es lo que el Señor quiere que sea, hace lo que quiere que haga y va a adonde lo envía. Aquí comienza el desarrollo correcto de la iglesia; cuando comienza a producir, en forma sistemática, cristianos incondicionales y entiende su llamado en estas tres perspectivas: la universal, la corporativa y la personal.

Revisamos el propósito de la iglesia y seguimos la senda de Mateo 18, donde Jesucristo define la naturaleza de la misión, como la de ir a buscar y salvar a los perdidos, donde ellos están. En el v. 10 nos da una herramienta para dar valor a los perdidos. Nos invita, a la luz de su ejemplo, a valorarlos al entender lo que hemos dejado para alcanzarlos: las noventa y nueve ovejas en el desierto. Igualmente, al pensar en lo que se ha hecho para alcanzarlas: el esfuerzo necesario con el único fin satisfactorio de alcanzarlas y disfrutar, en silenciosa adoración, el gozo en el cielo cuando uno sólo de aquellos que fuimos a buscar se arrepiente.

Pareciera una tarea descomunal cuando vemos nuestras iglesias, hasta que nos damos cuenta que Jesucristo ha puesto en la iglesia los recursos necesarios para cumplirla. Él le ha dado autoridad moral y espiritual de interceder por los perdidos. El tener oraciones respondidas y, en especial, la presencia de su Rey, hace que la iglesia sea un organismo victorioso sobre las tinieblas, el infierno y el diablo. Esto nos recuerda que lo más valioso de la iglesia no son sus miembros, sino la manifestación de su

¹⁹Op. cit., p. 57.

presencia en medio de ellos. A la hora de contar, no debemos hacerlo numerándolos, sino preguntando si la presencia de Jesucristo está en evidencia en medio de ellos. Si eso es así, estaremos listos y completos para salir hasta los últimos confines de la tierra y hasta las últimas consecuencias.

Examinamos, con la ayuda de una higuera estéril, que la iglesia está llamada a dar fruto. Al igual que el pueblo de Israel, el Señor le ha dado un mandato y la juzga por su obediencia a éste. El Señor le ha entregado una viña para trabajarla, pero tarde o temprano, volverá para hacer cuentas con nosotros, sus labradores. Exigirá el fruto y felicitará a quienes cuidaron oportunamente de su viña. A los malos obreros, aquellos que hicieron de su viña un mercado, que quisieron apropiarse de ella o la usaron para proclamar su propio reino, serán juzgados duramente. Él espera su fruto a su tiempo, no podemos engañarlo con hojas, o con tallos y ramas; Él sólo busca higos que satisfagan su hambre de ver la salvación de todo hombre, en todo lugar.

Terminamos nuestro desarrollo de la iglesia entendiendo que sí hay una medida para el éxito, pero no es ninguna de las que los hombres, las organizaciones u otros pastores están marcándole a la iglesia.

Llegamos en nuestro estudio a un pasaje climático, el de Mateo 28:16–17. Este pasaje presenta la aurora del inicio práctico de la iglesia, pero también un nebuloso momento en el cual los discípulos llegan al monte donde han sido citados por el Maestro. Estos sentimientos se dibujan perfectamente cuando dice el v. 17: «Y cuando le vieron, le adoraron, pero algunos dudaban». Llegan sólo once al encuentro, los once que han sobrevivido la prueba de fuego de la muerte de Jesucristo. En aquel momento, cuando ellos creían que era momento de detenerse, de reorganizar sus filas, de prepararse quizá para tiempos mejores, el Señor les lanza la trilogía desafiante: «Por tanto, id». Jesús resucitado les dice que es tiempo de comenzar a moverse.

Les advierte que la iglesia siempre está en movimiento, pero no sin propósito. Se mueve en dirección a todas las naciones, es hacia allá donde, desde su origen, la iglesia afirma su rostro. Se dirige hacia ellas para que de allí puedan surgir discípulos obedientes a la Palabra de Dios, deseosos de seguir su mandato; cristianos que han sido bautizados en el nombre de Cristo. También han sido bautizados en nombre del Padre, que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo puso en sacrificio voluntario por el pecado; y bautizados en el nombre del Espíritu Santo, que da el poder para que la iglesia pueda llegar hasta lo último y que, por donde vaya pasando, la misma quede establecida.

Entonces Jesucristo define, al final de este evangelio, que la medida del éxito de la iglesia no se obtiene por número de miembros ni por presupuestos ni por patrimonios. No se obtiene, tampoco, por la influencia de su pastor, número de invitaciones que reciben al año, o cantidad de visitantes que llegan cada año para apreciar su avance. El éxito se mide por la cantidad de discípulos que son obedientes a las enseñanzas del Maestro, por los cristianos incondicionales que están siendo cultivados en su Jerusalén, en su Judea, en su Samaria y hasta su último de la tierra. ¿Cuántos de ellos están allí listos, como una invitación al Maestro para que estire su mano y pueda tomar de la higuera los frutos que apetezca, y bendecir así a este organismo que está siendo un canal y un modelo de bendición a las naciones?

No podíamos dejar de hablar del pastor, aquel que lleva una buena parte de la carga en las iglesias de Latinoamérica. Dios lo ha llamado a clarificar el llamado a la iglesia y a encaminarla a cumplir con su propósito. La tarea pastoral ha llegado a ser de mucha presión. Los pastores están, por un lado, siendo presionados por la propia sociedad que trata de ridiculizar a todas las personas que entregan su vida a un servicio religioso. Por otro lado, la cultura, cada vez más sofisticada, amenaza con dejarlos atrás y de hacer su predicación y consejería irrelevante; y, por si esto fuera poco, ahora enfrentan la presión de estar al día con las tendencias eclesiológicas que lo tienen apresurado, de seminario en

seminario, en búsqueda de la mejor propuesta para llevar adelante la congregación, que cada día se complica más.

Seguimos con los evangelios, pero para hablar del pastor, escogimos en el de Lucas una sección en la que Jesús se dedica a llamar y a comenzar a instruir a sus discípulos. Era muy importante estudiar y ver esta parte, porque Jesús enseñó a sus discípulos a hacer discípulos de las naciones y que cumplieran su mandato. Este entrenamiento da las bases de cómo la iglesia debe entrenar también a otros, para que el flujo dinámico de la evangelización llegue desde aquí hasta lo último de la tierra.

La escuela por la que pasa Simón al momento de su llamado nos ha dejado muchas lecciones; en particular aquellas que tienen que ver con las demandas del carácter del siervo de Dios. La renunciación como actitud al servicio, la obediencia como única respuesta al Señor y la incondicionalidad son las tres premisas del siervo, que necesitan ser revisadas nuevamente en nuestra práctica pastoral. Debemos preguntarnos si en la búsqueda del éxito que los medios nos muestran, no hemos dejado de perseguir lo único que tiene valor, la tarea de ser pescador de hombres y el galardón de la tarea bien hecha.

Sin negación no hay discipulado. Allí comienza la tarea del discípulo, y eso es lo que mantiene íntegro el corazón del pastor con una visión clara del Reino; y, en especial, la visión misionera que trata de hacer discípulos en todo el mundo. Como dijo el Dr. Russel Shedd: «Negarnos a nosotros mismos es lo que nos da el valor para tomar nuestra cruz y seguirle».

Al revisar el modelo de Jesucristo en su servicio a los necesitados, hemos recordado que los distintivos del servicio resaltan el carácter magnánimo del Señor de no pedir a nadie nada a cambio de sus servicios, ni siquiera la publicidad de boca a boca. Ni eso acepta para mostrar, claramente, tanto a los que sirvió como a los discípulos que observaban su modelo, que aquellos que han sido llamados al servicio del Señor deben estar ausentes de todo interés personal, y buscar cualquier tipo de granjerías por su servicio; y, en especial, de confundir a los que sirven, haciéndoles creer que han saldado su deuda con sus prebendas o, lo peor de ello, que son acreedores de los pastores, de la iglesia y hasta de Dios por las cosas que han dado.

El Señor fue muy claro al mostrar que el servicio de aquellos que hemos sido tenidos por fieles y llamados al ministerio, lo único que persiguen es agradarlo a Él. Debemos ser sus manos cuando servimos a otros, sus pies cuando vamos a buscar al perdido y sus labios cuando predicamos el evangelio a todas las naciones.

Me maravilló en el ejemplo de Jesucristo cuando, al final de cada encuentro con aquellos a quienes servía, se aseguraba de que ellos entendieran que la razón de su ministerio era acercarlos a Dios. Esa es la razón más sublime del trabajo de un pastor. Ninguna otra tarea tiene una trascendencia tan profunda como ésta. Ningún otro trabajo tiene el privilegio tan profundo de gozar del respaldo moral, que lo que hace sobre la faz de la tierra tiene un reflejo en el reino de los cielos.

Es mi oración que al llegar a este momento y al cerrar este libro, usted pueda haber encontrado en su lectura el ánimo y el desafío para tomar valor y comenzar un proceso de transformación de su ministerio pastoral, primeramente, y luego de su propia iglesia, para que ella llegue a ser la novia radiante de nuestro Señor Jesucristo.

Como lo hemos afirmado varias veces, si las iglesias en Iberoamérica llegan a ser lo que deben ser, comenzaremos a ver un creciente cambio en las culturas y sociedades que nos rodean. Los cristianos serán, cada vez, elementos de cambio; y las iglesias llegarán a ser los centros de entrenamiento y desafío para los que lleguen a ser cristianos incondicionales. Discípulos que, de acuerdo al llamado del

Señor a ser pastores, líderes, misioneros o ciudadanos responsables, contribuyan significativamente a la evangelización del mundo, tanto en Jerusalén como en Judea y Samaria, y hasta lo último de la tierra.

¡Que la iglesia latinoamericana cumpla con el llamado de hoy, de ser la fuerza misionera que contribuya, significativamente a la evangelización del mundo en nuestra generación!

Bibliografía

- Aylward Gladis, *La pequeña gran mujer de la China* (1974, Editorial Portavoz, Kregel Publications).
- Bosch David, *Misión en transformación*, Libros Desafío, Estados Unidos, 2000, 720 pp.
- Deiros Pablo, *Diccionario hispanoamericano de la misión* (1997, Unilit/Comibam).
- Goldsmith Martin, *Matthew and Mission, The Gospel Through Jewish Eyes* (2001, Paternoster Press, UK).
- Johnstone, Patrick, *Operation World*, (Paternoster).
- Kierkegaard Sören, *Obras y papeles de Sören Kierkegaard* (1969, Ediciones Guadarrama, Madrid).
- Larkins William, J., Williams, Joel F., *Missions in the New Testament and Evangelical Approach* (1999, Orbis Books, Mariknol).
- Núñez Emilio Antonio, *Hacia una misionología evangélica latinoamericana* (1997, Comibam/Unilit).
- O'Brien P.T., *Gospel and Mission in the Writings of Paul and Exegetical and Theological Analysis* (1995, Baker Books/Paternoster Press).
- O'Brien Pieter T y Costenberger, Andreas J., *Salvation to the Ends of the Earth, A Biblical Theology of Mission* (2001, Apollos/Intervarsity Press).
- Robertson Archibald Thomas, *Imágenes en el Nuevo Testamento* (1988, Clie, Barcelona).
- Ruiz M. David D., «*El verdadero derecho humano*», Misión Transcultural (2000, Comibam Internacional, Biblioteca Misionera).
- Simpson Abraham B., *Mensajes misioneros* (1985, Clie, Barcelona).
- Stark Rodney, *The Rise of Christianity* (1997, Haper-Collins, San Francisco).
- Wagner Peter, *Terremoto en la iglesia* (1999, Caribe-Betania).